

El Papa que nunca lo fue: Carvajal en la sombra del poder

Bernardino López de Carvajal y Sande

José Antonio Ramos Rubio
Académico C. de la Real Academia de la Historia

T Tau
Editores

©De esta edición, 2026

TAU EDITORES
Cuesta de Aldana 6
10003- Cáceres
www.taueditores.es

©Del texto: José Antonio Ramos Rubio

I.S.B.N.-979-13-992182-1-3
Depósito legal: CC-000112-2026
Impreso en España

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).”

*A mi amigo Santi Lindo Hurtado,
que me inspiró a escribir esta obra*



BERNARDINVS CARD. CARAVAGIAL

creat an.º 1493 mort 1522

fronj

Corría el año 1456

En aquel tiempo incierto, cuando los ecos de la cristiandad aún resonaban entre las piedras de Roma, había transcurrido apenas un año desde la muerte del papa Nicolás V. Era un 24 de marzo cuando la silla de Pedro volvió a ocuparse, esta vez por un hombre de carácter firme y espíritu resuelto: Calixto III. Su elección no fue solo un acto de continuidad, sino una señal de que la Iglesia, pese a sus pérdidas, se mantenía en pie frente a los vaivenes del mundo.

Mientras tanto, en los reinos de España, las intrigas dinásticas tejían su propia red de tensiones. El rey Juan II, ya cansado por los años y las disputas, tomó una decisión que habría de marcar el destino de su linaje. En un gesto tan solemne como polémico, proclamó heredera a su hija Leonor, depositando en ella la continuidad de la corona. Aquella elección, sin embargo, no fue recibida con silencio ni aceptación.

Sus propios hermanos, hasta entonces figuras cercanas al trono, fueron apartados sin miramientos, desheredados en un acto que quebró los lazos de sangre y encendió resentimien-

tos. En los salones del poder y en los murmullos de la nobleza, la decisión del rey fue discutida con intensidad, pues no solo alteraba la sucesión, sino que desafiaba tradiciones profundamente arraigadas.

Así, entre Roma y Castilla, entre la fe y la política, el mundo parecía inclinarse hacia una nueva etapa, donde las decisiones de unos pocos resonaban en el destino de muchos, y donde el equilibrio del poder pendía, frágil, de voluntades humanas.

En la mañana del 8 de septiembre de 1456, cuando el calor del verano comenzaba a ceder en la ciudad de Plasencia, nació Bernardino López de Carvajal, en la casa de los condes de Torrejón o casa de las Dos Torres. Su llegada al mundo tuvo lugar en el seno de una familia noble, los López de Carvajal, linaje de hondas raíces en la ciudad y en las tierras circundantes.

En los días en que las campanas marcaban no sólo el tiempo, sino también el orden del mundo, nació aquel niño en una casa donde la memoria pesaba tanto como las piedras de sus muros. No fue un nacimiento celebrado únicamente por el júbilo familiar, sino por algo más profundo, más silencioso, la certeza de que una historia antigua encontraba en él su continuación.

Su padre, Francisco López de Carvajal y Trejo, hombre de armas y de consejo, llevaba en el porte la huella de campañas y decisiones. El origen del señorío que marcaría el destino de la familia no fue fruto del azar ni de una herencia remota, sino de una concesión regia que revela con claridad los mecanismos de promoción social en la Castilla del siglo XV. El señorío de Torrejón el Rubio fue otorgado por el rey Juan II de Castilla a uno de sus hombres de confianza, el doctor García López de Carvajal, quien desempeñaba el cargo de Oidor en la Chancillería de Valladolid, una de las instituciones judiciales más relevantes del reino.

Este hecho no solo constituye un punto de partida genealógico, sino también un indicio del modo en que la monar-

quía castellana articulaba su poder mediante la concesión de señoríos a juristas y consejeros leales. En efecto, la figura del doctor García López de Carvajal representa el ascenso de una élite letrada que, sin pertenecer necesariamente a la alta nobleza tradicional, lograba consolidar su posición mediante el servicio directo al rey.

La concesión de Torrejón el Rubio debe interpretarse, por tanto, dentro de una política más amplia de fortalecimiento del aparato regio. Juan II de Castilla, enfrentado a tensiones internas y a la influencia fluctuante de la nobleza, encontró en hombres como García López de Carvajal aliados fundamentales para equilibrar el poder. La fidelidad, la competencia jurídica y la cercanía a la corte eran recompensadas con mercedes que transformaban radicalmente la condición social de sus beneficiarios.

De este modo, el señorío no solo otorgaba rentas y jurisdicción sobre un territorio, sino que también confería legitimidad simbólica. El doctor Carvajal pasaba a ser no solo un servidor del rey, sino un señor territorial, con capacidad de ejercer autoridad sobre vasallos y de inscribir su linaje en una geografía concreta. Este proceso de territorialización del poder resultaba esencial para la consolidación de nuevas casas nobiliarias.

El vínculo entre este primer señor de Torrejón el Rubio y la generación posterior se materializa en la figura de su hijo, Francisco de Carvajal, padre a su vez de Bernardino. Así, la trayectoria de Bernardino se encuentra profundamente condicionada por una herencia que, aunque reciente en términos históricos, estaba cargada de significado político y social.

Francisco, heredero de aquel legado, no solo recibió tierras y derechos, sino también la responsabilidad de mantener y ampliar el prestigio familiar. En este sentido, su matrimonio con Aldonza debe interpretarse como una decisión estratégica, orientada a consolidar alianzas y asegurar la continuidad del

linaje. La familia que formaron no era simplemente una unidad doméstica, sino el núcleo de un proyecto dinástico en expansión.

No era únicamente señor de Torrejón el Rubio, sino depositario de una tradición que exigía tanto valor en el campo de batalla como prudencia en la mesa de deliberación. Sus manos, endurecidas por la guerra, sabían también sostener la pluma con la firmeza de quien comprende que el poder no reside sólo en la espada, sino en la palabra.

Su madre, Aldonza de Sande González Espadero, representaba otro linaje de igual peso, aunque distinto en su expresión. Hija de Álvaro de Sande, marqués de Valdefuentes, había crecido en un ambiente donde la educación no era adorno, sino instrumento de dominio y equilibrio. Su carácter, firme sin estridencias, era como el de esas aguas profundas que parecen quietas pero esconden una fuerza constante. En su mirada había inteligencia, y en sus gestos, una elegancia que no necesitaba ostentación.

Recibieron al niño como quien recibe una promesa, no con alboroto, sino con solemnidad. En aquella estancia, donde la luz entraba tamizada por gruesos cortinajes, se entendía sin palabras que aquel recién nacido no pertenecía sólo a sus padres, sino a la larga cadena de hombres y mujeres que lo precedían. Cada uno de ellos había dejado una huella, una obligación, una deuda con el tiempo.

Francisco, al tomar al niño por primera vez, no sonrió. No porque careciera de afecto, sino porque entendía el peso de aquel instante. En su mente, quizás, desfilaban los nombres de sus antepasados, los conflictos que habían sostenido, las alianzas que habían tejido. No veía sólo a un hijo, sino a un heredero. Y en ese reconocimiento había tanto orgullo como responsabilidad.

Aldonza, en cambio, lo contempló con una mezcla de ternura y determinación. Sabía que la sangre noble no bastaba por sí

sola. Había visto demasiadas casas caer por la negligencia de quienes olvidaron que el linaje se sostiene tanto con virtud como con nombre. En su silencio, ya se trazaban los primeros hilos de la educación que habría de moldear al niño: disciplina, conocimiento, y una conciencia clara del lugar que ocupaba en el mundo.

Fuera, en los campos de Plasencia, la vida seguía su curso. Los campesinos trabajaban la tierra, ajenos en apariencia a los designios de la nobleza, pero profundamente ligados a ellos. Porque en aquella época, cada nacimiento en una casa como la de los Carvajal no era un hecho aislado, era un movimiento más en el tablero de una sociedad rígidamente ordenada, donde cada pieza tenía su función.

Los días siguientes transcurrieron entre visitas, bendiciones y discretas celebraciones. No hubo excesos, pues la familia entendía que la verdadera grandeza no se proclamaba, se ejercía. Sin embargo, cada gesto, cada palabra pronunciada en aquellos días iniciales, contribuía a consolidar una idea, la de que aquel niño estaba destinado a sostener, y tal vez a engrandecer, el legado que había recibido.

A medida que pasaban las semanas, el hogar comenzó a adaptarse a la presencia del nuevo miembro. Las estancias, acostumbradas al eco de conversaciones políticas y relatos de guerra, se llenaron ahora de sonidos más suaves. Pero incluso en esa aparente calma, latía la expectativa.

Porque crecer en aquella casa no significaría una infancia común. Desde sus primeros años, el niño sería instruido en las artes que correspondían a su condición: aprendería a montar a caballo antes de comprender plenamente el miedo; escucharía relatos de batallas antes de conocer los juegos propios de su edad; y sería testigo de decisiones que afectaban no sólo a su familia, sino a todos aquellos que vivían bajo su influencia.

En el entramado social de la baja nobleza castellana, donde la herencia, el linaje y la proyección familiar definían no solo el destino individual sino la memoria de generaciones, nació Bernardino como el segundo de los cuatro hijos del matrimonio formado por Francisco y Aldonza. Su posición dentro del núcleo familiar no era menor: ser el segundo hijo implicaba una existencia situada entre la expectativa y la renuncia, entre el privilegio de la sangre y la incertidumbre del porvenir.

El primogénito, García, heredero natural y futuro III señor de Torrejón, encarnaba desde su nacimiento la continuidad del linaje. Su figura, incluso en la infancia, era moldeada por las exigencias del mayorazgo, disciplina, instrucción en las armas, conocimiento de las leyes consuetudinarias y una temprana conciencia del peso de la responsabilidad. Frente a él, Bernardino crecía en una sombra ambigua, no necesariamente oscura, pero sí definida por la presencia dominante de su hermano mayor.

El segundo de los varones, Juan López de Carvajal, ocupaba a su vez un lugar intermedio que complejizaba aún más la jerarquía afectiva y política del hogar. Si García representaba la herencia directa, Juan parecía inclinarse hacia una trayectoria más abierta, quizá eclesiástica o administrativa, como era común en las familias de su condición. Bernardino, por tanto, se hallaba en una posición particularmente delicada: ni heredero directo ni claramente destinado a una carrera definida desde la cuna.

La única hermana, Inés, completaba el cuadro familiar, aportando a la dinámica doméstica una dimensión distinta, marcada por las expectativas matrimoniales y las alianzas estratégicas que su eventual unión podría generar. En este contexto, Bernardino no solo era hijo y hermano, sino también pieza potencial en un tablero más amplio de relaciones sociales y políticas.

Resulta fundamental comprender que la familia de Bernardino no constituía una excepción, sino un ejemplo representativo de las estructuras familiares de la nobleza media castellana. En ellas, la distribución de roles respondía a una lógica precisa, donde cada hijo debía encontrar su lugar en función de las necesidades del linaje. Esta lógica, sin embargo, no eliminaba las tensiones internas ni las aspiraciones personales.

La infancia de Bernardino transcurrió en un entorno donde la educación no era uniforme, sino diferenciada. Mientras García recibía instrucción directa en la gestión de tierras y el arte de la guerra, Bernardino accedía a una formación más flexible, posiblemente orientada hacia las letras, la administración o incluso la diplomacia. Esta diferencia no implicaba una inferioridad, sino una diversificación funcional dentro de la familia.

No obstante, la percepción subjetiva de Bernardino respecto a su posición es un aspecto que merece atención. La literatura histórica ha mostrado que los segundos hijos, en contextos similares, desarrollaban a menudo una aguda conciencia de sí mismos, así como una sensibilidad particular hacia las oportunidades y limitaciones de su entorno. En este sentido, Bernardino podría haber experimentado una mezcla de ambición contenida y adaptación pragmática.

El papel de sus padres, Francisco y Aldonza, también resulta crucial para entender la formación de su carácter. Francisco, como cabeza de familia, encarnaba la autoridad y la continuidad del linaje, mientras que Aldonza desempeñaba una función igualmente relevante en la transmisión de valores, en la mediación de conflictos y en la configuración emocional del hogar. La relación de Bernardino con ambos probablemente estuvo marcada por matices distintos a los de sus hermanos.

En términos sociales, la familia se insertaba en una red de relaciones que incluía otros linajes, instituciones eclesiásticas

y estructuras de poder local. Estas redes ofrecían oportunidades pero también imponían obligaciones. Bernardino, como miembro de este entramado, debía aprender a navegar un mundo donde la lealtad, el honor y la reputación eran capitales simbólicos de enorme importancia.

A medida que avanzaba hacia la juventud, las expectativas sobre Bernardino comenzaban a concretarse. Si bien no estaba destinado a heredar el señorío, su educación y su posición le permitían aspirar a roles significativos. Podía convertirse en administrador de propiedades, en consejero de su hermano mayor o incluso en figura relevante en ámbitos externos al núcleo familiar.

Este proceso de definición no estaba exento de conflictos. Las tensiones entre hermanos, aunque no siempre explícitas, formaban parte de la realidad cotidiana. La relación entre Bernardino y García, en particular, podría haber oscilado entre la colaboración y la rivalidad silenciosa. En este contexto, la figura de Juan López de Carvajal añadía una capa adicional de complejidad, al representar una alternativa posible dentro del mismo esquema familiar.

La presencia de Inés, por su parte, no debe ser subestimada. Aunque su papel estaba condicionado por las normas de género de la época, su matrimonio potencial constituía un elemento clave en la estrategia familiar. Bernardino, como hermano, participaba indirectamente en estas decisiones, lo que reforzaba su implicación en la política doméstica.

La figura de Bernardino se configura como un punto de equilibrio entre tradición y posibilidad. Su vida, aunque determinada en gran medida por su nacimiento, no estaba completamente definida por él. En esa tensión entre lo heredado y lo construido reside, precisamente, el interés histórico y narrativo de su trayectoria.

Así, al considerar a Bernardino no solo como el segundo hijo de Francisco y Aldonza, sino como un individuo inserto en un sistema complejo de relaciones y expectativas, se abre la puerta a una comprensión más rica y matizada de la sociedad de su tiempo. Su historia, lejos de ser secundaria, se convierte en un reflejo significativo de las dinámicas que configuraron la nobleza castellana y, por extensión, la historia social de la península.

Francisco supervisaría su formación con rigor. No toleraría la debilidad, pero tampoco la imprudencia. Sabía que el verdadero liderazgo requería equilibrio, la capacidad de actuar con firmeza cuando era necesario, y de contenerse cuando la ocasión lo exigía. En él vería no sólo a un hijo, sino a un reflejo posible de sí mismo, y quizás también la oportunidad de corregir los errores que todo hombre arrastra.

Aldonza, por su parte, se encargaría de algo menos visible pero igualmente crucial. Le enseñaría a leer el mundo más allá de las apariencias, a comprender las sutilezas de la palabra, a distinguir entre la lealtad genuina y la conveniencia disfrazada. Bajo su guía, el niño aprendería que el poder sin inteligencia es frágil, y que la nobleza verdadera se manifiesta tanto en el comportamiento cotidiano como en los grandes actos.

Así, entre muros cargados de historia y expectativas, comenzó la vida de aquel niño. No como una página en blanco, sino como un capítulo que se añadía a una obra ya avanzada. Cada día lo acercaba un poco más al momento en que dejaría de ser promesa para convertirse en protagonista.

Y aunque nadie podía prever con certeza el rumbo que tomaría su destino, una cosa era segura, no le sería permitido vivir sin conciencia de su herencia. Porque en su nombre, en su sangre, y en las miradas de quienes lo rodeaban, estaba inscrita una verdad inevitable, la historia no se detiene, sólo cambia de manos.

Plasencia, en aquellos años de mediados del siglo XV, no era una ciudad cualquiera. Se alzaba estratégica entre rutas comerciales y territorios de pasto, protegida por sus murallas y marcada por una vida intensa, a veces turbulenta. Su trazado urbano, con calles estrechas y empedradas, conducía inevitablemente a plazas donde se cruzaban comerciantes, clérigos, campesinos y nobles. El aire olía a madera, cuero, ganado y humo, y estaba siempre impregnado del murmullo de los negocios y las disputas.

El dominio de la poderosa casa de los Estúñiga -también conocidos como Zúñiga- pesaba sobre la ciudad como una sombra alargada. Durante buena parte del siglo, Plasencia fue señorío suyo, lo que significaba que la vida política, económica y judicial dependía en gran medida de su voluntad. Sus decisiones influían en los impuestos, en la administración de justicia y en el control del territorio. No era raro que las tensiones surgieran entre los intereses de los señores y los de los habitantes de la ciudad, que anhelaban mayor autonomía.

La nobleza local, entre la que destacaban los Monroy, jugaba un papel determinante en ese delicado equilibrio de poder. Las alianzas y rivalidades entre familias eran constantes, y a menudo desembocaban en conflictos abiertos o en intrigas silenciosas. En ese ambiente creció Bernardino, escuchando desde niño las conversaciones en voz baja, los nombres susurrados con cautela, las historias de traiciones y pactos sellados en la penumbra.

Pero Plasencia no era solo nobleza y dominio señorial. Su economía latía con fuerza gracias a la ganadería, especialmente en las extensas tierras del Campo Arañuelo. Allí, rebaños de ovejas y ganado vacuno se movían siguiendo los ritmos de las estaciones, generando riqueza a través de la lana, la carne y otros productos derivados. La ciudad regulaba cuidadosa-

mente el uso de estos recursos, consciente de su importancia vital. Los pastores, hombres curtidos por el sol y el viento, eran figuras habituales en las calles, donde acudían a vender o intercambiar sus productos.

El comercio local también tenía su protagonismo. En los mercados, bajo toldos de tela y entre puestos improvisados, se vendían especias, tejidos, herramientas y alimentos. La actividad era constante, y los días de feria atraían a gentes de pueblos cercanos, creando un bullicio que rompía la rutina diaria.

En uno de los barrios más singulares de la ciudad, en la zona de la Mota, en torno a la iglesia de San Nicolás, vivía la comunidad judía. Su presencia era notable y profundamente integrada en la vida económica de Plasencia. Comerciantes, artesanos y prestamistas judíos contribuían al dinamismo de la ciudad, aunque no estaban exentos de tensiones y prejuicios. Sus casas, con patios interiores y puertas discretas, guardaban una vida propia, marcada por tradiciones ancestrales y una identidad fuerte.

La infancia de Bernardino transcurrió entre estos contrastes. Desde las estancias de su casa familiar, probablemente cercana a otros edificios nobles, podía observar el ir y venir de la ciudad. Su educación, como correspondía a su linaje, fue esmerada, aprendió latín, retórica y los principios de la fe cristiana. Pero también aprendió algo más difícil de enseñar, a interpretar el mundo que le rodeaba, a entender las fuerzas invisibles que movían la voluntad de los hombres.

Mientras tanto, la ciudad también comenzaba a experimentar cambios en su vida cultural. Se celebraban festividades religiosas con gran pompa, procesiones que recorrían las calles entre cantos y oraciones. Poco a poco, se desarrollaban formas tempranas de teatro y representaciones, a menudo vinculadas a celebraciones litúrgicas o eventos públicos. Estas manifes-

taciones culturales ofrecían un respiro frente a las tensiones políticas y sociales.

En el ámbito del patrimonio, Plasencia vivía un momento de ambición y dificultades. Aún no se habían iniciado las obras de la Catedral Nueva, un proyecto que aspiraba a engrandecer la ciudad y a reflejar su importancia. Aun así, el primigenio edificio medieval se alzaba como símbolo de esperanza y de fe.

Otro de los hitos arquitectónicos fue la construcción del convento de San Vicente Ferrer, estrechamente vinculado a la nobleza local. Fue fundado a mediados del siglo xv por los condes de Plasencia, y primeros duques de Arévalo, Álvaro de Zúñiga y Guzmán y su esposa Leonor Pimentel y Zúñiga, como promesa por la recuperación de la salud de uno de sus hijos. Este espacio no solo tenía una función religiosa, sino también social y política, sirviendo como lugar de encuentro y de influencia.

La vida de Bernardino se desarrolló en este escenario complejo. Su familia, consciente de la importancia de las alianzas, probablemente mantuvo relaciones tanto con otras familias nobles como con representantes del poder señorial. El joven creció observando, aprendiendo, absorbiendo cada detalle de un mundo en el que nada era casual.

Hacia finales del siglo, el dominio de los Estúñiga comenzaría a resquebrajarse. Habría que esperar varios años después, concretamente en el año 1488, para que los Reyes Católicos recuperen el control directo de la ciudad, poniendo fin al régimen señorial. Este cambio no solo tuvo implicaciones políticas, sino también sociales y económicas, alterando el equilibrio de poder y abriendo nuevas posibilidades para la ciudad y sus habitantes.

Pero, volviendo al año 1456, cuando Bernardino abrió los ojos por primera vez, todo eso aún estaba por venir. Lo que sí

estaba presente era una ciudad viva, intensa, marcada por la nobleza, el comercio, la fe y la incertidumbre. Una ciudad que, sin saberlo, estaba moldeando el carácter de uno de sus hijos.

Así comenzó la historia de Bernardino López de Carvajal, en una Plasencia de contrastes, de ambiciones y de tensiones, donde cada calle, cada voz y cada silencio contribuían a forjar el destino de quienes la habitaban.

El niño Bernardino López de Carvajal nació en un tiempo en que la Cristiandad respiraba con dificultad, como si cada frontera fuese una herida abierta y cada rumor del oriente trajera consigo el eco de un peligro inminente. Su llegada al mundo no estuvo marcada por celebraciones fastuosas ni por augurios escritos en los astros, sino por una circunstancia mucho más determinante: su sangre.

Era sobrino de Juan de Carvajal, cardenal de la Iglesia romana, hombre de voluntad férrea, diplomático incansable y figura clave en los delicados equilibrios de la Europa del siglo XV. Cuando Bernardino vino al mundo, su tío no se encontraba en Castilla, ni siquiera en Italia, sino inmerso en una misión que habría de marcar la historia. Un año antes del nacimiento de Bernardino, el Papa le había nombrado legado en Alemania y Hungría el 8 de septiembre de 1455.

Mientras el niño crecía en la penumbra tranquila de los muros familiares, su tío cabalgaba por tierras convulsas, atravesando cortes, negociando con príncipes y enfrentándose a una amenaza que parecía imparable, el avance del Imperio Otomano. Allí, entre Viena, Venecia y las llanuras húngaras, Juan de Carvajal desplegaba una actividad diplomática incesante.

No era un hombre de espada, pero comprendía la guerra mejor que muchos soldados. Sabía que las batallas se ganaban antes de librarse, en las mesas donde se pactaban alianzas y se vencían voluntades. Se entrevistó con el emperador en Viena,

presionó a Venecia, habló con Ladislao, con Juan Hunyadi y hasta con el complejo Jorge Podiebrad. En cada encuentro, su voz no era solo la de un hombre, sino la de Roma, la de una Cristiandad que temía desaparecer.

Fue también quien impulsó la predicación ardiente de Juan de Capistrano, cuyas palabras inflamaban a los hombres sencillos y los convertían en soldados de una causa mayor. Y gracias a esa conjunción de diplomacia y fe, de estrategia y fervor, Belgrado resistió el asalto turco el 21 de julio de 1456.

Años después, Bernardino escucharía estas historias no como relatos lejanos, sino como recuerdos vivos, narrados por labios que habían presenciado cada acontecimiento. Porque su tío no fue para él una figura distante, sino un maestro, un guía, casi un segundo padre.

Pero la victoria en Belgrado no trajo la paz. Apenas unas semanas después, la muerte de Hunyadi sumió Hungría en el caos. El orden pendía de un hilo, y fue nuevamente Juan de Carvajal quien sostuvo ese hilo con manos firmes. Logró contener la anarquía, negociar con los nobles y, tras la inesperada muerte de Ladislao en 1457, conducir al reino hacia una decisión crucial, la elección de Matías Corvino como rey, el 24 de enero de 1458.

Dos meses más tarde, Bohemia elegía a Jorge Podiebrad. El cardenal le felicitó, pero no sin advertencias. Sabía que la unidad cristiana era frágil y que cualquier desviación podía convertirse en amenaza. Aconsejaba, prevenía, observaba. Siempre vigilante.

Ese mismo año, un nuevo Papa ascendía al trono de Pedro, Pío II, antiguo amigo de Carvajal. Le encargó nuevas misiones, nuevas negociaciones, nuevas cargas. La cruzada seguía siendo el gran objetivo, el sueño que debía unir a los príncipes cristianos. Mantua se preparaba para ser el escenario de esa unión, pero la realidad, como tantas veces, se mostró más esquivada.

Mientras tanto, Bernardino crecía.

A los cinco años, cuando su memoria comenzaba a fijar los contornos del mundo, su tío regresó a Roma, en septiembre de 1461. Fue un regreso cargado de experiencia, de cansancio y de un prestigio consolidado. Poco después, fue nombrado cardenal obispo de Porto. Fue entonces cuando la relación entre ambos tomó forma definitiva.

Sí, esa cercanía -aunque mediada por la distancia entre Oporto y Plasencia- era mucho más que un simple vínculo familiar, tenía un peso estratégico, político y emocional dentro del entramado nobiliario de la época.

Oporto, bajo la corona portuguesa, era una ciudad dinámica, abierta al Atlántico y a las rutas comerciales. Plasencia, en cambio, representaba el corazón de la Extremadura castellana, una tierra de señoríos, linajes y poder territorial. Que miembros de una misma familia estuvieran asentados en ambos lugares no era casual, respondía a una lógica de expansión, influencia y supervivencia.

Juan de Carvajal, desde Porto, podía actuar como puente entre dos mundos, el portugués y el castellano. Su posición le permitía manejar información, contactos y oportunidades que no siempre estaban al alcance de quienes permanecían en territorio interior.

La relación con su sobrino Bernardino no debía entenderse sólo como afecto entre tío y sobrino. Era, en realidad, una forma de asegurar la cohesión del linaje.

En una época en la que los conflictos entre coronas, las alianzas cambiantes y las tensiones fronterizas eran frecuentes, mantener vínculos sólidos entre ramas familiares dispersas geográficamente era esencial. Esa “cercanía” podía manifestarse en el intercambio de noticias políticas y militares, el apoyo en decisiones patrimoniales, la protección mutua en momentos de conflicto y la coordinación de matrimonios o alianzas.

Bernardino, desde Plasencia, iba a representar con el paso de los años la continuidad del poder familiar en territorio castellano. Juan, desde Oporto, aportaba perspectiva exterior y capacidad de mediación. Si pensamos en Bernardino como heredero en formación, la figura de Juan de Carvajal adquiere aún más importancia. Los tíos, en muchas familias nobles, desempeñaban roles clave como consejeros o incluso como figuras alternativas de autoridad.

Paradójicamente, el hecho de que Juan estuviera en Porto podía fortalecer su utilidad. No estaba inmerso en las mismas tensiones locales que Bernardino en Plasencia, lo que le permitía ofrecer una mirada más fría, más estratégica.

En muchas ocasiones, los miembros “periféricos” de una familia eran los que garantizaban su supervivencia en tiempos inciertos.

El niño, que hasta entonces había oído hablar de su tío como de una figura casi legendaria, lo tuvo ante sí, un hombre de rostro marcado por los años y las responsabilidades, de mirada penetrante y voz serena. No era un héroe de cuentos, sino algo más complejo, un hombre que había visto el mundo en su crudeza.

Juan de Carvajal decidió encargarse de su educación.

No fue una decisión ligera. Sabía que la sangre implicaba deber, y que el apellido Carvajal no debía ser llevado por cualquiera sin preparación. Desde muy temprano, Bernardino fue sometido a una disciplina rigurosa. Aprendió latín antes de comprender del todo su propia lengua, estudió las Escrituras, la lógica, la retórica.

Cuando Juan de Carvajal abandonaba por un tiempo la humedad atlántica de Oporto y regresaba a Plasencia, su llegada no era nunca un hecho menor. No lo anunciaban trompetas ni séquitos ruidosos, pero su presencia se dejaba sentir

como una variación en el aire mismo de la casa, más atento, más grave, como si con él entraran también noticias del mundo.

Bernardino lo esperaba siempre con una mezcla de respeto y expectación. Sabía que aquellos días no serían como los demás. Su tío no era hombre de largas caricias ni de palabras fáciles; pero traía consigo algo más valioso que cualquier muestra de afecto, traía conocimiento, y con él, una forma distinta de mirar la realidad.

Se reunían en estancias apartadas, lejos del bullicio de criados y visitas. A veces en una sala revestida de madera oscura, donde la luz se filtraba en haces oblicuos; otras, en una galería que daba al patio, donde el rumor del agua servía de fondo a sus conversaciones. Allí, sentados frente a frente, el tiempo parecía adoptar otro ritmo.

Juan de Carvajal no se limitaba a enseñarle libros.

Los abría, sí, y le hacía leer en voz alta pasajes de crónicas y tratados. Corregía su pronunciación, exigía precisión, detenía la lectura para interrogarle sobre el sentido de una frase o la intención de un autor. Pero pronto, casi inevitablemente, cerraba el volumen y lo apartaba con un gesto lento.

—Los libros dicen mucho —murmuraba—, pero nunca lo dicen todo.

Entonces comenzaba la verdadera lección.

Le hablaba de reyes cuyos nombres estaban escritos con letras doradas, pero cuyas decisiones habían sido dictadas por el miedo. De alianzas selladas en salones iluminados que se deshacían en la sombra de una traición susurrada. De concilios donde, bajo la apariencia de debate teológico, se decidía el rumbo de territorios enteros.

Bernardino escuchaba sin interrumpir, con la atención tensa de quien intuye que cada palabra encierra más de lo que parece.

—No confundas nunca la apariencia con la verdad —le decía su tío, inclinándose ligeramente hacia él—. Un reino puede

parecer sólido y estar sostenido por hilos invisibles. Y un hombre débil puede sostenerlo todo si sabe dónde apoyarse.

Le hablaba también de guerras. No de las gestas gloriosas que cantaban los juglares, sino de las decisiones previas, de los cálculos, de las dudas, de los errores que costaban vidas antes de que la primera espada se desenvainara. Le describía el peso del mando, la incertidumbre de quien debe decidir sabiendo que cualquier elección será imperfecta.

En ocasiones, su voz se volvía más baja, casi confidencial.

—El poder, Bernardino, no es una roca. Es arena —decía, dejando que el silencio completara la imagen—. Hoy está en tus manos, mañana se escurre entre los dedos.

Aquellas palabras no buscaban infundir temor, sino conciencia. Y el joven, poco a poco, comenzaba a comprender que el mundo que lo rodeaba no era tan firme como había creído en su infancia.

Pero quizá eran sus reflexiones sobre la Iglesia las que más profundamente calaban en él.

Juan de Carvajal no hablaba con irreverencia, pero tampoco con ingenuidad. Su fe era sólida, pero su mirada, aguda.

—La Iglesia —explicaba— es cuerpo y es alma. No puedes entenderla si separas una cosa de la otra.

Le enseñaba que, además de ser guía espiritual, era también una estructura de poder, con jerarquías, intereses y tensiones. Que en sus muros no sólo se rezaba, sino que se decidía. Que cada nombramiento, cada alianza, cada conflicto interno tenía repercusiones que trascendían lo religioso.

—Un obispo no es sólo un pastor —añadía—. Es también un señor. Y como tal, actúa.

Bernardino, que hasta entonces había visto el mundo dividido en planos más simples —lo justo y lo injusto, lo sagrado y lo profano—, comenzaba a percibir las zonas intermedias.

Aquellas donde las decisiones no eran puras, pero tampoco necesariamente corruptas; donde la fe convivía con la política sin dejar de ser fe.

A veces, al terminar estas conversaciones, el silencio se prolongaba más de lo habitual. El joven permanecía inmóvil, como si temiera que cualquier movimiento disipara lo aprendido. Juan lo observaba entonces con una expresión difícil de descifrar: una mezcla de severidad y aprobación contenida.

Sabía que no estaba formando a un niño, sino a un hombre que algún día tendría que sostener su propio peso en el mundo.

Y cuando finalmente se levantaban, cuando la vida cotidiana volvía a reclamar su espacio con voces y pasos en los pasillos, algo había cambiado, aunque nadie más pudiera verlo.

Porque en aquellas estancias discretas de Plasencia, lejos de testigos y ceremonias, se estaba produciendo una transmisión más duradera que cualquier herencia material, la de una mirada lúcida, casi despiadada, sobre el poder, la fe y la condición humana.

Y Bernardino, sin saberlo del todo aún, comenzaba a llevarla consigo.

—Recuerda esto, Bernardino —le decía en largas tardes de estudio—: los hombres creen que la historia la hacen las espadas. Pero son las palabras las que deciden cuándo se levantan.

Pasaron los años....

El momento llegó sin estruendo, como llegan las decisiones verdaderamente importantes, con una certeza silenciosa que nadie se atrevía a discutir. En la casa de Bernardino no hubo largos debates ni vacilaciones visibles. El camino estaba trazado desde mucho antes de que él pudiera comprenderlo, y ahora simplemente se hacía realidad.

El nombre bastaba por sí solo. Llegó el momento de viajar a Salamanca a iniciar sus estudios. No era sólo un lugar de

estudio, sino un destino cargado de memoria. Allí había caminado, décadas atrás, el propio cardenal de la familia, inclinándose sobre los mismos libros, recorriendo los mismos claustros, escuchando el eco de las mismas campanas. Allí había obtenido su licenciatura en 1430, marcando un precedente que no se había olvidado.

Bernardino partió hacia Salamanca cuando contaba con doce años de edad, con una mezcla de temor y determinación. El día de su partida amaneció claro, como si el cielo mismo quisiera despejar cualquier duda. Aldonza supervisó los preparativos con la precisión de quien entiende que en los detalles también se expresa el honor familiar. Francisco, más parco, se limitó a darle instrucciones breves, casi secas, pero cargadas de significado.

—No olvides quién eres —le dijo, sosteniéndole la mirada un instante más de lo habitual.

No hubo abrazos prolongados. En aquella casa, el afecto rara vez se mostraba de forma evidente. Pero cuando Bernardino montó a caballo y cruzó el umbral, sintió el peso de ambas presencias acompañándolo, como si no se hubiera marchado del todo.

El camino hasta Salamanca fue largo, jalonado de ventas, campos abiertos y caminos polvorientos. A cada jornada, la distancia con Plasencia crecía, pero también lo hacía una sensación nueva: la de estar avanzando hacia algo que le pertenecía por derecho, aunque aún no lo comprendiera del todo.

Y entonces, finalmente, apareció Salamanca. No se reveló de golpe, sino poco a poco, como una ciudad que exige ser descubierta. Primero las torres, luego los muros dorados por la luz, después el entramado de calles donde resonaban pasos, voces y el murmullo constante de estudiantes venidos de todos los rincones.

Bernardino sintió, al atravesar sus puertas, que entraba en un mundo distinto. La ciudad universitaria era un mundo en sí misma, aulas llenas de discusión, claustros donde resonaban disputas teológicas, estudiantes venidos de todos los rincones de Castilla.

Estudió Teología, como su tío le había aconsejado.

Pero no era un estudiante más. Llevaba consigo el peso de un nombre y la expectativa de un hombre que no toleraba la mediocridad. Cada lección era una prueba, cada examen un juicio silencioso.

Durante su estancia en Salamanca, el marco intelectual y cultural de la Corona de Castilla experimentó transformaciones de notable alcance, hasta el punto de configurar un verdadero umbral entre la tradición medieval y las nuevas corrientes del Renacimiento. No se trató de una mera coincidencia temporal, sino de una convergencia de procesos que afectaron simultáneamente a la producción del saber, a sus métodos de difusión y a los límites doctrinales que la autoridad eclesiástica estaba dispuesta a tolerar.

Uno de los acontecimientos más significativos fue la introducción de la imprenta en la ciudad de Segovia. Este hecho, aparentemente técnico, tuvo profundas consecuencias culturales. La imprenta no solo facilitó la reproducción de textos, sino que alteró la relación entre el conocimiento y su circulación. Obras que anteriormente requerían largos procesos de copia manuscrita comenzaron a difundirse con mayor rapidez, permitiendo una homogenización progresiva de los contenidos y una ampliación del público lector. En términos científicos, podría afirmarse que este cambio introdujo una nueva “infraestructura del saber”, en la que la velocidad de transmisión empezó a influir en la evolución de las ideas.

Paralelamente, en el ámbito estrictamente académico, la Universidad de Salamanca se convirtió en uno de los principales focos de penetración del humanismo en la Península Ibérica. La figura central de este proceso fue Antonio de Nebrija, cuya labor docente e intelectual introdujo un cambio metodológico de gran calado. Frente al predominio de la escolástica, basada en la autoridad de los textos y en la lógica silogística, Nebrija promovió el retorno a las fuentes clásicas, el estudio filológico de las lenguas y una concepción más crítica del conocimiento.

Su obra, especialmente la *Gramática de la lengua castellana*, no solo tuvo implicaciones lingüísticas, sino también políticas y culturales. Al dotar al castellano de un instrumento normativo, contribuyó a su consolidación como lengua de cultura y de administración, en un momento en que la monarquía buscaba reforzar su cohesión interna. Desde una perspectiva novelesca, puede imaginarse a los estudiantes salmantinos asistiendo a sus lecciones, enfrentándose por primera vez a una forma de pensamiento que les exigía no solo memorizar, sino comprender y analizar.

La Salamanca de este periodo aparece como un escenario vibrante: talleres tipográficos comenzando su actividad en ciudades cercanas, aulas universitarias donde se discutían textos clásicos, y tribunales eclesiásticos deliberando sobre la ortodoxia de determinadas enseñanzas. En medio de todo ello, los protagonistas de la época —estudiantes, maestros, clérigos— se movían entre la fascinación por lo nuevo y el respeto, a veces temeroso, por la tradición.

Así, la estancia en Salamanca no puede considerarse un simple episodio biográfico, sino un momento de inmersión en uno de los centros neurálgicos de la transformación cultural de la Castilla del siglo XV y comienzos del XVI. Un espacio donde el pasado medieval y el futuro renacentista no solo coexistían,

sino que dialogaban, se enfrentaban y, en ocasiones, se reconciliaban en formas inesperadas.

En las noches, a la luz de las velas, recordaba las palabras de su tío, las historias de Hungría, de Belgrado, de Mantua. Comprendía que su formación no era solo intelectual, sino también moral.

Mientras tanto, en Roma, Juan de Carvajal continuaba su labor. Tras la muerte de Pío II en 1464, la cruzada se desvaneció como un sueño interrumpido. El nuevo Papa, Pablo II, le confió la administración de los fondos destinados a aquella empresa fallida. Era una tarea ingrata, casi un recordatorio constante de lo que no había sido.

Bernardino, desde Salamanca, comenzaba a entender el alcance de esa vida. Ya no veía a su tío solo como un maestro, sino como un modelo difícil de igualar.

A veces se preguntaba si estaría a la altura.

Pero entonces recordaba otra de sus enseñanzas:

—No se trata de ser igual, sino de ser digno.

Y en esa búsqueda, entre libros y recuerdos, entre el peso del pasado y la incertidumbre del futuro, Bernardino López de Carvajal comenzaba a escribir su propia historia.

No con la rapidez de las batallas, sino con la paciencia de quien sabe que el verdadero legado no se impone, sino que se construye.

A orillas del Tormes, la ciudad de Salamanca se alzaba en el siglo XV como un entramado de piedra dorada que parecía encenderse con la luz del atardecer. Hacia 1470, sus murallas aún protegían un mundo donde convivían eruditos, mercaderes, clérigos y campesinos, todos envueltos en el ritmo pausado pero intenso de una ciudad en crecimiento.

Las calles, estrechas y sinuosas, estaban vivas desde el alba. Por ellas transitaban estudiantes venidos de todos los rin-

cones de la península y más allá, atraídos por la fama de la Universidad de Salamanca, cuyo prestigio resonaba en toda Europa. Vestidos con capas oscuras, discutían en latín sobre leyes, teología o medicina, mientras el murmullo de sus voces se mezclaba con el sonido de herraduras y pregones.

Dominando el perfil urbano se erguía la antigua Catedral Vieja de Salamanca, robusta y solemne, con su cimborrio recortándose contra el cielo. A su lado, comenzaban ya a levantarse nuevas construcciones que anunciaban cambios en el gusto y en la ambición de la ciudad. No muy lejos, la Plaza Mayor de Salamanca —aún lejos de su forma actual— era un espacio irregular donde se celebraban mercados, encuentros y noticias, centro del pulso cotidiano.

El aire olía a leña, a pan recién hecho y a pergamino. En los talleres, artesanos trabajaban la piel, el hierro y la madera, mientras en los scriptoria se copiaban libros con paciencia infinita. La ciudad era, al mismo tiempo, bulliciosa y recogida, de día, un hervidero de actividad; de noche, un lugar de sombras y silencio, apenas roto por el paso de alguna ronda o el eco lejano de campanas.

No faltaban tensiones. Como en toda ciudad medieval, las diferencias sociales eran visibles, nobles en casas fortificadas, clérigos en sus recintos, y el pueblo llano apretado en barrios donde la vida era más dura. Sin embargo, Salamanca tenía algo que la distinguía, un espíritu inquieto, casi rebelde, nacido del saber y del debate constante.

Así era Salamanca hacia el año 1470, una ciudad donde la piedra guardaba secretos y las palabras tenían peso, donde el pasado y el porvenir se encontraban en cada esquina, y donde el conocimiento comenzaba a abrirse paso como una nueva forma de poder.

La Universidad de Salamanca no era un edificio, sino una constelación de espacios, de saberes, de voces superpuestas a

lo largo del tiempo. En sus aulas, las palabras no eran ligeras, se discutían con rigor, se defendían con vehemencia, se transmitían como si en ellas se jugara algo esencial.

Desde el primer día, Bernardino comprendió que no era un estudiante más.

No por privilegio, sino por herencia.

El nombre de su familia no era desconocido allí. Algunos maestros lo pronunciaban con reconocimiento; otros, con una reserva que no alcanzaba a descifrar. Pero todos sabían que, antes que él, otro Carvajal había pasado por aquellas mismas piedras, dejando una huella difícil de ignorar.

A veces, al recorrer los claustros, Bernardino se detenía sin saber por qué. Miraba los arcos, las columnas, la luz que caía en los patios, y se preguntaba si aquel mismo lugar había sido testigo de los pasos del cardenal. Si había apoyado la mano en esa misma piedra. Si había sentido, como él ahora, el peso de estar a la altura de un legado.

Era una sensación extraña, no se trataba de orgullo, ni exactamente de presión, sino de algo más complejo. Una especie de diálogo silencioso con el pasado.

Los días comenzaron a organizarse en torno al estudio. Latín, teología, derecho, filosofía... disciplinas que no sólo exigían memoria, sino juicio. Allí no bastaba con repetir, era necesario comprender, argumentar, sostener una idea frente a otras.

Las enseñanzas de su tío Juan de Carvajal empezaron a adquirir un nuevo sentido.

Las palabras sobre la fragilidad del poder, sobre la doble naturaleza de la Iglesia, sobre las decisiones que se toman en la sombra... todo aquello encontraba ahora un eco concreto en las lecciones, en las disputas académicas, en las conversaciones entre estudiantes.

Salamanca no le enseñaba un mundo distinto, sino que le daba las herramientas para entender el que ya había comenzado a conocer.

Poco a poco, Bernardino dejó de ser el joven que había llegado con la mirada cargada de expectativas ajenas. Sin romper con ellas, empezó a construir algo propio, una forma de pensar, de interpretar, de situarse.

Y en ese proceso, casi imperceptible, se producía la verdadera transformación.

Por las noches, cuando el bullicio se apagaba y sólo quedaban el silencio y la luz temblorosa de las velas, Bernardino se inclinaba sobre los libros. Pero ya no los leía como al principio.

Ahora buscaba en ellos respuestas que aún no sabía formular del todo.

Y, sin darse cuenta, comenzaba a recorrer el mismo camino que otros antes que él habían iniciado en ese mismo lugar, el difícil tránsito entre heredar una historia... y aprender a sostenerla por sí mismo.

La ciudad de Salamanca, alzada sobre la piedra dorada que el sol tornaba casi líquida al atardecer, acogía en la segunda mitad del siglo XV a una multitud de jóvenes que, como Bernardino, acudían a sus aulas movidos por una ambición que no siempre era evidente a primera vista. La Universidad de Salamanca, ya consolidada como uno de los centros de saber más prestigiosos de la Cristiandad, era entonces un cruce de caminos donde convergían la tradición escolástica, las tensiones teológicas y las nuevas corrientes de pensamiento que comenzaban a agitar Europa.

Bernardino llegó a la ciudad no como heredero de un señorío, sino como hijo segundo de un linaje en ascenso, portando consigo una doble carga, la expectativa familiar y la necesidad de construir un destino propio. En aquel entorno, el

conocimiento no era un mero adorno, sino un instrumento de poder, una vía legítima para acceder a cargos, dignidades y reconocimiento.

Sus primeros años estuvieron dedicados al estudio de las Artes, base indispensable de toda formación superior. La lógica, la retórica y la filosofía natural constituían el andamiaje intelectual sobre el que se erigía cualquier aspiración ulterior. Bernardino, disciplinado y observador, pronto destacó no tanto por una brillantez estridente como por una constancia firme, casi silenciosa, que sus maestros no tardaron en advertir.

En 1472 alcanzó el grado de bachiller, un hito que marcaba su entrada formal en la comunidad de los letrados. Pero más allá del título, lo que verdaderamente transformó su trayectoria fue el contacto con figuras de extraordinaria relevancia. Entre sus maestros se encontraba Diego de Deza, dominico de aguda inteligencia, cuya enseñanza combinaba el rigor escolástico con una clara orientación hacia la defensa de la ortodoxia. Deza no solo instruía; moldeaba conciencias, inculcando en sus discípulos una visión del saber como servicio a la verdad y a la Iglesia.

Junto a él, Bernardino recibió también la influencia de Hernando de Talavera, cuya personalidad ofrecía un contraste notable. Fray Hernando, más inclinado a la introspección espiritual y a una religiosidad práctica, representaba una forma de autoridad menos severa, aunque no por ello menos exigente. Su enseñanza no se limitaba a los textos; apelaba a la vida interior, a la coherencia entre pensamiento y acción.

En ese doble magisterio, Bernardino encontró un equilibrio que marcaría su desarrollo intelectual. De Deza aprendió la estructura, la precisión, la defensa argumentativa; de Talavera, la prudencia, la dimensión moral del conocimiento y una cierta sensibilidad hacia las realidades humanas que escapaban a la pura abstracción.

Los años que siguieron al bachillerato no fueron sencillos. El estudio de la Teología exigía no solo memoria y disciplina, sino también una capacidad de penetración conceptual que separaba a los meros estudiantes de los verdaderos doctores. Las disputas académicas, frecuentes y a menudo intensas, constituían el escenario donde se ponía a prueba el ingenio de los aspirantes. Bernardino, que en su juventud había aprendido a observar antes que a imponerse, encontró en estas prácticas un terreno propicio para afirmar su voz.

Desde una perspectiva histórica, la formación de Bernardino en la Universidad de Salamanca ilustra la importancia creciente de las instituciones académicas en la configuración de las élites castellanas del siglo XV. En un contexto donde la monarquía reforzaba su aparato administrativo y la Iglesia desempeñaba un papel central, los hombres formados en estas aulas se convertían en mediadores entre el saber y el poder.

Para Bernardino, sin embargo, aquellos años fueron algo más que una etapa formativa. Constituyeron un espacio de transformación personal, donde el hijo segundo de Francisco y Aldonza comenzó a definirse no solo por su lugar en la familia, sino por su capacidad intelectual y su inserción en redes de conocimiento y autoridad.

Cuando abandonó Salamanca, ya no era simplemente Bernardino de Carvajal, miembro de un linaje en ascenso. Era un hombre formado bajo la tutela de dos de las figuras más influyentes de su tiempo, portador de un saber que lo situaba en una posición singular dentro de la compleja arquitectura social de la Castilla de finales del siglo XV.

Y, sin embargo, como sucede en toda biografía que merece ser contada, aquel logro no representaba un final, sino apenas el umbral de una trayectoria que habría de desplegarse en escenarios más amplios, donde el conocimiento adquirido sería puesto a prueba frente a las exigencias, a menudo implacables, de la historia.

La vida académica de Bernardino en la Universidad de Salamanca no transcurrió en la quietud de los libros, sino en medio de tensiones doctrinales que reflejaban los profundos conflictos intelectuales de la Castilla del siglo XV. Entre las figuras que marcaron de manera más decisiva su formación se encontraba Pedro Martínez de Osma, maestro reputado y catedrático de Prima de Teología, cuya enseñanza se caracterizaba por una notable independencia de criterio.

Bajo su magisterio, Bernardino no solo adquirió conocimientos teológicos, sino que entró en contacto con una forma de pensar que, si bien enraizada en la tradición escolástica, comenzaba a explorar interpretaciones que algunos consideraban arriesgadas. Martínez de Osma no era un disidente abierto, pero sus proposiciones sobre materias sensibles suscitaban recelos en determinados sectores eclesiásticos.

En estos momentos, en un contexto intelectual marcado por la tensión entre la tradición escolástica y los primeros impulsos renovadores del pensamiento teológico, emerge la figura de Bernardino como un discípulo singularmente destacado dentro del círculo académico de Martínez de Osma. La relación entre maestro y discípulo no fue meramente institucional, sino profundamente intelectual y, en cierto modo, espiritual. Bernardino no solo absorbió las enseñanzas de su mentor, sino que las interiorizó hasta convertirlas en el eje de su propio desarrollo teológico.

La Universidad, en aquellos años, no era simplemente un espacio de transmisión de conocimientos, sino un campo de disputa de ideas, de redefinición de métodos y de búsqueda de legitimidad doctrinal. En ese ambiente, Martínez de Osma destacó como un teólogo renovador, cuya propuesta implicaba una vuelta deliberada a las fuentes primigenias de la revelación cristiana. Frente a una escolástica que, en algunos

sectores, había derivado hacia el formalismo excesivo, su planteamiento aspiraba a reactivar el dinamismo original del pensamiento teológico.

Bernardino, desde sus primeros años de formación, mostró una capacidad poco común para comprender la profundidad de estas propuestas. No se limitaba a repetir las tesis de su maestro, sino que las interrogaba, las organizaba y, en ocasiones, las reformulaba con una claridad que sorprendía incluso a quienes lo evaluaban. Este talento quedó institucionalmente reconocido en 1472, cuando obtuvo el grado de bachiller en Teología, un hito académico que, en su caso, representaba mucho más que un simple logro formal: era la confirmación de una madurez intelectual precoz.

Tres años después, en 1475, se produjo un hecho que consolidaría definitivamente su posición dentro del ámbito universitario. Martínez de Osma, obligado a ausentarse temporalmente de su cátedra, designó a Bernardino como su sustituto. Este gesto, que en el contexto universitario medieval tenía un significado preciso, constituía una prueba inequívoca de confianza. No se trataba únicamente de garantizar la continuidad de la enseñanza, sino de asegurar que el espíritu de la cátedra —su orientación metodológica y doctrinal— se mantuviera intacto.

La elección de Bernardino no fue casual. En él convergían dos cualidades fundamentales: por un lado, una fidelidad rigurosa a las doctrinas de su maestro; por otro, una capacidad de adaptación que le permitía aplicar esas doctrinas a situaciones concretas de enseñanza. Su labor como sustituto no fue meramente administrativa, sino profundamente intelectual. Supo mantener el nivel de exigencia de la cátedra y, al mismo tiempo, introducir matices que revelaban su propia voz emergente.

A mediados del año siguiente, Martínez de Osma volvió a confiar en Bernardino, esta vez para sustituirle en la cátedra de prima de Teología, una de las más prestigiosas dentro del sistema universitario. Este segundo nombramiento confirmaba que la primera designación no había sido circunstancial. Bernardino se había convertido, de facto, en el heredero intelectual de su maestro.

Para comprender la importancia de esta relación, es necesario detenerse en el contenido de las doctrinas que Bernardino defendía. Martínez de Osma puede considerarse, con justicia, uno de los precursores de la teología moderna. Su proyecto consistía en una renovación que no implicaba ruptura, sino retorno. Retorno a las fuentes de la revelación, es decir, a la Sagrada Escritura; retorno a los Padres de la Iglesia, cuyas interpretaciones ofrecían una riqueza frecuentemente olvidada; y retorno, asimismo, a la obra de Tomás de Aquino, entendida no como un sistema cerrado, sino como una herramienta viva de pensamiento.

Este triple retorno tenía consecuencias metodológicas profundas. En lugar de apoyarse exclusivamente en la autoridad de comentarios posteriores, Martínez de Osma proponía una lectura directa de los textos fundamentales. Este enfoque exigía un esfuerzo intelectual mayor, pero permitía una comprensión más auténtica de los problemas teológicos.

Bernardino asumió este programa con una convicción que iba más allá de la mera adhesión académica. Para él, la teología no era un ejercicio abstracto, sino una disciplina orientada a responder a los “problemas vivos” de su tiempo. Esta expresión, recurrente en los textos de la época, aludía a cuestiones concretas: debates sobre la gracia, la moral, la autoridad eclesíástica y la relación entre fe y razón.

En este sentido, Bernardino se distingue por su capacidad de mediación entre tradición y actualidad. Su fidelidad a

Tomás de Aquino no implicaba una repetición literal de sus tesis, sino una reinterpretación en función de las necesidades contemporáneas. De manera similar, su recurso a los Padres de la Iglesia no era arqueológico, sino hermenéutico: buscaba en ellos claves para comprender el presente.

La influencia de Martínez de Osma en Bernardino fue, por tanto, decisiva, pero no anuladora. Le proporcionó un marco, un método y una orientación, pero dejó espacio para el desarrollo personal. Esta dinámica explica por qué Bernardino pudo, en relativamente poco tiempo, asumir responsabilidades docentes de alto nivel.

Desde una perspectiva historiográfica, la figura de Bernardino permite observar el proceso de transmisión del saber en el final de la Edad Media. No se trata de una ruptura abrupta con el pasado, sino de una transformación gradual, en la que ciertos individuos actúan como vectores de cambio. Bernardino fue uno de esos individuos: un puente entre la escolástica tardía y las formas emergentes de pensamiento teológico.

Su actividad como docente contribuyó a la difusión de las ideas de su maestro, pero también a su consolidación. Al enseñar, Bernardino sistematizaba, clarificaba y, en cierto modo, legitimaba esas ideas ante nuevas generaciones de estudiantes. La cátedra se convertía así en un laboratorio intelectual donde la tradición era continuamente reinterpretada.

Cabe señalar que este proceso no estuvo exento de tensiones. La renovación teológica siempre implica un cierto grado de conflicto con las formas establecidas. Sin embargo, la estrategia de Martínez de Osma —y, por extensión, de Bernardino— consistía en fundamentar la innovación en la tradición más autorizada. Al recurrir a la Escritura, a los Padres y a Tomás de Aquino, se situaban dentro de un marco de legitimidad difícil de cuestionar.

La relación entre Bernardino y Martínez de Osma constituye un ejemplo paradigmático de continuidad y renovación en la historia del pensamiento teológico. Bernardino, como discípulo predilecto, no solo heredó las enseñanzas de su maestro, sino que las encarnó y proyectó hacia el futuro. Su trayectoria académica, marcada por el reconocimiento institucional y la responsabilidad docente, refleja la confianza depositada en él y la relevancia de su contribución.

Finalmente, en 1478, alcanzó el grado de doctor, culminación de un proceso que no solo certificaba su saber, sino que lo integraba plenamente en la élite intelectual de su tiempo. Este logro no era un simple honor personal; tenía implicaciones directas para su familia y su linaje. Un doctor en Teología formado en Salamanca era un activo de enorme valor, capaz de abrir puertas en la corte, en la administración eclesiástica o en los órganos de gobierno.

A través de su fidelidad creativa, Bernardino participó en el proceso de gestación de una teología más atenta a las fuentes, más sensible a los problemas de su tiempo y más abierta a la reflexión crítica. En este sentido, su figura no debe entenderse únicamente como la de un discípulo ejemplar, sino como la de un protagonista activo en la transición hacia la modernidad teológica.

La crisis no tardó en estallar. En 1479, las doctrinas de Martínez de Osma fueron objeto de examen en el marco de la Junta de Alcalá de Henares de 1479, donde fue finalmente condenado por proposiciones consideradas heréticas. El proceso había sido impulsado por Miguel Ferrer, cuya intervención refleja el alcance institucional del conflicto.

Para Bernardino, aquel episodio no fue un mero acontecimiento externo, sino una prueba personal de enorme trascendencia. Formado en el respeto hacia su maestro, se encontró

ante la disyuntiva de participar en la condena o mantenerse fiel a su conciencia. Su decisión fue tan significativa como discreta, solicitó licencia para ausentarse del proceso, evitando así implicarse en un juicio que afectaba directamente a quien había sido una de las figuras centrales de su formación.

Este gesto, lejos de ser interpretado como una muestra de debilidad, puede entenderse como una manifestación de prudencia y lealtad, virtudes altamente valoradas en el contexto intelectual de la época. Bernardino no desafió abiertamente la autoridad, pero tampoco se prestó a condenar a su maestro. Optó, en cambio, por apartarse, preservando tanto su integridad personal como su futuro académico.

Durante ese mismo periodo, centró sus esfuerzos en culminar su formación. El 6 de mayo de 1479 obtuvo el grado en Teología, avanzando así en una carrera que, pese a las turbulencias, no se vio trunca. Mientras tanto, la condena de Martínez de Osma adquiría dimensión universal al ser ratificada en agosto de ese mismo año por el papa Sixto IV, lo que obligó al teólogo a retractarse públicamente de sus proposiciones.

El episodio dejó una huella profunda en el ambiente académico salmantino. La tensión entre libertad intelectual y ortodoxia quedó expuesta de manera evidente, recordando a todos los miembros de la comunidad universitaria los límites dentro de los cuales debía desarrollarse el pensamiento.

Bernardino, sin embargo, supo navegar estas aguas con notable habilidad. En 1480, el 21 de diciembre, alcanzó el grado de maestro en Teología, consolidando su posición dentro de la institución. Este logro no solo certificaba su competencia académica, sino que lo situaba en una posición de autoridad, habilitándolo para la enseñanza y el ejercicio pleno del magisterio.

El reconocimiento no tardó en traducirse en responsabilidades mayores. En 1481, fue nombrado rector de la Universidad

de Salamanca, un cargo de enorme prestigio que implicaba no solo la dirección académica, sino también la gestión institucional y la representación de la universidad ante instancias externas. Para un hombre de su edad, este nombramiento constituía una prueba evidente del reconocimiento de sus méritos y de la confianza depositada en su criterio.

Desde una perspectiva histórica, la trayectoria de Bernardino en estos años ilustra con claridad la complejidad del mundo universitario bajomedieval. Lejos de ser espacios aislados, las universidades eran escenarios donde se cruzaban intereses políticos, religiosos e intelectuales. La figura de Bernardino emerge en este contexto como la de un hombre capaz de conciliar fidelidad doctrinal, prudencia política y ambición académica.

La caída de su maestro, Pedro Martínez de Osma, lejos de arrastrarlo, pareció abrirle un camino inesperado. Bernardino ocuparía la cátedra de Prima de Teología que había pertenecido a Osma, asumiendo así el lugar que había quedado vacante tras la condena. Este hecho, cargado de simbolismo, no puede interpretarse como una simple sustitución, sino como la continuidad transformada de una tradición académica marcada por la tensión entre innovación y ortodoxia.

Así, el discípulo sucedía al maestro, pero lo hacía en un contexto distinto, más vigilado, más consciente de los riesgos que implicaba traspasar ciertos límites. Bernardino llevaba consigo la memoria de aquel proceso, no como una carga, sino como una advertencia silenciosa que habría de acompañarlo en el ejercicio de su magisterio.

En definitiva, estos años configuran uno de los momentos más decisivos de su vida, un periodo en el que la formación, la crisis y el ascenso se entrelazan para dar forma a una figura que, sin romper con su tiempo, supo entender sus tensiones y actuar en consecuencia dentro de ellas.

En el año 1482, Bernardino se instaló en Roma bajo la tutela y cercanía del cardenal Mendoza. La ciudad que encontró no era solo el centro espiritual de la cristiandad, sino también un hervidero de intereses diplomáticos, intrigas palaciegas y renovadas inquietudes culturales. El humanismo, en pleno auge, comenzaba a redefinir las formas de pensar el pasado clásico y su relación con el presente cristiano. En este ambiente, Bernardino no tardó en destacar.

Su inserción en los círculos romanos se vio favorecida por las amistades que supo cultivar con figuras influyentes, entre ellas los hermanos Giacomo y Mario Mellini, miembros de una familia destacada tanto por su posición social como por su compromiso con las letras y las artes. Esta relación resultó determinante, pues no solo le proporcionó acceso a redes intelectuales de primer orden, sino también un espacio físico y simbólico desde el cual proyectar su propia actividad.

Bernardino se estableció en el palacio de la familia Mellini, situado en las inmediaciones de Sant'Agnese in Agone, en una de las zonas más vivas y representativas de la Roma renacentista. El edificio no era una residencia cualquiera, albergaba una notable colección de antigüedades, fruto de la dedicación del jurista Pietro Mellini, cuya pasión por el coleccionismo y la investigación de vestigios clásicos lo situaba entre los precursores de la sensibilidad anticuaria que caracterizaría al Renacimiento pleno.

En ese entorno, Bernardino encontró algo más que hospedaje. El contacto cotidiano con esculturas, inscripciones y restos materiales del mundo antiguo alimentó su curiosidad intelectual y le permitió participar activamente en las corrientes humanistas que buscaban reconstruir, interpretar y, en cierta medida, revivir la Antigüedad clásica. La casa de los Mellini funcionaba como un pequeño cenáculo donde se cru-

zaban eruditos, diplomáticos y eclesiásticos, todos ellos atraídos por el prestigio cultural que emanaba de sus colecciones.

Pero la relevancia de Bernardino en Roma no se limitó al ámbito intelectual. Su proximidad al cardenal Mendoza y su integración en redes como la de los Mellini le otorgaron un papel significativo en la intermediación política. Era un hombre capaz de traducir intereses, de mediar entre sensibilidades distintas y de aportar una perspectiva formada tanto en la tradición castellana como en las nuevas corrientes italianas. En un tiempo en que la diplomacia se ejercía tanto en los salones como en los despachos, estas cualidades resultaban especialmente valiosas.

De este modo, la estancia romana de Bernardino se convirtió en un periodo de formación y consolidación. Allí, entre los muros cargados de historia del palacio Mellini y las complejas tramas de la curia, se forjó una figura que combinaba erudición humanista y habilidad política. Su experiencia en Roma no solo amplió sus horizontes personales, sino que también lo integró en un espacio europeo más amplio, donde las ideas, los objetos y las ambiciones circulaban con una intensidad desconocida en generaciones anteriores.

El traslado de Bernardino a Roma, facilitado por la influencia de Mendoza y Carvajal, no fue simplemente un episodio biográfico, sino un momento fundacional. En él convergieron la política internacional de la monarquía hispánica, las redes familiares y clientelares, y el despertar de una sensibilidad cultural que habría de marcar profundamente el devenir intelectual de finales del siglo XV.

En el ambiente refinado y espiritualmente denso de la Roma de finales del Quattrocento, la casa de los Mellini no solo se distinguía por su riqueza material y su prestigio social, sino también por una marcada orientación devocional que im-

pregnaba la vida cotidiana de sus miembros. La familia profesaba una particular veneración por el culto de la Santa Cruz, eje simbólico de su religiosidad y elemento articulador de su identidad espiritual. No era una devoción superficial o meramente ornamental, se manifestaba en espacios concretos y cargados de significado, como el altar familiar en Sant'Agnese in Agone y la capilla de su villa en Monte Mario, ambos dedicados a la Santa Cruz.

No olvidemos —como quien hojea un códice antiguo a la luz temblorosa de una vela— los desvelos de Bernardino, cuya voluntad firme se alzó entre andamios y polvo para devolver dignidad a la basílica de Gerusalemme in Santa Croce. No fue empresa menor, cada piedra retirada parecía susurrar siglos de abandono, y cada arco restaurado devolvía al templo una memoria que se resistía a desaparecer. Bernardino, hombre de temple sereno, entendía que no solo reparaba muros, sino que reconciliaba el tiempo con la fe.

Nada más franquear el umbral de la basílica, el visitante queda suspendido en una impresión casi reverencial, bajo sus pies, el suelo de estilo cosmatesco despliega su geometría de mármoles entrelazados, como si el tiempo mismo hubiera sido ordenado en figuras perfectas. Al alzar la vista, las doce columnas colosales de mármol se elevan con gravedad antigua, separando el espacio en tres naves y marcando un ritmo solemne, casi litúrgico, al paso de quien avanza.

Pero es el techo de madera el que termina por envolver el ánimo. Allí, la *Apoteosis de Santa Elena*, obra de Corrado Giacinto, se despliega con una luminosidad que parece vencer la penumbra del templo. No es solo pintura, es una visión suspendida, una elevación del espíritu que encuentra eco en los frescos que el mismo artista dejó en el ábside y el presbiterio, donde los colores aún vibran con una intensidad casi intacta.

Sin embargo, entre esas capas de arte y devoción, subsiste una voz más antigua. La *Historia de la Santa Cruz*, realizada en el siglo XV por Antoniazio Romano, irrumpe como un testimonio distinto, más sobrio y profundamente humano. Considerada una de sus obras maestras, esta pintura parece resistirse al paso del tiempo, recordando que, en aquel lugar, cada generación no solo añadió belleza, sino también memoria.

Aquel impulso reformador no surgía en el vacío. Ya antes, en el año de 1470, Pietro y Mario Mellini —nombres que aún resonaban entre los círculos devotos de Roma— habían levantado el oratorio de la Santa Cruz de Monte Mario. Lo hicieron con una mezcla de fervor y ambición, edificando sobre los cimientos humildes de una capilla anterior, como si quisieran dialogar con quienes les precedieron. Porque allí, en 1350, Ponce de Péter, obispo de Orvieto, había erigido un pequeño santuario, modesto en apariencia pero grande en intención, destinado a custodiar la devoción en una colina que dominaba la ciudad y el espíritu.

Así, las obras de unos y otros se entrelazan como las hebras de un tapiz antiguo, la capilla de Ponce, el oratorio de los Mellini, la reforma de Bernardino. Cada generación, heredera y deudora de la anterior, añadió su gesto a una historia mayor, donde la piedra y la fe se confunden, y donde el pasado nunca queda del todo atrás, sino que permanece, latente, bajo cada nueva construcción.

Estos lugares, más que simples enclaves de oración, funcionaban como puntos de encuentro entre la fe y la cultura, donde lo sagrado se entrelazaba con la sensibilidad humanista que caracterizaba a la élite romana del momento. Bernardino, instalado en el palacio de los Mellini, no permaneció ajeno a esta atmósfera. Antes bien, supo integrarla en su propio horizonte intelectual, reconociendo en ella una continuidad entre

la tradición cristiana y el renovado interés por la Antigüedad que impregnaba los círculos eruditos de la ciudad.

La residencia se convirtió pronto en un espacio de confluencia para algunos de los nombres más destacados de la intelectualidad vinculada al ámbito hispánico en Roma. En aquellas estancias adornadas con esculturas antiguas, inscripciones latinas y objetos cuidadosamente seleccionados por el afán coleccionista de Pietro Mellini, se celebraban encuentros donde la conversación fluía entre la poesía, la teología y la política.

Entre los asistentes figuraban poetas de renombre como Juan del Encina y Bartolomé de Torres Naharro, cuyas obras representaban la vitalidad literaria de la España de los Reyes Católicos en diálogo con las corrientes italianas. Su presencia no era casual: ambos participaban de ese impulso de renovación cultural que encontraba en Roma un escenario privilegiado para su desarrollo. Las veladas en casa de Bernardino ofrecían la oportunidad de intercambiar ideas, recitar composiciones y reflexionar sobre el papel del arte en una sociedad en transformación.

Junto a ellos, también acudía Alonso Hernández, figura menos conocida pero igualmente significativa dentro de este círculo, cuya participación contribuía a enriquecer el carácter plural de las reuniones. La diversidad de perfiles —poetas, juristas, eclesiásticos— confería a estos encuentros un dinamismo particular, donde las disciplinas se entrecruzaban y las fronteras entre lo literario, lo político y lo religioso se diluían.

El patio interior olía a piedra húmeda y a hojas de laurel. Más allá, Roma se desplegaba en un murmullo constante, como si cada rincón escondiera un secreto antiguo. Bernardino paseaba despacio, observando los relieves de una fuente, cuando la voz de Alonso Hernández lo alcanzó desde la galería.

—Siempre os encuentro mirando, Bernardino. Como si temierais perder algo que aún no sabéis nombrar.

Bernardino se volvió, con una leve inclinación de cabeza.

—Quizá sea eso, Alonso. En esta ciudad, uno siente que todo tiene un significado oculto... incluso las estatuas.

Alonso descendió los escalones, con las manos a la espalda.

—Ah, las estatuas... Si supierais cuántas de ellas no son lo que aparentan. Restauradas, recompuestas, incluso reinventadas para agradar a sus dueños.

—¿Decís que son falsas?

—No falsas del todo —respondió Alonso, deteniéndose junto a la fuente—. Digamos... mejoradas. En Roma, la verdad y la apariencia suelen caminar juntas, pero no siempre de la mano.

Bernardino observó el rostro de mármol de una ninfa.

—Aun así, despiertan admiración.

—Y ese es su propósito —replicó Alonso—. Los grandes señores no coleccionan arte por devoción, sino por poder. Cada pieza es una declaración.

Bernardino frunció ligeramente el ceño.

—He oído hablar de colecciones privadas que superan a las de algunos palacios.

—No habéis oído mal —dijo Alonso, con una sonrisa breve—. Hay cardenales que guardan en sus galerías más tesoros que los que jamás verá el pueblo. Pinturas, bustos antiguos, manuscritos... todo cuidadosamente dispuesto para impresionar a quien cruza sus puertas.

—¿Y habéis tenido acceso a alguna de ellas?

Alonsoladeó la cabeza, como si midiera cuánto revelar.

—A algunas. Lo suficiente para saber que cada sala cuenta una historia distinta... y no siempre honesta.

—Me gustaría verlas —admitió Bernardino, casi en un susurro—. Comprender lo que decís con mis propios ojos.

—Lo haréis —aseguró Alonso—. Pero debéis aprender primero a mirar. No basta con ver la obra; hay que entender por qué está allí, quién la adquirió... y qué pretende demostrar con ella.

Bernardino guardó silencio un instante.

—Entonces, el arte aquí no es solo belleza.

—En absoluto —respondió Alonso—. Es influencia. Es memoria. Es, en ocasiones, propaganda.

Una ráfaga de viento agitó las hojas del patio.

—Decidme, Alonso —añadió Bernardino—, si pudierais quedaros con una sola pieza de todas esas colecciones... ¿cuál elegiríais?

Alonso sonrió, como si la pregunta le complaciera.

—Ninguna.

Bernardino lo miró con sorpresa.

—¿Ninguna?

—Porque la verdadera riqueza no está en poseerlas, sino en saber que existen... y en comprender lo que dicen de quienes las guardan.

Bernardino asintió lentamente.

—Empiezo a entender. En Roma, incluso el arte habla... pero no siempre dice la verdad.

Alonso apoyó la mano en el borde de la fuente.

—Exactamente. Y cuando aprendáis a escuchar esas mentiras, Bernardino, empezaráis a conocer de verdad esta ciudad.

En este contexto, Bernardino ejercía no solo como anfitrión, sino como mediador cultural. Su casa, heredera del espíritu de los Mellini, se configuraba como un auténtico cenáculo humanista, donde la devoción a la Cruz convivía con el redescubrimiento del mundo clásico y la afirmación de nuevas formas de expresión artística. La presencia constante de símbolos religiosos, lejos de contradecir el interés por lo antiguo, lo enriquecía, ofreciendo una lectura cristianizada de la Antigüedad que resultaba característica del humanismo de la época.

Así, las reuniones en el palacio cercano a Sant'Agnese in Agone no pueden entenderse como meras tertulias literarias. Eran, en realidad, espacios de construcción intelectual y de

afirmación identitaria, donde se forjaban vínculos, se transmitían ideas y se delineaban proyectos que trascendían el ámbito privado. Bajo la protección simbólica de la Santa Cruz, aquellos hombres participaban en la elaboración de una cultura que, sin renunciar a sus raíces cristianas, se abría con decisión a la herencia clásica y a los desafíos de un mundo en transformación.

En el rico y matizado entramado de relaciones intelectuales que Bernardino supo tejer durante su estancia en Roma, destacan de manera particular sus vínculos con figuras señeras del humanismo italiano, como Pomponio Leto y Paolo Pompilio. Ambos representaban, cada uno a su modo, la recuperación consciente del legado clásico y su adaptación a las necesidades culturales y políticas del presente.

El contacto con Pomponio Leto, fundador de la célebre Academia Romana, situó a Bernardino en el corazón mismo del humanismo arqueológico y filológico. Leto promovía una vuelta rigurosa a las fuentes clásicas, no solo como ejercicio erudito, sino como forma de vida, impregnada de admiración por las instituciones, la lengua y las costumbres de la antigua Roma. Para Bernardino, formado en la tradición eclesiástica hispana pero abierto a las nuevas corrientes, esta relación supuso una ampliación decisiva de horizontes, el pasado clásico dejaba de ser un repertorio de autoridades para convertirse en un modelo activo de interpretación del presente.

No menos significativa fue su amistad con Paolo Pompilio, figura más directamente vinculada a la producción literaria en clave política. Pompilio encarnaba una vertiente del humanismo que, sin renunciar a la elegancia formal y a la imitación de los antiguos, se ponía al servicio de las realidades contemporáneas, especialmente de la exaltación de los poderes emergentes.

Fue precisamente Pompilio quien dedicó a Bernardino el *Pangyricum Carmen ad Carvajalis*, una composición que debe entenderse en el marco de una corriente literaria bien

definida, la de los panegíricos humanistas que celebraban las victorias y la legitimidad de los monarcas cristianos frente al enemigo infiel. En el contexto de la Europa de finales del siglo XV, marcada por la culminación de la Reconquista y la afirmación de los Reyes Católicos como potencia emergente, este tipo de obras adquiriría una clara dimensión política.

El poema no solo ensalzaba la figura de los soberanos, sino que, al estar dedicado a Bernardino —y, por extensión, vinculado al círculo de Juan de Carvajal—, lo situaba dentro de una red de significados donde la cultura, la diplomacia y la propaganda convergían. Bernardino aparecía así como intermediario entre dos mundos, el hispánico, comprometido en la lucha contra el islam peninsular, y el romano, donde esa lucha era reinterpretada y amplificadas en términos simbólicos y universales.

La dedicatoria del *Pangyricum* no debe considerarse un gesto meramente cortesano. Era, en realidad, una forma de reconocimiento de la posición que Bernardino había alcanzado en los círculos humanistas y políticos de Roma. Su figura resultaba idónea para encarnar esa síntesis entre erudición clásica y compromiso cristiano que los humanistas como Pompilio aspiraban a promover.

En este sentido, la obra se inscribe en una tradición que, retomando modelos de la Antigüedad —como los panegíricos imperiales—, los adapta a las nuevas monarquías europeas. La exaltación de las victorias contra los “infeles” no era solo un motivo literario, sino también una herramienta de legitimación política, que reforzaba la imagen de los Reyes Católicos como defensores de la fe y garantes del orden cristiano.

La participación de Bernardino en este entramado revela, una vez más, la amplitud de su perfil. No era únicamente un eclesiástico o un diplomático, sino también un agente cultural capaz de comprender y utilizar los lenguajes simbólicos de su

tiempo. Su amistad con figuras como Pomponio Leto y Paolo Pompilio lo integró plenamente en el humanismo romano, al tiempo que le permitió proyectar la realidad hispánica en un escenario internacional.

Así, a través de la poesía, de la amistad y del intercambio intelectual, Bernardino contribuyó a la construcción de una imagen de la monarquía castellana que trascendía sus fronteras, insertándose en el discurso universal de la cristiandad. En ese cruce de caminos entre letras y poder, su figura adquiere una relevancia que va más allá de lo biográfico, convirtiéndose en testimonio de una época en la que la palabra escrita era, también, un instrumento de acción política.

De este modo, la casa de Bernardino en Roma se convirtió en un microcosmos donde convergían fe, arte y política, reflejando con singular intensidad las tensiones y las posibilidades de su tiempo.

En el corazón turbulento de la Italia del Quattrocento, cuando las rivalidades entre los estados encendían la península —muy especialmente durante la Guerra de Ferrara—, la palabra podía ser tan poderosa como la espada. Así lo entendió Sixto IV, quien confió en la elocuencia y erudición de Bernardino al encomendarle una *oratio publica* en un momento especialmente delicado.

La estancia pontificia estaba envuelta en una penumbra solemne, rota únicamente por la luz de los cirios que temblaban ante los muros cubiertos de frescos. El aire era denso, cargado de incienso y de decisiones que no admitían réplica. Ante el escritorio, el Papa Sixto IV permanecía erguido, con las manos apoyadas sobre un códice abierto.

Bernardino aguardaba a unos pasos, en silencio.

—Acercaos —dijo el pontífice, sin alzar la voz.

Bernardino obedeció de inmediato.

—Santidad.

Sixto IV levantó la mirada, escrutándolo con atención.

—Me han hablado de vuestra elocuencia... y también de vuestra prudencia. Dos virtudes que rara vez conviven.

Bernardino inclinó la cabeza.

—Intento que no se estorben la una a la otra, Santidad.

El Papa dejó escapar una leve exhalación, casi una sombra de sonrisa.

—Veremos si lo conseguimos. Se acerca el día de Día de Todos los Santos, y deseo que el discurso que se pronuncie en San Pedro no sea... uno más.

Bernardino alzó los ojos, sorprendido.

—¿Deseáis que... lo pronuncie yo?

—No lo deseo —corrigió Sixto IV con suavidad firme—. Os lo encargo.

El silencio que siguió fue breve, pero denso.

—Santidad, es un honor que excede mis méritos.

—Los méritos se confirman en el ejercicio —replicó el Papa—. Roma no premia promesas, sino resultados.

Bernardino juntó las manos.

—¿Qué esperáis que diga?

Sixto IV cerró el código con lentitud.

—Hablad de los santos, sí... pero no como figuras lejanas e inalcanzables. Roma está llena de hombres que necesitan recordar que la santidad no es solo gloria, sino sacrificio.

—¿Queréis consolar... o advertir?

El pontífice lo observó con interés renovado.

—Ambas cosas. Consolad al pueblo... y advertid a quienes ostentan poder que ninguna grandeza terrenal es eterna.

Bernardino dudó un instante.

—Algunos podrían sentirse aludidos.

—Algunos deben sentirse aludidos.

La firmeza de la respuesta hizo que Bernardino bajara la mirada.

—Comprendo, Santidad.

Sixto IV dio unos pasos, acortando la distancia entre ambos.

—No busco un discurso hermoso, Bernardino. Busco uno necesario.

—Entonces hablaré con verdad.

El Papa lo estudió en silencio.

—La verdad es un arma delicada en esta ciudad. Usadla con precisión, no con ímpetu.

Bernardino respiró hondo.

—Haré cuanto esté en mi mano para no fallaros.

Sixto IV asintió lentamente.

—No se trata de no fallarme a mí... sino de no fallar al momento. El Basílica de San Pedro estará llena, y cada palabra vuestra encontrará oídos distintos.

—¿Y si no logro alcanzar a todos?

El Papa volvió a su mesa.

—No es necesario alcanzar a todos. Basta con que algunos escuchen... y no puedan olvidar.

Bernardino guardó silencio, asimilando el peso de la encomienda.

—Id —concluyó Sixto IV—. Preparad vuestras palabras. Roma os escuchará... y os juzgará.

Bernardino inclinó profundamente la cabeza.

—Entonces procuraré estar a la altura de ese juicio, Santidad.

Al retirarse, sintió que la puerta se cerraba no solo tras él, sino también sobre la vida que había llevado hasta entonces. Porque en Roma, incluso las palabras podían cambiar un destino.

El 1 de noviembre de 1482, día de la Día de Todos los Santos, en la majestuosa Basílica de San Pedro, Bernardino se alzó ante el pontífice y el Sacro Colegio Cardenalicio. Su discurso, conocido como *Sermo die festo omnium sanctorum in basilica Sancti Petri habitus*, no fue una mera pieza retórica, sino una

llamada urgente a la concordia. En una Italia desgarrada por ambiciones y alianzas cambiantes, su voz invocó la paz como virtud suprema, apoyándose en un profundo y casi deslumbrante dominio de las Sagradas Escrituras.

Quienes le escucharon quedaron impresionados no solo por la claridad de su pensamiento, sino por la fuerza moral de sus palabras. En un tiempo donde la violencia parecía inevitable, Bernardino logró, al menos por un instante, suspender el ruido de las armas con la autoridad serena de la teología y la elocuencia. Los elogios no tardaron en llegar, su intervención fue celebrada como ejemplo de sabiduría y como recordatorio de que, incluso en medio del conflicto, la voz del espíritu podía abrirse paso.

Bernardino siguió dando muestras de su oratoria con una constancia casi ascética, como si cada palabra pronunciada desde el púlpito fuese una piedra más en la construcción de un edificio invisible, la reafirmación doctrinal de su tiempo. No hablaba únicamente para convencer, sino para ordenar el mundo, para devolverlo a un eje que él consideraba amenazado por desviaciones, errores y silencios peligrosos. Sus discursos se sucedían con la regularidad de las estaciones, y cada uno de ellos parecía preparado no solo con estudio, sino con una intensa vida interior que le otorgaba una gravedad particular.

La mañana del 1 de enero de 1484 amaneció fría en Roma, pero dentro de la Capilla Sixtina el aire estaba cargado de solemnidad. Era la fiesta de la Circuncisión del Señor, y la presencia del papa y de los cardenales convertía el acto en un momento de alto significado teológico y político. Bernardino, consciente del peso de la ocasión, aguardaba en silencio antes de comenzar. Vestía con sobriedad, pero su figura imponía por la firmeza de su porte y la intensidad de su mirada.

Cuando finalmente se alzó para pronunciar la *Oratio de Circumcisionis Domini*, su voz no fue estruendosa, sino clara y modulada, como si buscara penetrar en cada uno de los presentes más por convicción que por fuerza. Comenzó evocando el misterio de la encarnación de Cristo, deteniéndose en la paradoja de un Dios que acepta la carne, el dolor y la ley humana. No era un tema nuevo, pero en su boca adquiría una urgencia distinta, la encarnación no era solo un dogma, sino un punto de quiebre frente a las herejías que la negaban o la deformaban.

A lo largo de la homilía, Bernardino desplegó una arquitectura argumental precisa. Citaba a los Padres de la Iglesia con soltura, entrelazaba pasajes de las Escrituras y, sin alzar excesivamente el tono, señalaba los errores de quienes negaban la verdadera humanidad o divinidad de Cristo. No nombraba directamente a todos sus adversarios, pero sus alusiones eran lo suficientemente claras para que los doctos comprendieran. Había en sus palabras una mezcla de erudición y advertencia, como si la belleza del discurso ocultara un filo disciplinario.

Los cardenales escuchaban con atención, algunos inclinando ligeramente la cabeza en señal de aprobación. El papa, inmóvil en su sitial, parecía seguir cada línea del razonamiento. Al concluir, no hubo aplausos —no era lugar para ellos—, pero sí un murmullo contenido que indicaba una acogida favorable. Bernardino había logrado lo que se esperaba de él, no solo exponer, sino reafirmar.

En uno de los corredores adyacentes a la Capilla Sixtina, todavía envueltos en el eco reciente de la homilía, varios cardenales se reunieron en conversación discreta. Sus voces eran bajas, pero cargadas de intención, como correspondía a hombres habituados a medir cada palabra.

El primero en hablar fue Francesco Piccolomini, quien aún parecía reflexionar sobre lo escuchado.

—Debo admitir —dijo, ajustando lentamente sus guantes— que la *Oratio* ha sido de una solidez poco común. Bernardino no solo ha defendido la encarnación, sino que la ha hecho... necesaria.

Raffaele Riario esbozó una leve sonrisa, apoyándose contra una columna de mármol.

—Siempre ha tenido esa virtud —respondió—. No se limita a repetir doctrina; la vuelve estratégica. Hoy no hablaba solo a nosotros, sino contra quienes, fuera de estos muros, comienzan a cuestionar demasiado.

Giovanni Battista Savelli intervino, con un tono más prudente.

—¿No creéis que ha sido... directo en exceso? Sus alusiones a las herejías eran claras. Algunos podrían interpretar que estamos en una fase de endurecimiento.

Riario alzó ligeramente las cejas.

—¿Y acaso no lo estamos?

Antes de que Savelli respondiera, Giovanni Colonna, que había permanecido en silencio, dio un paso adelante.

—La cuestión no es si lo estamos —dijo con calma—, sino si conviene mostrarlo con tanta claridad. Bernardino no teme hacerlo. Eso le hace útil... pero también visible.

Piccolomini asintió lentamente.

—Visible, sí. Y eficaz. La forma en que ha vinculado la circuncisión de Cristo con la aceptación plena de la ley humana... ha sido brillante. Refuerza la idea de una encarnación sin fisuras.

Savelli frunció ligeramente el ceño.

—Pero también cierra el espacio para interpretaciones más... conciliadoras.

Riario dejó escapar una breve risa contenida.

—Mi querido Savelli, la conciliación es un lujo que rara vez nos permite la herejía.

Colonna cruzó las manos frente a sí.

—Lo que me interesa —añadió— es la reacción del Santo Padre. No ha intervenido, pero su silencio era elocuente. Creo que Bernardino ha ganado hoy algo más que aprobación: ha ganado confianza.

Piccolomini miró hacia la puerta cerrada de la capilla.

—Y con ella, responsabilidades. No me sorprendería que pronto se le encomiende alguna misión fuera de Roma.

Riario asintió.

—Tiene el perfil adecuado: elocuente, disciplinado, y lo bastante firme como para imponer decisiones impopulares si es necesario.

Savelli suspiró suavemente.

—Entonces veremos si su talento en el púlpito se traduce igual de bien en los asuntos del mundo.

Colonna concluyó, con un leve gesto de la cabeza:

—En tiempos como estos, necesitamos hombres que puedan habitar ambos.

Durante unos instantes, los cuatro guardaron silencio. No era un silencio vacío, sino cargado de comprensión compartida. La homilía había terminado, pero sus consecuencias apenas comenzaban a desplegarse.

La homilía no tardó en circular. Copiada con diligencia, fue objeto de dos ediciones, lo que en aquel tiempo constituía un signo claro de interés y relevancia. En universidades y casas religiosas se leía y comentaba, y algunos señalaban que Bernardino había sabido conjugar la tradición con una claridad que respondía a las inquietudes del momento.

Su reputación creció de manera notable. Ya no era solo un predicador elocuente, sino una figura útil para una Iglesia que necesitaba hombres capaces de sostener tanto la doctrina como la administración. Así, el 5 de septiembre de 1485, el papa Inocencio VIII decidió reconocer sus méritos nombrándolo protonotario apostólico. El cargo no era meramente ho-

norífico, implicaba cercanía a los asuntos centrales de la curia y participación en decisiones de peso.

Pero aquel nombramiento no sería un punto de llegada, sino de partida. Poco tiempo después, Bernardino recibió una misión que cambiaría el rumbo de su vida, fue enviado a España como nuncio y colector. La tarea era compleja y exigente. Debía gestionar la provisión de ciertos obispados, lo que implicaba intervenir en equilibrios delicados entre poder eclesiástico y autoridad secular. Además, tenía el encargo de recaudar subsidios debidos a la cámara apostólica, una labor que requería tanto firmeza como diplomacia.

El viaje hacia Castilla no fue sencillo. Atravesó territorios diversos, con climas cambiantes y caminos que a menudo ponían a prueba la resistencia de hombres y caballos. Sin embargo, Bernardino no parecía incomodarse. Llevaba consigo no solo documentos y sellos, sino la convicción de que su misión era necesaria para el orden de la Iglesia.

Al llegar a Castilla, se encontró con una realidad distinta a la romana. Las tensiones entre nobleza, corona y clero generaban un entramado complejo en el que cada decisión podía tener consecuencias imprevistas. Bernardino observaba, escuchaba y, poco a poco, comenzaba a actuar. No imponía de inmediato; prefería comprender primero las dinámicas locales.

Fue en ese contexto donde introdujo el *Ius Spolii*, conocido también como derecho de expolio. Esta práctica, vigente en la Edad Media en otros territorios, establecía que los bienes —muebles e inmuebles— de los clérigos al momento de su muerte pasaban a pertenecer a la Iglesia. La medida no era arbitraria, se apoyaba en antiguos cánones que prohibían a los clérigos disponer en testamento de los bienes acumulados durante su ministerio.

Sin embargo, su aplicación en Castilla no estuvo exenta de resistencias. Algunos veían en ella una intromisión excesiva, especialmente cuando afectaba a familias que esperaban heredar. Bernardino, consciente de estas tensiones, defendía la medida como una forma de preservar la pureza del ministerio clerical. Argumentaba que los bienes adquiridos en el ejercicio de funciones espirituales no debían convertirse en patrimonio privado.

En reuniones con autoridades locales, su tono volvía a ser el mismo que en la Capilla Sixtina: firme, razonado, sin estridencias. Explicaba el fundamento canónico, recordaba la tradición y apelaba a la necesidad de coherencia en la vida eclesial. No siempre lograba adhesión inmediata, pero rara vez dejaba indiferentes a sus interlocutores.

Con el paso de los meses, Bernardino fue consolidando su posición. Logró avanzar en la provisión de obispados, asegurando nombramientos que consideraba adecuados, y estableció mecanismos más eficaces para la recaudación de subsidios. Su labor, aunque administrativa en apariencia, tenía un trasfondo claramente doctrinal, fortalecer la estructura de la Iglesia en un tiempo de cambios y desafíos.

Por las noches, cuando el bullicio del día se apagaba, Bernardino solía retirarse a escribir. Revisaba sus discursos, anotaba observaciones y, en ocasiones, esbozaba nuevas homilias. En esos momentos, lejos de la mirada pública, se percibía la dimensión más íntima de su vocación, la de un hombre que veía en la palabra un instrumento de orden y de fe.

Años después, quienes recordaban su paso por Castilla hablaban de él con una mezcla de respeto y cautela. No había sido un hombre fácil, pero sí coherente. Su figura quedaba asociada a un tiempo en el que la Iglesia buscaba reafirmarse, y en el que hombres como Bernardino desempeñaban un papel de

cisivo, no solo en los púlpitos, sino en los engranajes mismos del poder eclesiástico.

Así, entre la solemnidad de Roma y la complejidad de Castilla, Bernardino dejó una huella que trascendía sus discursos. Su vida, tejida entre la palabra y la norma, reflejaba las tensiones de una época en la que la fe y la administración caminaban inevitablemente juntas.

En el año de 1485, cuando los equilibrios de Europa se sostenían sobre alianzas frágiles y decisiones cuidadosamente medidas, los monarcas de Castilla y Aragón depositaron su confianza en dos hombres cuya capacidad iba más allá de la mera administración: Bernardino López de Carvajal y Juan Ruiz de Medina. Ambos fueron nombrados procuradores ordinarios en Roma, una designación que, aunque pudiera parecer técnica, los situaba en el centro mismo de la diplomacia entre la Corona y la Santa Sede.

En el trasfondo de la compleja y dinámica segunda mitad del siglo XV castellano, donde las voluntades políticas y eclesiásticas se entrelazaban con los proyectos culturales del naciente humanismo, se sitúa la figura de Bernardino, hombre de prudente juicio y hábil palabra, a quien fue encomendada una misión de notable delicadeza. No se trataba únicamente de persuadir, sino de interpretar el espíritu de su tiempo y canalizarlo hacia una empresa que aspiraba a perdurar, la fundación de un colegio mayor vinculado al prestigio universitario salmantino, aunque con la mirada puesta estratégicamente en Valladolid como enclave propicio.

La comisión que recibió Bernardino no era menor. Había de dirigirse a uno de los personajes más influyentes del reino, el cardenal Pedro González de Mendoza, cuya autoridad no solo emanaba de su dignidad eclesiástica, sino también de su decisiva intervención en los asuntos de la Corona. Bernardino

comprendía que no bastaba con presentar argumentos prácticos; debía apelar a una visión más amplia, casi providencial, del papel de la educación en la consolidación del poder y la estabilidad del reino.

El encuentro entre ambos hombres se desarrolló en un clima de respeto mutuo, aunque no exento de cautela inicial. Bernardino, consciente del peso político del cardenal, eligió cuidadosamente sus palabras, articulando un discurso que combinaba erudición, pragmatismo y una sutil apelación al legado. Insistió en la necesidad de fortalecer las instituciones educativas como semillero de administradores, juristas y teólogos capaces de sostener el edificio político que los Reyes Católicos estaban consolidando.

La propuesta, en apariencia contradictoria —fundar en Salamanca pero considerar Valladolid como ubicación efectiva—, no carecía de lógica en aquel contexto. Salamanca representaba el ideal académico por excelencia, con su universidad como faro del saber en la Península. Valladolid, por su parte, ofrecía ventajas logísticas, políticas y de proximidad a los centros de decisión de la monarquía. Bernardino supo presentar esta dualidad no como una incoherencia, sino como una síntesis estratégica entre tradición y oportunidad.

Fue precisamente en ese ejercicio de mediación donde germinó la relación personal entre Bernardino y el cardenal. Más allá de la misión concreta, ambos encontraron afinidades en su concepción del poder y la cultura. Mendoza, hombre acostumbrado a las intrigas cortesanas y a la diplomacia internacional, reconoció en Bernardino a un interlocutor capaz de comprender la amplitud de sus responsabilidades. Por tanto, El mismo año en que Bernardino López de Carvajal fue nombrado rector de la Universidad de Salamanca, recibió el encargo de persuadir al Pedro González de Mendoza para que

fundara en Salamanca el colegio mayor que proyectaba establecer en Valladolid.

La misión fracasó en su objetivo inicial, pero tuvo una consecuencia decisiva, Carvajal entabló una estrecha amistad con Mendoza, relación que impulsó su carrera y le había facilitado su traslado a Roma en 1482, donde comenzaría su proyección en la Curia.

Pedro González de Mendoza, elevado al cardenalato tras la muerte de Juan de Mella, se había consolidado como una figura cardinal —en todos los sentidos— de la política castellana. Su influencia se extendía desde el consejo real hasta la orientación de la política exterior, donde defendía una línea de entendimiento con Portugal y el Imperio, en un momento en que las alianzas resultaban decisivas para la estabilidad del reino. Su visión, lejos de ser meramente coyuntural, respondía a una lectura estratégica del equilibrio europeo.

En este contexto, la propuesta de Bernardino adquiriría una dimensión adicional. No se trataba únicamente de fundar una institución educativa, sino de contribuir a la formación de una élite dirigente alineada con los intereses de la Corona y capaz de sostener su proyección internacional. El cardenal, que comprendía la importancia de tales iniciativas, comenzó a ver en el proyecto una extensión natural de su propia labor política.

La amistad entre ambos hombres se fue consolidando a medida que las conversaciones avanzaban. Bernardino dejó de ser un mero emisario para convertirse en consejero ocasional, alguien cuya perspectiva resultaba útil en la articulación de proyectos que requerían tanto sensibilidad intelectual como habilidad política. Por su parte, Mendoza ofrecía a Bernardino acceso a círculos de poder donde las decisiones se tomaban con rapidez y, a menudo, en medio de tensiones apenas visibles para los observadores externos.

Así, la misión inicial se transformó en una colaboración más amplia, en la que las ideas sobre educación, política y religión se entrelazaban con naturalidad. El proyecto del colegio mayor, aunque anclado en una coyuntura específica, reflejaba aspiraciones más profundas, la construcción de un orden donde el saber y el poder no fueran esferas separadas, sino dimensiones complementarias de una misma realidad.

El episodio ilustra no solo la capacidad de Bernardino como negociador, sino también la importancia de las redes personales en la configuración de las instituciones del siglo XV. Bajo la aparente formalidad de una comisión concreta, se desplegaba un proceso más complejo, en el que la amistad, la ambición y la visión de futuro convergían para dar forma a iniciativas destinadas a perdurar más allá de sus protagonistas.

La trayectoria de Bernardino, ya marcada por su temprana capacidad para moverse entre los círculos del poder castellano, adquirió una dimensión nueva y decisiva cuando sus pasos le condujeron a Roma, centro neurálgico de la cristiandad y escenario privilegiado de las tensiones políticas e intelectuales del momento. Aquel traslado no fue fruto del azar, sino consecuencia de una convergencia de influencias y oportunidades cuidadosamente tejidas.

El ascenso de Pedro González de Mendoza a posiciones de mayor responsabilidad internacional —culminado con su designación en 1486 como embajador en Roma con la misión de prestar obediencia al pontífice Inocencio VIII— consolidó su papel como intermediario entre la Corona castellana y la Santa Sede. Sin embargo, incluso antes de esa embajada formal, Mendoza ya había establecido vínculos sólidos en la curia romana, lo que facilitó la llegada de hombres de su confianza. Entre ellos, Bernardino, quien por entonces hacía meses que había regresado a Castilla y ejercía como arcediano

de Toro, encontró en el respaldo de su protector, el cardenal Mendoza, y el impulso necesario para trasladarse y quedarse en la Ciudad Eterna, siguiendo los pasos que años atrás había dado su tío Juan de Carvajal.

Roma, al caer la tarde, respiraba un aire dorado que parecía suspender el tiempo entre sus muros antiguos. En una estancia amplia, apenas iluminada por la luz oblicua que se filtraba desde un ventanal, Pedro González de Mendoza observaba en silencio los papeles dispuestos sobre la mesa. El rumor lejano de la ciudad apenas alcanzaba aquel refugio.

La puerta se abrió con cautela.

—¿Señor...? —la voz de Bernardino López era contenida, respetuosa—. ¿Me permite?

Mendoza no levantó la vista de inmediato. Dejó que el silencio se asentara, como si midiera el peso de aquella presencia recién llegada.

—Adelante, Bernardino. Roma no es lugar para quedarse en los umbrales.

El joven entró, inclinando levemente la cabeza.

—Os agradezco, de veras, vuestra acogida. No sé si sabré estar a la altura de lo que de mí se espera.

Mendoza esbozó una sonrisa apenas perceptible, alzando por fin los ojos.

—Aquí nadie está a la altura al principio. Roma se encarga de enseñar... o de humillar. A veces ambas cosas.

Bernardino juntó las manos frente a sí.

—Haré cuanto esté en mi mano, de Vd., para no defraudaros.

El uso de aquella fórmula arrancó una leve chispa de ironía en el semblante del cardenal.

—De Vd., decís... Persistís en esa distancia como si fuera un escudo.

—Es respeto —respondió Bernardino con firmeza—. Y también precaución. No ignoro el lugar que ocupáis ni el que me corresponde a mí.

Mendoza se levantó despacio y caminó hasta la ventana.

—El respeto es útil, pero no debe convertirse en miedo. Si vais a permanecer bajo mi tutela, habréis de aprender a hablar con claridad.

—Entonces permitidme ser claro —dijo Bernardino, dando un paso al frente—: temo no comprender esta ciudad. Sus intrigas, sus silencios... sus promesas.

Mendoza apoyó una mano en el marco de piedra.

—Nadie la comprende del todo. Pero sí puede uno aprender a moverse en ella sin ser devorado. Para eso estáis aquí.

—¿Y qué esperáis de mí, exactamente?

Hubo una pausa. Desde la calle ascendió el eco de unas campanas lejanas.

—Que observéis más de lo que habláis. Que escuchéis incluso lo que no se dice. Y que, cuando llegue el momento, sepáis elegir bando sin titubeos.

Bernardino bajó la mirada un instante.

—No es tarea menor la que me encomendáis.

—No os he traído a Roma para tareas menores.

El joven alzó los ojos, con una mezcla de inquietud y determinación.

—Entonces confiad en que no os fallaré, de Vd.

Mendoza giró levemente el rostro, como si aquella insistencia le resultara ya menos extraña.

—Veremos, Bernardino. Roma pondrá a prueba vuestras palabras... y también vuestra lealtad.

El crepúsculo avanzaba, tiñendo de sombras la estancia. Y en ese juego incierto de luces, maestro y discípulo quedaban unidos por un vínculo aún frágil, pero destinado a endurecerse bajo el peso de la ciudad eterna.

Durante los últimos años del pontificado de Inocencio VIII, por las manos de ambos pasaron los asuntos más delicados de la política religiosa y exterior de los Reyes Católicos. No eran

simples intermediarios, eran intérpretes de voluntades, negociadores en terreno incierto y, en más de una ocasión, árbitros silenciosos de conflictos que podían escalar con facilidad.

Roma, en aquellos años, no era solo el corazón espiritual de la cristiandad, sino un hervidero de intereses cruzados. Embajadores, clérigos, artistas y agentes de todo tipo convivían en una ciudad donde cada audiencia podía cambiar el rumbo de un reino. En ese escenario, Bernardino y Ruiz de Medina se movían con una mezcla de prudencia y determinación. Ruiz de Medina, natural de Valladolid, había llegado a Italia en 1486 como parte del séquito del conde de Tendilla. Desde entonces, su carrera había sido meteórica. Ya había participado en negociaciones complejas, como la paz con Francia o los asuntos relativos al Rosellón y Cerdeña. Su formación en ambos derechos —civil y canónico—, junto con su dominio de las artes, lo convertían en un hombre excepcional.

Uno de los asuntos más espinosos que debieron afrontar fue el de las provisiones episcopales. Nombrar a un obispo no era una cuestión meramente espiritual: implicaba poder, rentas y control territorial. Cada designación era observada con atención por las élites locales, por la Corona y por la curia romana. Bernardino, con su habitual claridad, defendía los intereses de sus monarcas, mientras Ruiz de Medina aportaba una sólida formación jurídica que permitía sostener cada argumento con precisión canónica.

—No basta con proponer nombres —decía en una ocasión Ruiz de Medina, revisando documentos a la luz de una vela—. Hay que justificar cada elección como si fuera inevitable.

Bernardino asentía.

—Y hacer que Roma lo crea sin sentir que cede.

Ambos sabían que la negociación era un arte de equilibrios invisibles.

Otro frente de acción fue la obtención de facultades para reformar las órdenes religiosas. La Corona deseaba una Iglesia más disciplinada y alineada con sus objetivos, pero cualquier intento de reforma debía pasar por la aprobación pontificia. Aquí, la habilidad de Bernardino para persuadir y la erudición de Ruiz de Medina se complementaban de manera notable.

En largas audiencias, exponían la necesidad de corregir abusos, de reforzar la observancia y de devolver a las órdenes su rigor original. No era un discurso de confrontación, sino de restauración, cuidadosamente formulado para no despertar resistencias innecesarias.

Paralelamente, se ocupaban de la renovación de la bula de la cruzada, un instrumento fundamental tanto en términos espirituales como económicos. Los recursos obtenidos a través de ella eran esenciales para los proyectos de la Corona, y su continuidad dependía de la buena disposición del Papa. Cada palabra del documento era revisada, cada cláusula discutida, en un proceso donde la teología y la política se entrelazaban de forma inseparable.

No menos importante fue su papel en la consolidación del tribunal de la Inquisición. Este asunto, particularmente delicado, requería una justificación doctrinal firme y una negociación cuidadosa con Roma. Bernardino defendía la necesidad de preservar la unidad de la fe, mientras Ruiz de Medina articulaba los fundamentos legales que sustentaban el tribunal.

—La estabilidad del reino depende también de la claridad en la fe —afirmaba Bernardino en una de sus conversaciones.

—Y de que esa claridad tenga respaldo jurídico —añadía Ruiz de Medina sin apartar la vista de sus textos.

Ambos comprendían que no se trataba solo de imponer, sino de legitimar.

En medio de estas tareas, también intervinieron en el conflicto entre Inocencio VIII y Fernando I de Nápoles. La tensión

entre el papado y el reino napolitano amenazaba con desestabilizar la región, y la intervención de los procuradores castellanos resultó clave para evitar una escalada.

Su mediación no fue espectacular, pero sí eficaz. Supieron escuchar, ceder en lo secundario y mantenerse firmes en lo esencial. En un tiempo donde las alianzas podían romperse con facilidad, su labor contribuyó a sostener un equilibrio precario.

Al mismo tiempo, apoyaron la política exterior de sus monarcas, incluyendo la alianza con Génova y la reconciliación con Carlos VIII de Francia. Estas decisiones no eran meramente estratégicas: afectaban al conjunto del tablero europeo, y cualquier error podía tener consecuencias amplias.

Bernardino reconocía en Juan Ruiz a un aliado indispensable.

—Vuestra pluma, Juan, es tan eficaz como cualquier espada —le dijo en cierta ocasión.

Ruiz de Medina sonrió levemente.

—Y la vuestra, Bernardino, convierte las palabras en decisiones.

Más allá de la política, ambos participaron también en el florecimiento cultural de Roma. Entraron en contacto con artistas de renombre como Donato Bramante y Baldassarre Peruzzi. No se limitaron a admirar sus obras, les encargaron proyectos destinados a monasterios vinculados a sus intereses.

Estos encargos no eran simples gestos estéticos. Formaban parte de una estrategia más amplia, reforzar la presencia y el prestigio de la Corona en el ámbito romano. El arte, como la diplomacia, era una herramienta de influencia.

En los talleres y estudios de los artistas, Bernardino y Ruiz de Medina encontraban un espacio distinto, donde la política cedía terreno a la belleza. Sin embargo, incluso allí, sus decisiones tenían un trasfondo estratégico.

—Una iglesia bien construida habla tanto como un tratado —comentó Bernardino mientras observaba unos planos.

—Y perdura más —añadió Ruiz de Medina.

A lo largo de esos años, ambos continuaron negociando provisiones de beneficios, gestionando asuntos de la Inquisición y asegurando la renovación de la cruzada. Su trabajo era constante, a menudo invisible, pero esencial para la consolidación del poder de los Reyes Católicos en el ámbito eclesiástico y político.

Roma los había puesto a prueba, y ellos habían respondido con una combinación de inteligencia, prudencia y determinación. No eran figuras aisladas, sino parte de una red más amplia, pero su papel resultó decisivo en un momento en que cada decisión podía inclinar la balanza.

En el complejo entramado político y eclesiástico del siglo XV, la figura de Bernardino López de Carvajal adquirió un protagonismo creciente bajo el pontificado de Inocencio VIII. Fue este quien, reconociendo sus capacidades administrativas y su habilidad diplomática, le otorgó una canonjía en Plasencia y lo elevó al cargo de protonotario apostólico, una dignidad que lo situaba en el corazón de la burocracia pontificia y le abría las puertas a misiones de gran responsabilidad.

No tardó en llegar el encargo que definiría esta etapa de su trayectoria: su envío a la península ibérica como nuncio y colector apostólico. Esta doble función implicaba no solo representar al Papa ante los Reyes Católicos, sino también gestionar cuestiones económicas delicadas en nombre de la Santa Sede. En una época en la que la autoridad eclesiástica se sostenía tanto sobre fundamentos espirituales como sobre recursos materiales, el papel de colector resultaba esencial para el funcionamiento de la maquinaria pontificia.

Bernardino recibió instrucciones precisas. Debía intervenir en la provisión de ciertos obispados, una tarea que requería equilibrio entre los intereses de Roma y las aspiraciones de la monarquía. Asimismo, tenía el mandato de recaudar los llama-

dos “espolios”, es decir, los bienes y rentas que quedaban vacantes tras la muerte de obispos en diócesis como Coria, Oviedo, Córdoba, Badajoz y Ciudad Rodrigo. Estos ingresos constituían una fuente significativa para la Cámara Apostólica, pero su gestión solía generar tensiones con las autoridades locales.

A estas responsabilidades se sumaba la recaudación de subsidios pendientes, lo que convertía a Carvajal en un agente clave en la circulación de recursos entre la península y Roma. Su labor, por tanto, no era meramente técnica: implicaba negociar, persuadir y, en ocasiones, imponer decisiones en un contexto donde las jurisdicciones eclesiásticas y civiles se superponían constantemente.

Según las crónicas, las colaciones de beneficios eclesiásticos se realizaron respetando, en gran medida, la voluntad de los Reyes Católicos. Este dato es significativo, pues muestra la capacidad de Carvajal para adaptarse a las exigencias de la Corona sin romper formalmente con la autoridad pontificia. Sin embargo, no todos los testimonios son unívocos. El historiador Jerónimo Zurita sostiene que fue precisamente Bernardino López quien introdujo en Castilla la práctica sistemática de los derechos de espolio, una afirmación que sugiere una intervención más activa —y posiblemente controvertida— en la implantación de mecanismos fiscales eclesiásticos.

Este punto revela una de las tensiones fundamentales de su carrera: su posición intermedia entre Roma y la monarquía hispánica lo obligaba a maniobrar con cautela. Cualquier decisión podía interpretarse como una concesión excesiva a una de las partes. En este equilibrio inestable, su reputación se convirtió en un elemento crucial.

Conscientes de su utilidad, los Reyes Católicos no tardaron en recompensar sus servicios. Lo nombraron procurador en Roma, una función que implicaba defender los intereses de la Corona ante la Curia, consolidando así su papel como in-

termediario privilegiado entre ambos poderes. En esta tarea compartió responsabilidades con Ruiz de Medina, formando una dupla que reforzaba la presencia hispánica en los círculos decisorios romanos.

Sin embargo, su cercanía a la Corona no estuvo exenta de sospechas. En Roma comenzaron a circular rumores de que Carvajal actuaba más como agente de los Reyes que como representante imparcial del Papa. Estas acusaciones, en un contexto donde la lealtad era un valor político fundamental, podían resultar peligrosas. De nuevo, su posición quedaba en entredicho.

Fue entonces cuando los monarcas intervinieron en su defensa ante el Papa, respaldando su actuación y desmintiendo las acusaciones. Este gesto no solo protegía a Carvajal, sino que también evidenciaba la confianza que la Corona depositaba en él. Lejos de debilitar su posición, esta defensa contribuyó a consolidarla, reforzando su imagen como un diplomático eficaz capaz de servir a dos poderes sin romper con ninguno.

Durante los últimos años del pontificado de Inocencio VIII, Bernardino López de Carvajal y Ruiz de Medina se convirtieron en piezas clave de la diplomacia de los Reyes Católicos en Roma. Por sus manos pasaron los principales asuntos políticos y eclesiásticos, consolidando su papel como intermediarios entre la monarquía hispánica y la Santa Sede.

En el ámbito eclesiástico, negociaron cuestiones de gran relevancia: la provisión de beneficios, los asuntos relacionados con la Inquisición, la renovación de la Cruzada y los permisos necesarios para reformar tanto las órdenes religiosas como las universidades. Estas gestiones reflejan hasta qué punto la política religiosa era inseparable del poder y exigía una constante negociación entre Roma y la Corona.

En el terreno diplomático, su actividad fue igualmente intensa. Intervinieron en el conflicto entre Inocencio VIII y Ferrante de Nápoles, apoyaron la alianza con Génova y favorecie-

ron la reconciliación con Carlos VIII de Francia. Su labor no se limitó a la mediación política, sino que incluyó una estrategia consciente de proyección internacional del prestigio de la monarquía española.

En este sentido, desarrollaron una intensa actividad propagandística en torno a la Guerra de Granada. La conquista de Baza fue celebrada en Roma con solemnidad: el 4 de enero de 1490, Carvajal presidió una misa de acción de gracias en la iglesia de Santa María del Popolo. Apenas seis días después, pronunció un discurso en Santiago de los Españoles, donde expuso las razones que legitimaban la campaña contra el reino nazarí.

En ese discurso, Carvajal defendió postulados de raíz teocrática, negando a los musulmanes el derecho de propiedad y jurisdicción sobre los territorios conquistados. Estas ideas, probablemente desarrolladas en su obra perdida *De restitutione Constantini*, se oponían a las tesis críticas de Lorenzo Valla y buscaban reforzar la legitimidad ideológica de la expansión cristiana.

La influencia de su pensamiento trascendió el ámbito estrictamente político. Sus argumentos encontraron eco en obras literarias como *Historia Baetica* (1493), del humanista Carlo Verardi, y en el poema heroico *Panegyris de Triumpho Granatensi*, compuesto por Paolo Pompilio en 1490. Estas obras no solo celebraban la victoria militar, sino que contribuían a construir un relato legitimador del poder de los Reyes Católicos en el contexto europeo.

En conjunto, esta etapa muestra a Bernardino en el punto culminante de su influencia, diplomático, ideólogo y propagandista, capaz de articular una visión en la que política, religión y cultura se integraban al servicio de un mismo proyecto de poder.

Este episodio de su vida muestra a un Carvajal en pleno ascenso, desplegando sus habilidades en un escenario donde

la política, la economía y la religión se entrelazaban de forma inseparable. Su actuación como nuncio y colector no fue simplemente una etapa más de su carrera, sino un momento clave en el que se definieron los rasgos que marcarían su trayectoria futura: ambición, capacidad de adaptación y una constante negociación entre lealtades en conflicto.

Al finalizar el pontificado de Inocencio VIII, la huella de Bernardino López de Carvajal y Juan Ruiz de Medina era evidente. Habían contribuido a definir una relación compleja entre la Corona y la Santa Sede, y lo habían hecho sin estridencias, pero con eficacia.

Su legado no se medía en gestos grandiosos, sino en resultados, conflictos evitados, acuerdos alcanzados, instituciones fortalecidas. En una época de incertidumbre, supieron ofrecer algo escaso y valioso: estabilidad.

A finales del año 1486, cuando los vientos políticos de Italia soplaban con incertidumbre, una nueva misión fue confiada a Bernardino López de Carvajal. Ya no se trataba solo de predicar o administrar, sino de intervenir en un delicado equilibrio de poder que amenazaba con quebrarse en cualquier momento.

Entre el reino de Nápoles y el pontificado de Inocencio VIII se había establecido una tregua frágil, casi temerosa. No era una paz sólida, sino más bien una pausa nacida del cálculo: ambas partes parecían conscientes de su propia debilidad y de la posibilidad de que una tercera fuerza interviniera con consecuencias imprevisibles.

Esa tercera potencia no era otra que la monarquía de Fernando II de Aragón, quien no estaba dispuesto a permitir que la casa de Aragón en Nápoles fuese desplazada por la ambición de la dinastía francesa. Sin embargo, intervenir abiertamente suponía colocarse frente al poderoso rey de Francia, con el riesgo de desencadenar un conflicto mayor.

En ese escenario tenso, los estados italianos optaron por la diplomacia. Dos embajadores fueron enviados en misión de tanteo ante Fernando, por la República de Venecia acudió Pietro Soranzo, y por el papa, Bernardino López de Carvajal. La elección no fue casual. Bernardino ya había demostrado una mezcla poco común de firmeza doctrinal y habilidad política.

Desde el inicio, Bernardino dejó clara su orientación, actuaría con lealtad tanto hacia el papa como hacia la red de intereses que unían Roma con la corona aragonesa. No buscaba intrigas oscuras, sino una mediación eficaz, capaz de evitar un conflicto abierto.

Fue entonces cuando llegaron noticias inquietantes desde Sicilia, una revuelta amenazaba con desestabilizar aún más la situación. Fernando recibió informes alarmantes, y Bernardino, lejos de alarmarse, respondió con escritos llenos de energía y claridad. Sus cartas no solo describían los hechos, sino que proponían soluciones, siempre con un tono firme pero optimista, como si la resolución del conflicto dependiera tanto de la voluntad como de la estrategia.

Su intervención resultó decisiva. Actuando como enlace entre su patria y la Santa Sede, Bernardino logró suavizar posiciones, reducir tensiones y, finalmente, evitar que la crisis derivara en una confrontación armada. Su éxito no fue estruendoso, sino silencioso, como suelen ser las victorias diplomáticas, el conflicto que no estalla rara vez se celebra, pero siempre se recuerda en los círculos del poder.

El propio Inocencio VIII reconoció sus méritos. Agradecido por sus cualidades —que ya comenzaban a considerarse excepcionales—, lo distinguió con nuevas responsabilidades y lo envió nuevamente a España en 1487 en el marco de una representación diplomática de alto nivel. Para entonces, la fama de Bernardino ya no se limitaba al ámbito eclesiástico, comenzaba a consolidarse como un hábil diplomático.

En una estancia privada del Palacio Apostólico, lejos del murmullo constante de la curia, el papa Inocencio VIII recibió a Bernardino López de Carvajal. La luz de la tarde entraba tamizada por los ventanales, dibujando sombras suaves sobre los muros. Era un encuentro reservado, pero cargado de significado.

El Papa lo observó unos instantes antes de hablar, como si midiera no solo al hombre, sino el alcance de sus actos.

—Acercaos, Bernardino —dijo finalmente con voz pausada—. Vuestra labor en estos meses no ha pasado desapercibida.

Bernardino inclinó la cabeza con respeto.

—Santidad, he obrado conforme a mi deber y al servicio de la Iglesia.

El pontífice esbozó una leve sonrisa.

—Muchos dicen eso, pero no todos logran evitar lo que vos habéis evitado.

Se levantó lentamente y caminó unos pasos, con las manos entrelazadas.

—La situación entre Nápoles y la Santa Sede era frágil... demasiado. Y, sin embargo, habéis conseguido contener una revuelta que amenazaba con encender un conflicto mayor. Sabéis bien que la intervención de Fernando II de Aragón podía haber cambiado el equilibrio de toda Italia.

Bernardino alzó ligeramente la mirada.

—El rey Fernando es firme en sus propósitos, Santidad. No habría permitido que la casa de Aragón en Nápoles fuese desplazada por una dinastía francesa. Pero precisamente por ello, era necesario actuar antes de que su decisión se volviera irrevocable.

El Papa asintió lentamente.

—Y lo habéis hecho con prudencia... y con eficacia. Habéis hablado con unos y con otros sin provocar desconfianza. No es empresa fácil.

Hubo un breve silencio, cargado de reconocimiento.

—Decidme, Bernardino —continuó el pontífice—, ¿creís-teis en algún momento que la guerra era inevitable?

Bernardino reflexionó un instante antes de responder.

—No inevitable, Santidad... pero sí cercana. Bastaba una chispa. La revuelta en Sicilia podía haber sido ese detonante. Si Fernando intervenía con las armas, Francia habría respondido. Y entonces, ya no hablaríamos de una disputa, sino de una guerra abierta.

El Papa suspiró suavemente.

—Italia no necesita otra guerra... no ahora.

Se volvió hacia él con una mirada más directa.

—Por eso valoro aún más vuestra intervención. Habéis servido como puente cuando otros habrían levantado muros.

Bernardino inclinó de nuevo la cabeza.

—He procurado que cada parte entendiera lo que podía perder. A veces, Santidad, evitar la guerra consiste en hacer visible su coste antes de que comience.

El Papa dejó escapar una leve exhalación, casi aprobatoria.

—Hablad como predicador o como diplomático, Bernardino, siempre encontráis el modo de persuadir.

Una pausa breve.

—La Iglesia necesita hombres así. Hombres que comprendan que la palabra puede ser tan poderosa como la espada... y, en ocasiones, más decisiva.

Bernardino guardó silencio, aceptando las palabras sin mostrar orgullo.

El pontífice se acercó un paso más.

—Recibid, pues, mi enhorabuena. No solo habéis servido a esta Sede, sino que habéis preservado un equilibrio que muchos daban por perdido.

Luego añadió, con un tono más grave:

—Y no será la última vez que se os pida algo semejante.

Bernardino respondió con serenidad:

—Estoy al servicio de Vuestra Santidad y de la Iglesia, allí donde se me requiera.

El Papa asintió, satisfecho.

—Lo sé. Y precisamente por eso, Bernardino... vuestra labor no ha hecho más que comenzar.

La conversación terminó sin ceremonias innecesarias, pero con una certeza compartida, en un tiempo de tensiones y ambiciones cruzadas, hombres como Bernardino se convertían en piezas clave de un tablero donde la fe y la política eran inseparables.

El ascenso continuó. El 5 de noviembre de 1490 fue nombrado obispo de Astorga, y el 21 de diciembre de ese mismo año recibió la ordenación episcopal, tras la defunción del titular García Álvarez de Toledo. Aquel paso marcaba su entrada plena en la jerarquía eclesiástica, pero también lo situaba en un espacio donde la política y la liturgia se entrelazaban constantemente.

—La sede de Astorga ha quedado vacante —anunció el secretario, desplegando el documento con cuidado—. La muerte de García Álvarez de Toledo deja un espacio... que no conviene mantener vacío por mucho tiempo.

En la cámara regia, Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón intercambiaron una mirada cargada de intención.

—Hay servicios que deben ser reconocidos —dijo la reina con tono firme—. Y lealtades que conviene fortalecer.

—Pensáis en Carvajal —afirmó el rey, sin necesidad de preguntar.

Isabel asintió levemente.

—Ha servido a la Iglesia... y a la Corona con igual diligencia.

—Entonces no solo le daremos una diócesis —añadió Fernando—. Le daremos una posición desde la que pueda servir aún mejor a ambos.

Semanas más tarde, en un ambiente de recogimiento solemne, Bernardino López de Carvajal se preparaba para asumir su nueva dignidad.

—La mitra de Astorga no es solo un honor —le dijo un clérigo cercano—. Es una responsabilidad que os vincula a una tierra y a sus fieles.

Carvajal tomó el báculo con gesto sereno.

—Toda dignidad lo es —respondió—. Pero algunas, además, son instrumentos.

—¿Instrumentos de qué, eminencia?

—De equilibrio —contestó—. Entre lo espiritual y lo político, entre Roma y Castilla.

El 5 de noviembre de 1490, tras la ceremonia de toma de posesión, un mensajero aguardaba con nuevas instrucciones.

—Eminencia —dijo inclinándose—, Sus Altezas os confían otra misión.

Carvajal lo miró con atención.

—Hablad.

—Seréis nombrado embajador ante la Santa Sede.

Un leve silencio siguió a la noticia.

—Astorga... y Roma —murmuró Carvajal—. Dos ámbitos distintos, pero inseparables.

—Confían en vos para ambos —añadió el mensajero.

Carvajal asintió lentamente.

—Entonces no habrá descanso.

Días después, en la corte, un consejero comentaba en voz baja:

—Han sabido elegir bien. No es frecuente encontrar a alguien capaz de moverse con igual soltura entre diócesis y diplomacia.

—No es frecuente —respondió otro—, pero es necesario en estos tiempos.

Y, mientras tanto, Bernardino López emprendía el camino hacia Roma, consciente de que su figura comenzaba a situarse en el cruce de todas las decisiones importantes. Porque en él no solo se acumulaban cargos, sino responsabilidades que reflejaban la creciente ambición de una monarquía decidida a hacerse oír en el corazón mismo de la cristiandad.

Un episodio revelador de su carácter tuvo lugar poco después, durante una celebración en la Capilla Sixtina. En una misa solemne, el maestro de ceremonias situó al representante de Maximiliano I en una posición de precedencia sobre Bernardino. Para un hombre de su rango y en aquel contexto, aquello no era un detalle menor, sino una cuestión de dignidad y jerarquía.

Bernardino protestó. No lo hizo con escándalo, sino con firmeza. Al no conseguir que se corrigiera de inmediato la disposición, tomó una decisión tan silenciosa como elocuente: permaneció de rodillas durante toda la celebración litúrgica. De ese modo, evitaba mostrarse relegado sin provocar una confrontación abierta. Fue un gesto de inteligencia simbólica, en el que la humildad aparente ocultaba una clara afirmación de su posición.

A finales de los 90, en el corazón de Roma, Bernardino López de Carvajal se vio obligado a asumir una de las misiones más tensas y delicadas de su carrera diplomática. No se trataba esta vez de mediar entre príncipes o evitar guerras abiertas, sino de trasladar al papa Inocencio VIII una protesta firme en nombre de Fernando II de Aragón y Isabel I de Castilla.

El encargo era claro, expresar el descontento de los monarcas ante lo que consideraban una tolerancia excesiva frente a ciertos abusos atribuidos a sectores de la comunidad judía en sus reinos. La situación interna, especialmente en Aragón, era percibida por la Corona como inestable. Se hablaba de prácticas de usura, de tensiones religiosas y de sospechas de

proselitismo que, en aquel contexto, eran interpretadas como amenazas al orden social y a la unidad religiosa que los monarcas buscaban consolidar.

Bernardino, consciente de la gravedad del asunto, preparó cuidadosamente su intervención. Sabía que no bastaba con transmitir una queja, debía hacerlo de manera que el Papa comprendiera la preocupación de los reyes sin que ello derivara en un enfrentamiento directo entre la Corona y la Santa Sede.

En la audiencia, su tono fue firme, pero medido.

—Santidad —expuso—, mis señores, los reyes, se ven en la obligación de señalar que la paz de sus reinos se halla comprometida por tensiones que no pueden ser ignoradas. No es solo cuestión de fe, sino de orden público.

El Papa escuchaba con atención, consciente de que aquellas palabras reflejaban un problema más amplio que trascendía lo puramente religioso.

En Castilla y Aragón, la situación era compleja. Existía una población judía significativa, junto a conversos —cristianos nuevos— cuya sinceridad en la fe era, en muchos casos, cuestionada por las autoridades. Algunos eran acusados de practicar en secreto ritos judaizantes, lo que alimentaba la desconfianza y el clima de sospecha.

La tensión se había agravado en años anteriores con episodios violentos y simbólicos. El asesinato de Pedro de Arbués en el año 1485 había marcado profundamente la percepción de la Inquisición y de sus enemigos. Aunque las responsabilidades y motivaciones de aquel crimen fueron complejas y discutidas, en el imaginario de la época se convirtió en prueba de una resistencia activa contra el tribunal.

A ello se sumaban denuncias de profanaciones —como la mutilación de crucifijos o supuestas irreverencias hacia objetos sagrados—, así como rumores de conspiraciones, como la que

se decía planeada en Toledo. En un contexto ya cargado, estos hechos, reales o amplificadas, contribuían a generar un clima de inquietud constante.

Bernardino no ignoraba que muchos de estos relatos estaban atravesados por el miedo, la propaganda o la exageración. Pero su papel no era cuestionarlos en aquel momento, sino transmitir la posición de los monarcas, que veían en todo ello un riesgo para la estabilidad de sus reinos.

—La unidad —insistía— no puede sostenerse si la desconfianza se convierte en norma.

El Papa, por su parte, debía equilibrar múltiples factores, la doctrina, la política, las consecuencias de cualquier decisión. No era sencillo responder con rapidez a una situación que implicaba no solo a España, sino al conjunto de la cristiandad.

La intervención de Bernardino no produjo un cambio inmediato, pero sí contribuyó a consolidar una línea de actuación que se iría endureciendo con el paso de los años. La Corona, cada vez más convencida de la necesidad de una uniformidad religiosa, avanzaba hacia decisiones más drásticas.

Finalmente, el 31 de marzo de 1492, el Decreto de la Alhambra marcó un punto de inflexión. Firmado por Fernando II de Aragón y Isabel I de Castilla, establecía la expulsión de los judíos de los territorios de la monarquía, salvo aquellos que optaran por convertirse al cristianismo.

Fue una decisión de enorme trascendencia histórica, con consecuencias profundas tanto para la sociedad española como para las comunidades judías afectadas. Más allá de las justificaciones de la época, supuso la ruptura de una convivencia compleja y la dispersión de una población que había formado parte de la península durante siglos.

En retrospectiva, la misión de Bernardino en 1488 aparece como uno de los momentos en que esa deriva se hizo explícita en el ámbito diplomático. No fue el origen de la decisión final,

pero sí una manifestación clara de la dirección que estaban tomando los acontecimientos.

Y en medio de todo ello, Bernardino López de Carvajal volvió a desempeñar su papel característico, el de intermedio entre voluntades poderosas, capaz de expresar tensiones sin romper equilibrios, y de sostener, con palabras medidas, decisiones que marcarían el curso de la historia.

Mientras tanto, Roma, eterna y cambiante, respiraba entre ruinas imperiales y nuevos sueños de piedra cuando Mendes da Silva, hombre de fe severa y voluntad inquebrantable, llegó a la colina donde el viento parecía susurrar antiguos martirios. No era un lugar cualquiera. Allí, según la tradición que se transmitía entre generaciones de peregrinos, había sido crucificado el apóstol Pedro, cabeza visible de la cristiandad naciente. El monte ofrecía una vista amplia, casi infinita, de la ciudad, tejados rojizos, campanas lejanas, y el rumor constante del Tíber.

Fue en ese lugar donde Mendes da Silva concibió su empresa, levantar un monasterio dedicado a San Francisco, siguiendo el espíritu reformador que agitaba a ciertas órdenes religiosas. No buscaba grandeza mundana, sino rigor, silencio y recogimiento. Sin embargo, la historia tenía otros planes, aquel rincón humilde estaba destinado a convertirse en un símbolo del Renacimiento.

La antigua iglesia, conocida desde el siglo XII como San Pietro, se alzaba ya en aquel emplazamiento, desgastada por el tiempo, pero cargada de significado. Mendes no pretendía destruirla, sino transformarla, integrarla en un conjunto mayor que honrase tanto la memoria apostólica como la renovación espiritual.

Las obras comenzaron entre dudas y escasez. La piedra era cara, los artesanos exigían paga, y los caminos para transportar materiales eran arduos. Sin embargo, el proyecto encontró

pronto un aliado inesperado, Fernando II de Aragón, monarca poderoso y profundamente religioso, quien vio en aquella empresa una oportunidad de afirmar la presencia y devoción de su corona en el corazón de Roma.

Ya, en el pasado año de 1480, el rey había ordenado el impulso definitivo de la construcción del conjunto religioso de San Pietro in Montorio. No se trató de una simple donación simbólica, concedió dos mil florines, una suma considerable que permitió contratar arquitectos, albañiles y artistas. Pero su implicación no terminó allí.

Años más tarde, el 23 de septiembre de 1488, el monarca otorgó poderes a Bernardino López y a Juan Ruiz, hombres de confianza, para que gestionaran una renta anual procedente del reino de Sicilia. De aquella renta debían liberarse quinientos ducados de oro cada año, destinados exclusivamente a la financiación de las obras. Así, piedra a piedra, arco tras arco, el complejo comenzó a tomar forma.

Bernardino López, diligente y meticuloso, supervisaba cada detalle. No solo administraba el dinero, sino que también velaba por la coherencia espiritual del proyecto. Bajo su dirección, el convento creció con sobriedad, mientras la iglesia adquiría proporciones más ambiciosas, acordes con el nuevo espíritu artístico de la época.

En 1489, en un momento en que las redes de poder eclesiástico y político se entrelazaban con especial intensidad, la figura de Bernardino López de Carvajal continuaba consolidándose en paralelo a la de otros hombres de confianza de los Reyes Católicos, como Juan Rodríguez de Fonseca. Ambos representaban un mismo modelo de servidor: clérigos formados, hábiles en la gestión y profundamente integrados en los intereses de la Corona.

La mención de Ávila no era casual. Aquella ciudad, austera y poderosa en su espiritualidad, se había convertido en uno de los núcleos donde se forjaban vínculos decisivos. Las relaciones familiares, como la de yerno que se menciona en este contexto, no eran simples datos personales, constituían auténticas redes de influencia que facilitaban el ascenso y la consolidación de carreras eclesiásticas y políticas.

Bernardino comprendía bien ese entramado. Aunque su trayectoria se había desarrollado en gran medida fuera de Castilla, especialmente en Roma, nunca perdió de vista la importancia de los apoyos internos. Su experiencia diplomática le había enseñado que el poder no residía únicamente en los títulos, sino en la capacidad de tejer alianzas duraderas.

En aquellos meses, mientras ejercía como obispo y mantenía su actividad diplomática, observaba con atención el ascenso de figuras como Fonseca. Ambos compartían una visión pragmática de la Iglesia, una institución que debía ser reformada, sí, pero también fortalecida como instrumento de orden y cohesión en los reinos.

En una carta imaginada —de esas que nunca se conservan pero que ayudan a comprender una época— Bernardino podría haber escrito:

—Los tiempos exigen hombres que no solo recen, sino que comprendan. La Iglesia ya no puede sostenerse únicamente en la tradición; necesita inteligencia, disciplina y lealtad.

Fonseca, por su parte, avanzaba en su propio camino, destacando en tareas administrativas y en la organización de asuntos que requerían precisión y firmeza. Su relación con Ávila, reforzada por vínculos familiares, le otorgaba una base sólida desde la cual proyectarse hacia responsabilidades mayores.

No se trataba de rivalidad entre ambos, sino de una convergencia de trayectorias. Cada uno, desde su ámbito, contribuía

a un mismo proyecto, el fortalecimiento de la monarquía y su alianza con la Iglesia. Mientras Bernardino actuaba con soltura en el escenario romano e internacional, Fonseca se consolidaba como un gestor clave en los asuntos internos.

En ese cruce de caminos, el año 1489 aparece como un punto de inflexión. Las carreras de estos hombres no solo avanzaban, sino que comenzaban a definir el modelo de gobierno eclesiástico que caracterizaría el reinado de los Reyes Católicos, centralizado, eficaz y profundamente conectado con los intereses del poder real.

Así, entre Ávila y Astorga, entre la familia y la diplomacia, se tejía una red de influencias que daría forma a una nueva etapa en la historia de la Iglesia en España. Y en ese entramado, Bernardino López de Carvajal ocupaba ya un lugar destacado, no solo por lo que había hecho, sino por lo que aún estaba llamado a hacer.

El 23 de enero de 1489, su carrera dio un nuevo giro al ser nombrado obispo de Badajoz. Allí ejercería hasta 1493, cuando fue promovido a la diócesis de Cartagena. Cada uno de estos nombramientos no solo reconocía su valía, sino que ampliaba su radio de acción en una Iglesia que necesitaba hombres capaces de moverse con soltura entre la fe, el poder y la diplomacia.

Así, Bernardino continuaba su ascenso, tejiendo una trayectoria en la que la palabra —ya fuera en el púlpito, en una carta o en una negociación— seguía siendo su herramienta más poderosa. Su figura comenzaba a destacar no solo por lo que decía, sino por lo que lograba evitar: guerras, rupturas, desórdenes. Y en una época tan incierta, eso equivalía a una forma de grandeza.

El año de 1489 se abrió con un movimiento diplomático de notable amplitud, como si las distintas piezas del tablero europeo comenzaran a desplazarse de forma simultánea.

Desde Castilla partía Juan Rodríguez de Fonseca, entonces arcediano de Ávila, rumbo a Alemania. Le acompañaban Álvaro de Arrión y el bachiller Sasiola, en una misión delicada, ofrecer al emperador y al rey de romanos la colaboración de la monarquía hispánica en un momento en que las alianzas se redefinían con rapidez.

Casi al mismo tiempo, y como si ambos movimientos estuvieran coordinados desde una misma inteligencia política, partía hacia Roma Bernardino López de Carvajal. Su objetivo no era menor, informar con detalle al papa Inocencio VIII y solicitar, si fuera necesario, el envío de un legado con poderes suficientes para intervenir en los asuntos más urgentes.

Era el comienzo de lo que muchos contemporáneos considerarían un admirable ejercicio de dinamismo diplomático. Bernardino, todavía en una fase que podría llamarse de aprendizaje, mostraba ya una capacidad poco común para moverse entre intereses contrapuestos. No era un simple transmisor de mensajes, interpretaba, matizaba y, en ocasiones, orientaba las decisiones.

Entra en juego la llamada Guerra de Baza, inscrita dentro de la fase final de la conquista del Reino de Granada, fue uno de los episodios más duros, prolongados y estratégicamente decisivos del reinado de los Reyes Católicos. No se trató de una batalla rápida ni de una victoria fulminante, sino de un asedio largo, tenso y cargado de simbolismo político y religioso.

Corría el año 1489 cuando las tropas castellanas, dirigidas por Fernando II de Aragón y Isabel I de Castilla, pusieron sus ojos en la ciudad de Baza, enclave clave del Reino nazarí. Situada en una posición estratégica entre Granada y el levante peninsular, Baza era una plaza fuerte bien defendida, protegida por murallas sólidas y por la determinación de sus habitantes.

El asedio comenzó en verano y pronto se reveló como una empresa compleja. Las fuerzas cristianas, aunque superiores

en número y recursos, se enfrentaban a una resistencia tenaz por parte de los defensores musulmanes, liderados por caudillos experimentados que conocían bien el terreno y las tácticas de resistencia prolongada. No era solo una lucha militar: era también una guerra de desgaste, donde el hambre, el frío y la enfermedad jugaron un papel tan decisivo como las armas.

Durante meses, el campamento cristiano se mantuvo firme alrededor de la ciudad. Se levantaron fortificaciones, se aseguraron las líneas de suministro y se estableció una disciplina férrea entre las tropas. La propia reina Isabel llegó a instalarse en el campamento, en un gesto que reforzaba la legitimidad de la empresa y elevaba la moral de los soldados. Su presencia no era meramente simbólica, representaba la unión de los reinos y la determinación de culminar la Reconquista.

En el interior de Baza, la situación se volvía cada vez más desesperada. Los víveres escaseaban, las condiciones de vida empeoraban y la esperanza de recibir refuerzos se desvanecía. A pesar de ello, la ciudad resistió durante meses, convirtiéndose en un símbolo de resistencia frente al avance castellano.

Finalmente, en diciembre de 1489, tras cerca de medio año de asedio, la ciudad capituló. La rendición de Baza no fue una simple victoria militar, sino un acontecimiento de gran repercusión política y espiritual. Confirmaba la superioridad estratégica de los Reyes Católicos y debilitaba de forma irreversible al Reino de Granada, que quedaba cada vez más aislado.

Este triunfo fue interpretado, tanto por cronistas como por predicadores de la época —como Bernardino en su célebre discurso—, como una señal de la intervención divina. La victoria no se atribuía únicamente a la capacidad militar, sino al favor de Dios hacia la causa cristiana. En este contexto, la guerra adquiría un carácter casi sagrado, legitimando la continuidad de la campaña hasta la caída definitiva de Granada en 1492.

La Guerra de Baza, por tanto, no solo marcó un punto de inflexión en el conflicto, sino que reforzó la imagen de los Reyes Católicos como monarcas elegidos para culminar una misión histórica, la unificación religiosa y territorial de sus reinos. Tras Baza, el destino del Reino nazarí estaba prácticamente sellado, y el final se acercaba inexorablemente.

La supremacía política de Fernando II de Aragón sobre el escenario europeo comenzaba a hacerse evidente. Su visión era amplia, estratégica, y no siempre coincidía plenamente con la del pontífice. Entre la Corona y Roma no existía una ruptura, pero sí diferencias que, en determinados asuntos, se traducían en actitudes no del todo conformes.

Para tratar los temas más complejos, se consideraba indispensable la presencia de Bernardino. No actuaba solo como embajador, sino casi como un “senado viviente”, alguien capaz de razonar, persuadir y conducir al Papa hacia soluciones que resultaran beneficiosas tanto para la Iglesia como para la paz de Europa.

Uno de esos cometidos difíciles se presentó en el año 1490.

La situación era delicada. La presencia de tropas españolas en determinados territorios hacía temer un conflicto de mayor envergadura. Bernardino, con su habitual claridad, expuso ante Inocencio VIII el peligro inminente de una guerra si no se actuaba con rapidez y prudencia.

—Santidad —pudo decir en una de aquellas audiencias—, no es la fuerza lo que debe guiarnos ahora, sino la previsión. Una guerra iniciada por cálculo puede terminar gobernada por el azar.

El Papa, hombre cauteloso, escuchaba. Sabía que las palabras de Bernardino no eran exageraciones, sino advertencias fundadas.

Al mismo tiempo, Fernando II de Aragón solicitaba la intervención pontificia para resolver el problema de los condados

y las revueltas en Flandes, un asunto que amenazaba con extender la inestabilidad hacia el norte de Europa. Sin embargo, la respuesta de Roma se demoraba.

Esa tardanza comenzó a interpretarse como una negativa tácita. En la corte castellana, la inquietud crecía. El rey llegó a preguntarse si aquella actitud del Papa respondía a una estrategia deliberada o a una decisión espontánea nacida de la prudencia —o incluso de la duda.

El 6 de mayo de 1490, la tensión alcanzó un punto crítico. El monarca decidió encomendar a Bernardino una misión incómoda, presentar ante el pontífice las quejas reales.

No era tarea fácil. Hablar en nombre de un rey molesto ante el Papa exigía una combinación precisa de firmeza y respeto. Un exceso en cualquiera de los dos sentidos podía resultar desastroso.

En una audiencia cuidadosamente preparada, Bernardino expuso la posición de la Corona.

—Santidad —dijo con voz serena—, mi señor no ignora las dificultades que pesan sobre esta Sede. Pero tampoco puede ocultar su inquietud ante una demora que, en estos tiempos, puede interpretarse de formas que ninguno de nosotros desea.

El Papa lo miró con atención, sin interrumpir.

—No se trata de exigir —continuó Bernardino—, sino de recordar que la prontitud en ciertas decisiones puede evitar males mayores.

Hubo un silencio breve, cargado de significado.

—Decid a vuestro rey —respondió finalmente Inocencio VIII— que esta Sede no actúa por desinterés, sino por cautela. Pero también decidle que he escuchado.

Bernardino inclinó la cabeza.

—Eso bastará, Santidad.

Y, en efecto, bastó.

La habilidad de Bernardino residía precisamente en eso, en transformar una queja potencialmente áspera en un diálogo productivo. No humillaba, no presionaba abiertamente, pero tampoco cedía en lo esencial. Su elegancia no era superficial, sino estratégica.

Aquel episodio consolidó aún más su reputación. Ya no era solo un diplomático eficaz, sino un intermediario imprescindible en las relaciones entre la Corona y la Santa Sede. Sabía decir lo que debía decirse, en el momento adecuado y con las palabras justas.

En una época en la que la guerra podía surgir de un malentendido y la paz depender de una frase bien formulada, Bernardino López de Carvajal se revelaba como un hombre capaz de inclinar la balanza sin necesidad de alzar la voz. Su noviciado diplomático había quedado atrás, entraba, con paso firme, en la madurez de su influencia.

A finales del siglo XV, mientras la guerra contra el Reino nazarí de Granada se acercaba a su desenlace, la acción política de los Reyes Católicos no se limitaba al campo de batalla. En la corte pontificia de Roma, un grupo de influyentes eclesiásticos españoles trabajaba activamente para defender y promover los intereses de la monarquía hispánica, tejiendo una red de poder, diplomacia y propaganda.

Entre estos hombres destacaban figuras de enorme peso, como el cardenal Rodrigo de Borgia, cuya influencia en la curia era ya notable, y Bernardino López, quien junto a otros como Juan Ruiz de Medina ejercía una suerte de protectorado sobre los asuntos españoles en Roma. Este grupo no solo actuaba como intermediario político, sino también como difusor del ideal de cruzada que impregnaba la campaña granadina.

En el año 1491, Bernardino alcanzó una posición clave al presidir la reunión de la *Natio Hispana*, la comunidad de españoles en Roma, y ser elegido gobernador de la iglesia de Basíli-

ca de Santiago de los Españoles, centro espiritual y político de la presencia hispana en la ciudad eterna. Desde allí, se convirtió en una figura central en la organización de celebraciones, ceremonias y actos de exaltación de las victorias castellanas.

Cada avance en la guerra de Granada era recibido con entusiasmo por el círculo hispanófilo que rodeaba a Rodrigo de Borgia. Junto al cardenal Raffaele Riario, Bernardino López y Juan Ruiz impulsaron festejos que transformaban los triunfos militares en espectáculos públicos cargados de simbolismo.

El momento culminante llegó en diciembre de 1491, cuando los Reyes Católicos lograron sitiar la ciudad de Granada, último bastión del poder musulmán en la península. Tras meses de asedio, la rendición se produjo finalmente el 2 de enero de 1492, sellando el fin de casi ocho siglos de presencia islámica en territorio peninsular.

La noticia de la capitulación llegó a Roma en pleno carnaval, y su impacto fue inmediato. La ciudad, acostumbrada al bullicio festivo de esas fechas, encontró en la victoria cristiana un motivo de júbilo aún mayor. La conquista de Granada se interpretaba no solo como un éxito político, sino como una victoria de la fe.

Los festejos comenzaron el 3 de febrero de 1492 con un repique general de campanas en todas las iglesias de Roma. El domingo siguiente, una solemne procesión recorrió las calles hasta la iglesia nacional española en la Piazza Navona, donde el Papa celebró misa en acción de gracias. La ciudad entera participó en las celebraciones, en las que lo religioso y lo teatral se entrelazaban sin distinción.

Durante los días de carnaval, Roma se transformó en un escenario vivo. Actores, mimos y figurantes recorrían las calles representando escenas de la guerra. Bajo la dirección de Bernardino López y Juan Ruiz de Medina, se construyó un castillo de madera coronado por una torre que simbolizaba la ciudad

de Granada. En torno a esta estructura, soldados escenificaban la conquista del último reino musulmán de Europa, recreando asedios, combates y la rendición final.

Aquellas representaciones no eran simples entretenimientos, constituían una poderosa herramienta de propaganda. Convertían la historia reciente en mito, la victoria en relato épico, y reforzaban la imagen de los Reyes Católicos como campeones de la cristiandad.

Así, mientras en Granada se cerraba un capítulo decisivo de la historia peninsular, en Roma se escribía su eco simbólico. Entre campanas, procesiones y teatros efímeros, la victoria se elevaba a categoría universal, proyectando la imagen de una monarquía destinada a desempeñar un papel central en la Europa de su tiempo.

El 25 de julio de 1492 fallecía en Roma Inocencio VIII, cerrándose así un pontificado marcado por tensiones políticas y delicados equilibrios. En los silenciosos corredores del Vaticano, la noticia se extendió con rapidez, envuelta en ese aire de solemnidad que acompaña siempre la muerte de un pontífice. Para muchos, aquel acontecimiento abría una etapa de incertidumbre; para otros, una oportunidad.

Bernardino López de Carvajal, siempre atento a los movimientos del poder, comprendió de inmediato la trascendencia del momento. Sin perder tiempo, se apresuró a comunicar la noticia a Fernando II de Aragón. Sin embargo, las distancias y los ritmos de la época jugaron en su contra, el mensaje no llegó a conocimiento de los Reyes Católicos hasta el día 9 de agosto, cuando el proceso de elección papal ya estaba en marcha.

—Ha muerto —susurró un clérigo, casi sin aliento, en los pasillos en penumbra del Vaticano—. Inocencio VIII ha muerto.

El eco de la noticia pareció adherirse a los muros, propagándose con una mezcla de gravedad y expectación. Algunos inclinaron la cabeza en señal de duelo; otros, más silenciosos, comenzaron ya a calcular.

—Se cierra un pontificado... y se abre una disputa —murmuró otro, con voz baja.

En una estancia apartada, Bernardino López de Carvajal escuchaba el informe con atención concentrada.

—¿Es seguro? —preguntó.

—No hay duda, eminencia. Roma entera lo sabe ya.

Carvajal permaneció en silencio unos instantes, como si ordenara las piezas de un tablero invisible.

—Entonces no hay tiempo que perder —dijo finalmente—. Preparad un mensaje para Fernando II de Aragón. Debe conocer esto de inmediato.

—¿Creéis que podrá influir en la elección? —se atrevió a preguntar el mensajero.

Carvajal alzó la vista.

—En Roma, toda información es poder... siempre que llegue a tiempo.

Días más tarde, en la corte, un correo exhausto entregaba finalmente la carta.

—Procede de Roma, majestad —anunció, inclinándose ante Fernando II de Aragón.

El rey rompió el sello con rapidez, recorriendo las líneas con el ceño fruncido.

—9 de agosto... —murmuró—. Demasiado tarde.

—¿Malas noticias? —preguntó un consejero.

Fernando dejó caer lentamente la carta sobre la mesa.

—No malas... pero sí tardías. El cónclave ya está en marcha.

—Entonces Roma decidirá sin nosotros —añadió el consejero.

El rey negó suavemente con la cabeza.

—Roma nunca decide sin todos —dijo—. Pero algunos llegan antes que otros.

En la distancia, ajeno al retraso pero consciente de sus consecuencias, Carvajal contemplaba la ciudad eterna.

—Las cartas viajan más despacio que las ambiciones —comentó uno de sus asistentes.

Carvajal esbozó una leve sonrisa, cargada de resignación.

—Y, sin embargo, son ellas las que las hacen posibles.

Miró hacia el Vaticano, donde ya se tejían alianzas y promesas.

—Ahora, solo queda observar... y actuar en el momento preciso.

Porque en Roma, incluso el silencio podía ser una forma de intervención, y la espera, una estrategia tan decisiva como la palabra.

Aquella demora resultó decisiva. Privó al monarca de cualquier posibilidad de intervenir, influir o recomendar candidato alguno para el solio pontificio. El cónclave, como tantas veces en la historia, avanzó guiado por las dinámicas internas del Sacro Colegio, sin una injerencia directa de la Corona española.

Y, sin embargo, el resultado parecía responder, en cierto modo, a los intereses hispánicos.

En los días de incertidumbre que siguieron a la muerte de Inocencio VIII, Roma se llenó de rumores, intrigas y cálculos silenciosos. El Sacro Colegio Cardenalicio se preparaba para uno de los momentos más decisivos de la cristiandad, la elección de un nuevo pontífice. En ese clima denso, donde cada palabra pesaba tanto como una decisión, dos figuras se movían con especial determinación: el cardenal Ascanio Sforza y el genovés Lorenzo Cybo.

—La Iglesia necesita algo más que un nuevo Papa —dijo Ascanio Sforza en voz baja, mientras caminaba por uno de los corredores del Vaticano—. Necesita dirección, orden... y una voz que recuerde a todos lo que está en juego.

Lorenzo Cybo asintió lentamente.

—Y esa voz no puede ser cualquiera. Debe ser docta, firme... y respetada por todos. Alguien que no solo hable, sino que enseñe.

Sforza se detuvo, girándose hacia él.

—Bernardino López de Carvajal.

Cybo esbozó una leve sonrisa.

—Pensaba lo mismo. Español, formado en la más rigurosa tradición escolástica, hábil en la retórica... y, sobre todo, prudente.

—Entonces debemos proponerlo al Sacro Colegio —concluyó Sforza—. No como una sugerencia, sino como una necesidad.

La reunión con los cardenales no fue sencilla. En la sala, cargada de tapices y silencios, se discutía con cautela. Cada elección, incluso la de un predicador, tenía implicaciones.

—¿Por qué él? —preguntó uno de los cardenales—. ¿Por qué no uno de los nuestros?

Sforza tomó la palabra con serenidad.

—Porque en este momento no se trata de favorecer a uno u otro, sino de fortalecer a todos. Bernardino López de Carvajal posee la elocuencia de los antiguos y la claridad de los teólogos. Su palabra puede unir lo que ahora está disperso.

Cybo añadió:

—Ha demostrado sobradamente su capacidad. Y no olvidemos que su posición, como obispo de Badajoz, le sitúa en un punto de equilibrio. No es una amenaza, sino un mediador.

Un murmullo recorrió la sala. Finalmente, uno de los cardenales más ancianos habló:

—Sea. Que se le llame. Que sea él quien pronuncie el sermón de apertura del cónclave.

Días después, Bernardino fue convocado. Entró con humildad, pero sin titubeos.

—Reverendísimos padres —saludó inclinándose.

Uno de los cardenales le comunicó la decisión:

—El Sacro Colegio ha considerado oportuno que seáis vos quien pronuncie el sermón en la apertura del cónclave. Será en la basílica de Basílica de San Pedro, el próximo 6 de agosto.

Bernardino guardó un instante de silencio.

—Si tal es la voluntad de Vuestras Eminencias, obedeceré. Pero sabed que no hablaré para agradar, sino para servir a la verdad.

—Eso esperamos —respondió Sforza, observándolo con atención.

Llegó el día.

El lunes 6 de agosto de 1492, la basílica de San Pedro se llenó de cardenales, prelados y testigos de toda Europa. La misa solemne marcaba el inicio del cónclave. El aire estaba cargado de solemnidad y expectativa.

Bernardino López avanzó hacia el púlpito.

Su voz, al comenzar la *Oratio De eligendo Summo Pontifice Romano ad El Cardinalium Senatum*, fue firme y clara, modulada con una maestría que recordaba los modelos de Cicerón.

—Padres venerables —comenzó—, nos hallamos ante un momento en que la Iglesia, privada de su cabeza visible, debe mirarse a sí misma con humildad y discernimiento.

En la primera parte de su discurso, trazó un elogio sobrio del pontífice difunto y reflexionó sobre el estado de sede vacante, evocando la necesidad de restauración y continuidad.

En la segunda, su tono se volvió más denso, más filosófico.

—El poder del Papa —afirmó— no es humano en su origen, sino divino en su institución. Su primado no admite división, pues en él reside la unidad misma de la Iglesia.

Argumentaba con precisión escolástica, enlazando autoridad, tradición y razón en un tejido sólido e irrefutable.

Pero fue en la tercera parte donde su voz adquirió un tono casi dramático.

—Mirad —dijo, elevando ligeramente el tono— la condición de la Iglesia. Dividida, debilitada, amenazada en su libertad... ¿no exige acaso un remedio urgente?

El silencio era absoluto.

—Elegid, pues, no solo a un Papa, sino a un reformador. A un pastor que convoque concilio, que restaure la libertad de la Iglesia y organice su defensa.

Algunos cardenales intercambiaron miradas. Aquellas palabras no eran inocentes.

Sforza, en un rincón, murmuró apenas audible:

—Habla como quien conoce el camino... o como quien desea recorrerlo.

Cybo respondió en voz baja:

—Quizá ambas cosas.

Al concluir, un murmullo de aprobación recorrió la basílica. La oración había sido brillante, profunda, cuidadosamente estructurada y cargada de intención.

La *oratio* de Bernardino López de Carvajal fue ampliamente elogiada por su calidad retórica y su solidez doctrinal, hasta el punto de ser editada y difundida en varias ocasiones. Su impacto no se limitó al ámbito intelectual, sino que pudo influir en el clima político del momento, orientando las preferencias hacia un pontífice de carácter firme y con un marcado perfil “cruzadista”.

En este contexto, la figura que encajaba con ese ideal era la de Rodrigo de Borja, entonces vicescanciller de la Iglesia, cuya elección como Alejandro VI respondería en parte a esa necesidad de liderazgo fuerte en una etapa de intensas tensiones religiosas y políticas. Y mientras el cónclave avanzaba hacia su decisión final, muchos recordaban aún aquellas palabras, preguntándose si, entre líneas, no se había esbozado ya el retrato del pontífice que la Iglesia necesitaba.

El cardenal Rodrigo Borgia fue elegido y tomó el nombre de Alejandro VI. Su origen valenciano dotaba al nuevo pontificado de un matiz claramente vinculado a España, aunque no exento de suspicacias en el resto de Europa.

En ese contexto, la figura de Bernardino adquirió un papel crucial. Consciente de las posibles acusaciones de intervención española en la elección, se esforzó en despejar cualquier sospecha. Su actuación fue prudente, casi calculada, defendía el honor de la Corona sin provocar recelos innecesarios entre las demás potencias.

—La elección —podría haber dicho en círculos diplomáticos— ha sido obra del Colegio, no de voluntad extranjera.

Y esa afirmación, sostenida con firmeza, ayudó a legitimar el nuevo pontificado.

Como embajador de los Reyes Católicos, continuó desempeñando un papel esencial. Su conducta se caracterizó por una serenidad constante, incluso en situaciones de gran tensión. No buscaba protagonismo, pero su presencia era decisiva. Trabajaba sin descanso, con una disciplina que sorprendía incluso a quienes lo conocían bien.

—El prestigio —solía afirmar— no se proclama, se construye.

Y él lo construyó, día a día, entre audiencias, negociaciones y decisiones que rara vez trascendían al gran público, pero que resultaban fundamentales para el equilibrio de su tiempo.

Bernardino López de Carvajal desempeñó un papel relevante en la tramitación de documentos clave que otorgaban a los Reyes Católicos derechos sobre las Indias, legitimaban sus conquistas en África y facilitaban la reforma de las órdenes religiosas. Su intervención lo situó en el centro de decisiones que tendrían un impacto duradero en la expansión política y religiosa de la monarquía hispánica.

Satisfechos con su labor, los monarcas le encomendaron redactar el discurso de obediencia para la embajada de López de Haro en julio de 1493. Esta misión tenía como objetivo reconciliar al papa Alejandro VI con Ferrante de Nápoles y frenar la amenaza de invasión por parte de Carlos VIII de Francia.

La *oratio pacis* elaborada por Carvajal destacó por su riqueza retórica, cargada de referencias bíblicas, heráldicas e históricas. Más que un simple discurso diplomático, fue una pieza ideológica destinada a tender puentes entre Hispania y Roma, y a consolidar una alianza entre el pontífice y los Reyes Católicos en torno a un proyecto común: la expansión de la Cristiandad.

Así, en los años que siguieron a la elección de Alejandro VI, Bernardino López de Carvajal se convirtió en una figura de referencia tanto para Roma como para España. Su doble lealtad —a la Iglesia y a la Corona— no fue una carga, sino la base de su fuerza.

En un mundo donde la política y la fe caminaban unidas, su figura representaba la síntesis de ambas, un hombre de Iglesia que entendía el poder, y un hombre de poder que no olvidaba su vocación.

En el corazón de Roma, donde cada piedra parece resonar con ecos de la Antigüedad y de la fe cristiana primitiva, la figura de Bernardino López de Carvajal adquiere una dimensión distinta, más íntima y a la vez profundamente simbólica. Si en la diplomacia fue artífice de equilibrios políticos, en el ámbito eclesiástico y arqueológico se convirtió en custodio de la memoria sagrada.

Su vinculación con la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén no fue circunstancial. Este templo, uno de los más antiguos y venerados de la cristiandad romana, se alzaba sobre un lugar cargado de significado, los antiguos palacios de Helena de Constantinopla, figura clave en la tradición cristiana por su supuesta localización de reliquias de la Pasión en Tierra Santa. La basílica, por tanto, no era solo un edificio, sino un puente entre Roma y Jerusalén, entre la historia imperial y la historia sagrada.

Las obras de restauración del complejo habían sido impulsadas inicialmente por Pedro González de Mendoza, uno

de los grandes mecenas eclesiásticos de su tiempo. Mendoza, consciente de la importancia simbólica del lugar, encargó la supervisión del proyecto a su entorno más cercano, entre ellos Íñigo López de Mendoza. Sin embargo, la marcha de este último de Roma en 1487 dejó un vacío que sería ocupado por Bernardino López.

Desde ese momento, Bernardino actuó como agente directo del cardenal Mendoza, ejecutando con fidelidad las instrucciones que llegaban desde España. Pero su papel fue mucho más allá de la mera administración. Dotado de una sensibilidad poco común para su tiempo, demostró una notable pericia en lo que hoy llamaríamos arqueología, disciplina que entonces comenzaba apenas a perfilarse como método de conocimiento histórico.

Fue en 1492 cuando esta faceta se manifestó con mayor claridad. Durante las excavaciones realizadas en la cripta de la basílica —un espacio que coincidía con el antiguo *cubiculum* del palacio de Helena— se produjo un hallazgo extraordinario: el denominado *Titulus Crucis*. Esta reliquia, también conocida como *elogium*, consistía en un fragmento de la inscripción que, según la tradición, Poncio Pilato mandó colocar en la cruz de Jesucristo para indicar la causa de su condena.

El descubrimiento tuvo un impacto inmediato. En una época en la que las reliquias constituían no solo objetos de devoción, sino también instrumentos de legitimación espiritual y política, el hallazgo del *Titulus Crucis* reforzaba el prestigio de la basílica y, por extensión, de quienes habían promovido su restauración. Carvajal quedaba así asociado a uno de los episodios más significativos de la religiosidad romana de su tiempo.

Desde una perspectiva histórica, el episodio revela varias dimensiones de interés. En primer lugar, pone de manifiesto el papel de la monarquía hispánica en la promoción de proyectos eclesiásticos en Roma, consolidando su influencia en la curia.

En segundo lugar, muestra cómo la recuperación del pasado —a través de excavaciones y hallazgos— comenzaba a integrarse en la construcción del presente político y religioso.

Pero hay también una dimensión más profunda, casi novelesca, en este acontecimiento. Podemos imaginar a Carvajal descendiendo a la penumbra de la cripta, rodeado de obreros, polvo y silencio, en busca de vestigios de un pasado remoto. En ese gesto se entrelazan la curiosidad intelectual, la fe y la ambición: tres fuerzas que definieron el espíritu del Renacimiento.

La conservación del *Titulus Crucis* en la propia basílica aseguró su integración en el circuito devocional romano. Peregrinos, clérigos y visitantes podían contemplar aquella reliquia como testimonio tangible de la Pasión, reforzando la conexión entre Roma y los lugares santos de Oriente.

Así, la labor de Carvajal en la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén no puede entenderse como un episodio menor o anecdótico. Forma parte de un proceso más amplio en el que la historia, la arqueología, la fe y la política convergen. En ese cruce de caminos, la figura del cardenal español emerge no solo como diplomático y negociador, sino también como mediador entre el pasado sagrado y el presente de una cristiandad en transformación.

El alba del 13 de abril de 1493 encontró a la corte de los Reyes Católicos sumida en una tensión contenida, propia de los momentos en que la política y la providencia parecen entrelazarse en un mismo designio. No era un día cualquiera, apenas unas semanas antes, las noticias traídas por Cristóbal Colón habían alterado la concepción misma del orbe conocido. Ahora, en el silencio cargado de significado de las estancias palaciegas, se gestaba una respuesta diplomática destinada a consolidar, bajo el amparo de la Iglesia, los derechos de Castilla sobre aquellas tierras ignotas.

La decisión fue clara y solemne, enviar a Roma una embajada de obediencia al recién elegido pontífice, Alejandro VI. En apariencia, se trataba de un gesto de continuidad con la tradición medieval, en la que los monarcas cristianos reconocían la autoridad suprema del Papa. Pero en realidad, aquella misión contenía múltiples capas de intención: política, teológica, estratégica. Era un acto de sumisión formal que ocultaba una afirmación de poder.

La embajada quedó presidida por Diego López de Haro y Mendoza, figura de notable prestigio, acompañado por el cardenal Juan de Borgia y por Gonzalo Fernández de Heredia. No eran simples emisarios, sino representantes de una monarquía que había culminado recientemente la conquista de Granada y aspiraba ahora a proyectarse más allá de los confines conocidos.

El viaje hacia Roma, largo y ceremonioso, fue también un tránsito simbólico. En cada etapa, la embajada encarnaba la imagen de una monarquía renovada, consciente de su papel en la historia. La obediencia que iban a prestar no era servilismo, sino una forma cuidadosamente codificada de diálogo entre poderes.

Mientras tanto, en la Ciudad Eterna, la figura de Alejandro VI dominaba un escenario político convulso. Italia se encontraba fragmentada, atravesada por alianzas inestables y amenazas constantes. La tensión crecía ante las aspiraciones del rey francés Carlos VIII de Francia sobre el Reino de Nápoles, gobernado por Ferrante I de Nápoles. En ese contexto, la llegada de la embajada castellana adquiriría una relevancia que trascendía lo meramente protocolario.

Los Reyes Católicos no ignoraban esta situación. De hecho, uno de los objetivos principales de la misión era intervenir en ese delicado equilibrio. Pretendían reconciliar al Papa con Ferrante y, al mismo tiempo, frenar las ambiciones francesas.

La diplomacia se convertía así en una herramienta de contención geopolítica.

Para reforzar la dimensión intelectual y retórica de la embajada, los monarcas encargaron a Bernardino López de Carvajal la redacción y pronunciación del discurso oficial. Carvajal, hombre de vasta erudición, comprendía perfectamente el peso de las palabras en aquel escenario. Su intervención debía ser más que un simple saludo: debía construir un puente entre Castilla y Roma, entre la autoridad regia y la potestad pontificia.

El 19 de junio de 1493, en un consistorio público celebrado en Roma, tuvo lugar el momento culminante. Ante la corte pontificia, Carvajal pronunció la célebre *Oratio super praestanda solemnī obedientia*. Su discurso, cuidadosamente elaborado, combinaba referencias bíblicas, evocaciones históricas y una profunda comprensión de la teoría política de su tiempo.

En su oratoria, el Papa aparecía como la encarnación de la *plenitudo potestatis*, la plenitud del poder espiritual que, en la concepción hierocrática, se extendía sobre todo el orbe cristiano. Los reyes, aunque soberanos en sus territorios, se presentaban como fieles hijos de la Iglesia, dispuestos a rendir pleitesía al Vicario de Cristo. Sin embargo, bajo esa retórica de subordinación se percibía una afirmación implícita, la monarquía hispánica era ya una potencia indispensable en la configuración del orden cristiano.

Carvajal no olvidó mencionar los recientes descubrimientos en el Océano Atlántico. Aquellas nuevas tierras, aún envueltas en misterio, eran presentadas como una oportunidad providencial para la expansión de la fe. La empresa castellana adquiriría así una dimensión misionera que legitimaba sus aspiraciones territoriales.

El discurso estaba tejido con una habilidad notable. Las referencias a la historia sagrada se entrelazaban con alusiones a la Antigüedad clásica, creando una narrativa que situaba a los

Reyes Católicos como continuadores de una tradición universal. Roma y Castilla no eran polos opuestos, sino partes de un mismo proyecto civilizatorio.

La reacción de Alejandro VI fue favorable. El pontífice, consciente de la utilidad política de aquella alianza, otorgó a los embajadores el reconocimiento que buscaban. En ese gesto se encontraba el germen de las futuras bulas alejandrinas, que delimitarían las áreas de influencia en el Nuevo Mundo.

Como muestra de su aprecio, el Papa regaló a López de Haro una reliquia singular: un fragmento de la Vera Cruz, destinado a ser venerado en la iglesia de El Carpio. Este obsequio, cargado de simbolismo, sellaba la alianza entre Roma y Castilla bajo el signo de la fe.

Paralelamente, los monarcas habían dado instrucciones a sus procuradores permanentes en Roma, entre ellos Bernardino López, quien recibió el poder como obispo de Badajoz mediante una carta firmada ese mismo 13 de abril. Este detalle revela la minuciosidad con la que se articulaba la política exterior castellana, cada nombramiento, cada documento, formaba parte de una estrategia más amplia.

La embajada de López de Haro no fue, por tanto, un episodio aislado, sino un nodo en una compleja red de intereses. Su éxito contribuyó a desarticular la posible confederación entre Milán, Venecia y el Papado contra Ferrante, debilitando así la posición francesa. En ese sentido, la misión cumplió su objetivo de influir en el equilibrio de poder italiano.

Pero su significado más profundo residía en otro plano. Aquella ceremonia de obediencia representaba la transición entre dos épocas. Por un lado, mantenía las formas medievales de relación entre el poder espiritual y el temporal. Por otro, anticipaba el surgimiento de una nueva realidad política, en la que las monarquías nacionales afirmaban su autonomía sin renunciar a la legitimación religiosa.

La voz de Bernardino, resonando en el consistorio romano, fue el eco de ese cambio. Sus palabras, cargadas de solemnidad, no solo hablaban al Papa y a los presentes, sino a la posteridad. En ellas se delineaba un proyecto, la construcción de una cristiandad renovada, expandida más allá de Europa, en la que Castilla desempeñaría un papel central.

Así, el 13 de abril de 1493 y los acontecimientos que le siguieron no pueden entenderse como un simple acto diplomático. Fueron, más bien, una escena fundacional en la historia de la modernidad europea, donde la fe, el poder y el descubrimiento se entrelazaron para dar forma a un mundo nuevo.

La escena europea de finales del siglo XV se desarrollaba como un vasto tablero donde cada movimiento —diplomático, militar o espiritual— tenía consecuencias de alcance universal. Mientras en Roma se consolidaban las delicadas negociaciones entre la monarquía hispánica y el pontificado, el horizonte atlántico se abría con una fuerza inesperada, transformando las prioridades políticas de los reinos ibéricos.

El 3 de mayo de 1493, en presencia del Papa, se celebraron reuniones bilaterales entre Castilla y Portugal para discutir el reparto de las zonas de influencia. En ellas participó activamente Carvajal como delegado de Fernando II de Aragón. Aunque las bulas papales ofrecían una solución provisional, resultaba evidente que era necesario un acuerdo más preciso y mutuamente aceptado.

Ese acuerdo llegaría un año más tarde con el Tratado de Tordesillas, que desplazó la línea de demarcación hacia el oeste, permitiendo a Portugal acceder a lo que posteriormente sería Brasil. Este tratado no solo resolvió el conflicto inmediato, sino que configuró durante siglos la geografía política del continente americano.

—Decís que las bulas bastan —murmuró el delegado portugués, con los dedos apoyados sobre la mesa—. Pero Roma no conoce las corrientes ni los vientos de ese océano.

—Roma conoce algo más importante —respondió con serenidad Bernardino López de Carvajal—: la autoridad para ordenar lo que aún carece de forma. Y en nombre de Fernando II de Aragón, os aseguro que Castilla no pretende sino lo que le corresponde.

—¿Y quién decide eso? —replicó el portugués, inclinándose hacia adelante—. ¿Una línea trazada desde la distancia? ¿Un meridiano imaginario?

Carvajal sostuvo la mirada sin titubear.

—Toda frontera es, en su origen, imaginaria. Lo que la convierte en real es el acuerdo entre quienes tienen el poder de sostenerla.

En la sala contigua, la figura de Alejandro VI dominaba la estancia con una quietud casi escultórica.

—Las bulas han sido promulgadas —dijo el pontífice con voz grave—. Pero no ignoro que son, en cierto modo, un primer trazo, no el definitivo.

Uno de los emisarios castellanos asintió.

—Santidad, el océano es demasiado vasto para dejarlo en ambigüedad. Cada legua sin definir es una semilla de conflicto.

—Y cada concesión mal medida —añadió un enviado portugués— puede ser motivo de guerra.

El Papa cerró los ojos un instante, como si midiera el peso de siglos venideros.

—Entonces no será Roma quien tenga la última palabra —concluyó—, sino vuestra capacidad de entendimiento. Yo os doy un principio; vosotros deberéis darle forma.

Un año más tarde, lejos de la solemnidad vaticana, las voces resonaban con un tono distinto, más práctico, casi fatigado.

—Desplazar la línea hacia el oeste —dijo el negociador portugués— no es una exigencia caprichosa. Es una necesidad.

—Una necesidad que coincide demasiado bien con vuestros intereses —replicó el castellano.

—Y con vuestra prudencia —intervino otro—. ¿O preferís un conflicto abierto en mares que ninguno domina aún?

Hubo un largo silencio. Finalmente, el representante castellano asintió con gravedad.

—Sea, entonces. Que esa línea se desplace... y que con ella se desplace también el equilibrio del mundo.

—Así nacerá un nuevo orden —añadió el portugués, casi en un susurro.

—O quizá —concluyó el castellano—, una nueva forma de disputarlo.

Aquel acuerdo, que la historia recordaría como el Tratado de Tordesillas, no fue solo la resolución de una disputa inmediata, sino el esbozo duradero de una geografía política que se extendería durante siglos, dibujando imperios sobre territorios aún desconocidos.

El 26 de septiembre de 1493, apenas unos meses después de su regreso triunfal, Cristóbal Colón partía de nuevo hacia el oeste, esta vez al mando de una imponente flota de diecisiete naves (13 carabelas y 4 naos). Esta expedición, destinada a la colonización, transportaba a unos 1200-1500 hombres y diversos animales y suministros para establecer asentamientos estables en las Antillas. Ya no se trataba de una expedición exploratoria, sino de una empresa organizada con claros fines colonizadores. La Corona esperaba resultados concretos: asentamientos, rutas, riquezas... y, sobre todo, pruebas concluyentes de que aquellas tierras formaban parte de Asia o, al menos, podían ser integradas en su esfera de dominio.

La urgencia por obtener mapas y descripciones precisas respondía a una cuestión fundamental, la delimitación jurídica del mundo. Desde la firma del Tratado de Alcaçovas, Castilla y Portugal habían acordado una división de las áreas de expan-

sión atlántica. Según ese pacto, las rutas africanas y territorios al sur quedaban bajo influencia portuguesa, mientras Castilla conservaba las Islas Canarias. Sin embargo, los descubrimientos colombinos alteraban profundamente este equilibrio.

La interpretación castellana sostenía que las nuevas tierras se encontraban fuera de la zona portuguesa, lo que legitimaba su posesión. Portugal, por su parte, observaba con recelo el crecimiento del poder castellano. En este contexto, la intervención del papado resultaba decisiva, pues solo la autoridad pontificia podía arbitrar una solución aceptable para ambas coronas.

En Roma, la figura de Alejandro VI se convirtió en el eje de esta compleja negociación. Su relación con los Reyes Católicos, reforzada por la embajada de obediencia, facilitó una resolución favorable a los intereses castellanos.

—Decís, almirante —murmuró uno de los consejeros de la corte, con la mirada fija en los mapas aún incompletos—, que esta vez no partís en busca de lo desconocido, sino a tomar posesión de ello.

—No es ya empresa de tanteo —respondió Cristóbal Colón, con una mezcla de orgullo y gravedad—. Sus Altezas esperan ciudades donde ahora solo hay costas, iglesias donde aún no hay nombres, y riquezas que den fe de la promesa hecha.

—Y pruebas —añadió otro, más severo—. Pruebas de que no navegáis hacia una quimera. Castilla no puede sostener indefinidamente la duda.

Colón sostuvo su mirada.

—Asia está más cerca de lo que creemos. Y si no lo estuviera, lo parecerá lo suficiente como para que el mundo lo acepte.

En una estancia apartada, los emisarios debatían con tono contenido, aunque la tensión era evidente.

—El Tratado de Alcaçovas es claro —afirmó el representante portugués—. Toda expansión hacia el sur y más allá de ciertas aguas corresponde a Portugal.

—Mas no hablamos del sur —replicó el castellano—, sino de poniente. De tierras que no figuran en acuerdo alguno.

—Tierras que podrían ser las mismas, vistas desde otro ángulo —insistió el portugués—. ¿Quién puede trazar límites en un océano que aún no comprendemos?

El silencio que siguió fue denso, cargado de implicaciones.

En Roma, bajo las altas bóvedas que parecían contener el peso de la cristiandad, la discusión adquiría otro tono.

—Santidad —dijo el embajador de los Reyes Católicos inclinándose ante Alejandro VI—, Castilla no busca sino lo que es justo. Estas tierras han sido descubiertas bajo su patrocinio.

El pontífice entrelazó los dedos, pensativo.

—La justicia, hijo mío, rara vez es simple cuando se mezcla con ambición. Portugal también reclama su parte en el orden del mundo.

—Mas alguien debe ordenar ese mundo —insistió el embajador—. Y solo Vuestra Santidad posee autoridad para hacerlo.

Alejandro VI alzó la vista, como si contemplara un mapa invisible suspendido en el aire.

—Entonces trazaremos una línea —dijo finalmente—. No solo sobre el mar, sino sobre la historia misma. Y que Dios nos conceda que los hombres la respeten.

En aquel instante, más que una decisión diplomática, parecía gestarse un acto de creación, la partición simbólica de un mundo que, hasta entonces, apenas comenzaba a revelarse.

Poco después, en el primer consistorio celebrado en 1493 para la creación de cardenales, intervino de manera decisiva Isabel I de Castilla. La reina hizo llegar al Papa un ruego encarecido, que Bernardino López de Carvajal fuese elevado al cardenalato, en reconocimiento a sus méritos personales y a los servicios prestados tanto a la Iglesia como a la monarquía.

No era una petición menor, pero tampoco carecía de fundamento. Bernardino había demostrado sobradamente su valía

en el terreno diplomático, en la gestión eclesiástica y en la defensa de los intereses de la Corona.

El Papa accedió.

Bernardino recibió el capelo cardenalicio con el título de los Santos Marcelino y Pedro, aunque más tarde lo cambiaría por el de Santa Cruz de Jerusalén, con el que alcanzaría una notoriedad más amplia en el mundo cristiano. Aquel nombramiento no solo coronaba una trayectoria, sino que abría una nueva etapa en la que su influencia se vería multiplicada.

Su entrada en el Sacro Colegio no fue meramente formal. Bernardino supo ganarse la confianza de sus miembros, como lo demuestran las importantes misiones que le fueron confiadas, siempre con la doble anuencia del Papa y de los cardenales. Su figura se consolidaba como la de un hombre capaz de actuar con independencia, pero también con lealtad institucional.

En ese mismo año de 1493, el ascenso de Bernardino López de Carvajal marcó un punto de inflexión. Nombrado cardenal el 20 de septiembre, con el título de los santos Marcelino y Pedro, Carvajal se consolidó como una de las figuras clave de la diplomacia hispánica ante la Santa Sede. Su capacidad oratoria, su formación teológica y su habilidad política le permitieron desempeñar un papel determinante en las negociaciones. Bernardino no actuaba solo. Formaba parte de una red de procuradores y embajadores que representaban de manera permanente los intereses de Castilla en Roma. Sin embargo, fue él quien soportó el peso principal de las deliberaciones, especialmente en lo relativo a la cuestión atlántica.

El fruto más significativo de estas gestiones fue la promulgación de las llamadas bulas alejandrinas. Entre ellas destacó la *Inter caetera*, emitida en el pasado mes de mayo de 1493. Este documento otorgaba a los Reyes Católicos el dominio sobre las tierras descubiertas y por descubrir al oeste de una línea imaginaria trazada en el Atlántico. Más aún, establecía el

principio del patronato regio, por el cual la Corona asumía la responsabilidad de la evangelización en esos territorios.

La bula no solo tenía un carácter religioso, sino también profundamente político. Al legitimar la expansión castellana, excluía de facto a Portugal de las nuevas empresas americanas, al menos en su formulación inicial. Este hecho generó tensiones inmediatas entre ambas coronas, obligando a nuevas negociaciones.

La elevación al cardenalato no supuso un retiro a funciones ceremoniales. Muy al contrario, Bernardino continuó desempeñando tareas de alta responsabilidad en un contexto cada vez más tenso. En julio de 1494, ante la inminente invasión italiana por parte de Carlos VIII de Francia, el Papa le confió la delegación pontificia en Anagni. Desde allí, durante tres meses, el cardenal trabajó incansablemente para asegurar la fidelidad de las tierras de Campania y del Bajo Lacio, regiones cuya lealtad resultaba crucial para la estabilidad del poder pontificio.

Aquella misión no estaba exenta de dificultades. Las lealtades eran frágiles, y la presión militar francesa amenazaba con desmoronar el equilibrio político de la península itálica. Carvajal tuvo que recurrir tanto a la persuasión diplomática como a la autoridad que le confería su cargo para mantener el orden.

Mientras tanto, en Italia, la situación seguía siendo inestable. En octubre de 1494, Carvajal acompañó a Fernando II de Nápoles hasta Roma, en un momento en que las tropas de Carlos VIII de Francia amenazaban con alterar el equilibrio de poder en la península itálica. La diplomacia española se desplegaba así en múltiples frentes: atlántico e italiano, espiritual y militar.

Carvajal fue designado también para parlamentar con el monarca francés, en un intento de contener sus ambiciones. Tras la expulsión de los franceses de Nápoles, su misión se amplió, incluyendo una legación en Milán destinada a recibir

a Maximiliano I, quien acudía a Italia como miembro de la Liga. El objetivo era reforzar las alianzas contrarias a Francia y apoyar movimientos políticos locales, como los intentos de independencia frente a Florencia.

Sin embargo, en el momento en que se disponía a extender su misión hacia Francia, Carvajal fue llamado de nuevo a Roma por el Papa. Este hecho subraya hasta qué punto su figura era considerada indispensable en el complejo entramado de relaciones entre la Santa Sede y las potencias europeas.

—No hay reposo posible en Italia —dijo con amargura Fernando II mientras avanzaban hacia Roma—. Cada ciudad es una promesa... o una traición.

—Ni en Italia ni fuera de ella, majestad —respondió Bernardino López de Carvajal—. El mundo entero parece haberse convertido en tablero. Y cada movimiento en el Atlántico encuentra su eco aquí.

El rey esbozó una sonrisa fatigada.

—Entonces procuremos no perder en ambos frentes.

En una sala iluminada por antorchas, los informes llegaban con urgencia.

—Las tropas de Carlos VIII de Francia avanzan sin apenas resistencia —anunció un mensajero—. Su intención es clara: Nápoles será suyo si nadie lo impide.

Carvajal apoyó las manos sobre la mesa, pensativo.

—Francia no busca solo un reino —dijo—. Busca alterar el equilibrio de toda Italia.

—¿Y Castilla? —preguntó uno de los presentes—. ¿Qué busca Castilla en esta contienda?

—Lo mismo que siempre —respondió Carvajal con calma—: que ningún poder sea lo bastante fuerte como para dominar a los demás.

Días más tarde, en un encuentro tenso, el propio Carvajal se dirigía al monarca francés.

—Majestad —dijo inclinando levemente la cabeza ante Carlos VIII de Francia—, vuestra empresa es audaz, pero no carece de riesgos. Italia no es tierra que se someta sin consecuencias.

El rey francés lo observó con una mezcla de curiosidad y desdén.

—¿Habláis en nombre de Castilla... o del temor?

—Hablo en nombre del equilibrio —replicó Carvajal—. Un equilibrio que, si se rompe, arrastrará a todos.

—Entonces dejad que se rompa —respondió Carlos con frialdad—. A veces, solo del caos nace un orden más fuerte.

Carvajal no respondió de inmediato. Sabía que aquellas palabras no eran una amenaza, sino una declaración de principios.

Tras la expulsión de los franceses, el tono de las conversaciones cambió, aunque no la tensión subyacente.

—Maximiliano I de Habsburgo llegará pronto a Milán —informó un emisario—. Su presencia reforzará la posición de la Liga.

—Entonces debemos recibirle con la dignidad que corresponde —dijo Carvajal—. No como a un aliado circunstancial, sino como a un pilar del nuevo equilibrio.

—¿Y Florencia? —preguntó otro—. Los movimientos contra su dominio crecen.

Carvajal meditó unos instantes.

—Italia es un mosaico frágil. A veces, apoyar una fisura es la única forma de evitar que todo el conjunto se quiebre.

Cuando se preparaba para extender su misión hacia Francia, un mensajero llegó con premura.

—Eminencia, traigo orden directa de Alejandro VI. Debéis regresar a Roma de inmediato.

Carvajal tomó el documento, leyó en silencio y alzó la vista.

—Parece que mi viaje termina antes de comenzar.

—¿Tan urgente es el llamamiento? —preguntó su acompañante.

Carvajal asintió lentamente.

—En Roma, cada decisión pesa más que en cualquier campo de batalla. Y, al parecer, consideran que debo estar allí para tomarla.

Guardó el mensaje con gesto grave.

—Eso solo puede significar una cosa.

—¿Cuál, eminencia?

Carvajal miró hacia el horizonte, como si pudiera ver más allá de las fronteras visibles.

—Que el verdadero conflicto... aún no ha comenzado.

En conjunto, estos acontecimientos revelan una transformación profunda del orden internacional. La expansión atlántica, legitimada por las bulas papales, se integraba en una política global en la que la monarquía hispánica aspiraba a desempeñar un papel hegemónico. La diplomacia, la religión y la exploración se fundían en un mismo proyecto.

Así, la figura de Bernardino López de Carvajal emerge como un auténtico arquitecto de este nuevo orden. Su labor no se limitó a la negociación puntual de documentos, sino que contribuyó a definir los principios sobre los que se construiría la expansión europea en los siglos siguientes.

En este cruce de caminos entre el viejo mundo medieval y la modernidad emergente, Roma y el Atlántico dejaron de ser escenarios separados. Se convirtieron en espacios interdependientes, unidos por la voluntad de unos monarcas y la habilidad de unos diplomáticos que supieron comprender la magnitud del momento histórico que estaban viviendo.

El ascenso de Bernardino López de Carvajal en la escena europea de finales del siglo XV no fue fruto del azar, sino de una combinación singular de talento, oportunidad histórica y la decidida voluntad de los Reyes Católicos de situar a hombres

de su confianza en los centros neurálgicos del poder. Su figura, inicialmente discreta, fue adquiriendo progresivamente una dimensión internacional que lo convirtió en pieza clave tanto en Roma como en el tablero político italiano y germánico.

Antes incluso de alcanzar el capelo cardenalicio, Carvajal había sido enviado en misiones diplomáticas de notable importancia. Su presencia en la corte imperial alemana, así como en el Reino de Nápoles, revela la amplitud de su radio de acción. No se trataba únicamente de un eclesiástico, sino de un auténtico agente político, capaz de mediar entre intereses diversos en un contexto marcado por la inestabilidad. Su nombramiento como gobernador de la Campagna —región estratégica en torno a Roma— consolidó aún más su prestigio, al confiarle la Santa Sede la administración de un territorio particularmente sensible.

En paralelo, las tensiones diplomáticas se extendían a otros actores. El 6 de diciembre de 1494, el cardenal Joan Llopis reprochó a Giovanni de' Medici el retraso de una entrevista largamente solicitada por el Papa. Este episodio ilustra la complejidad de las relaciones entre las distintas facciones italianas, en las que el tiempo y la oportunidad podían resultar decisivos.

En este entramado de negociaciones, Carvajal actuó también en coordinación con representantes castellanos como Garcilaso de la Vega. Juntos trabajaron en la reconciliación con el duque de Milán, figura clave en el equilibrio político del norte de Italia. Sin embargo, la llegada de las tropas francesas alteró profundamente la situación, obligando a replantear estrategias y alianzas.

La presencia de Carvajal en estos acontecimientos no fue meramente testimonial. Su capacidad para adaptarse a circunstancias cambiantes y su fidelidad a los intereses de la Corona lo convirtieron en un intermediario indispensable

entre Roma y las potencias europeas. Su figura encarna, en muchos sentidos, el tránsito hacia una diplomacia moderna, en la que la continuidad de las misiones y la especialización de los agentes resultaban esenciales.

Así, mientras el Atlántico abría nuevas rutas y territorios bajo el amparo de las bulas pontificias, en Italia se libraba una batalla silenciosa por el control político y espiritual de Europa. En ambos escenarios, la mano de Carvajal —discreta pero firme— contribuyó a definir el rumbo de una época en la que la fe, el poder y la expansión se entrelazaban de manera inseparable.

La muerte de Pedro González de Mendoza, acaecida el 11 de enero de 1495, no solo supuso la desaparición de una de las figuras más influyentes de la Iglesia castellana, sino que abrió un delicado escenario de reajuste en el entramado eclesiástico del reino. Con su fallecimiento quedaba vacante, entre otras dignidades, una parte sustancial de la sede de Sigüenza, cuyo control no era en absoluto una cuestión menor. En la Castilla de finales del siglo XV, las sedes episcopales constituían no solo centros de autoridad espiritual, sino también nodos de poder político, económico y social.

En este contexto, Fernando II de Aragón actuó con la cautela y previsión que caracterizaban su gobierno. Lejos de limitarse a cubrir una vacante concreta, el monarca abordó la situación con una visión estratégica más amplia. La práctica de preparar ternas para las vacantes —tanto las efectivas como aquellas previsibles por las denominadas “corridas de escala”— permitía anticipar movimientos dentro de la jerarquía eclesiástica, asegurando que cada promoción o traslado respondiera a los intereses de la Corona. No se trataba, por tanto, de decisiones aisladas, sino de una auténtica ingeniería institucional, cuidadosamente diseñada para consolidar la influencia regia en la Iglesia.

—Cada vacío —habría podido decir el rey en la intimidad de su consejo— no es una pérdida, sino una oportunidad de ordenar mejor el conjunto.

Y así fue. Las propuestas elaboradas por Fernando hallaron eco favorable en Roma, donde la intervención pontificia resultaba indispensable para dar validez canónica a los nombramientos. La sintonía entre la monarquía hispánica y la Santa Sede permitió que las designaciones se resolvieran conforme a los deseos del soberano, consolidando un modelo de colaboración que definió buena parte de la política eclesiástica de la época.

Entre los beneficiarios de este proceso se encontraba Bernardino López de Carvajal, cuya trayectoria ascendente dentro de la jerarquía eclesiástica se veía así reforzada. Su propia voz nos ha llegado a través de una carta dirigida a Almazán, secretario de los monarcas, en la que se refleja tanto la satisfacción personal como la conciencia de formar parte de una red de fidelidades y servicios. El tono de la misiva, a medio camino entre la cortesía formal y la cercanía personal, permite vislumbrar la naturaleza de estas relaciones:

“Muy virtuoso amigo: La presente es para vos fazer saber como oy nuestro Señor el Papa, a suplicación del Rey y de la Reyna, nuestros Señores, nos proveyó de la Iglesia de Sigüenza. Por lo qual vos se la s beseys por nos. De las otras iglesias de Toledo, Cartagena y Badajoz, también se proveyeron a los que quisieron. Bien podeys ser cierto que non menos parte teneys en Sigüenza en Cartagena, pues la persona es una; y assi holgaremos que siempre nos escrivays lo que vos tocare. Las nuevas de acá escrivimos a Sus Magestades, a que nos remitimos. Guarde nuestro Señor vuestra virtuosa persona. En Roma 20 de febrero de 1495- Vester- B. Cardinalis S. Crucis en Hierusalen.- Al virtuoso nuestro amado amigo Almazán, Secretario del Rey y de la Reyna, mis Señores”.

Estas palabras no son meramente informativas. En ellas se condensa el reconocimiento explícito del papel desempeñado por los Reyes Católicos en la obtención de la dignidad, así como la aceptación de un sistema en el que el mérito personal se entrelazaba con el favor regio. La expresión “a suplicación del Rey y de la Reina” revela con claridad el mecanismo de mediación política que sustentaba las decisiones eclesiásticas.

—Nada se concede sin petición —podría interpretarse entre líneas—, y ninguna petición prospera sin respaldo.

La carta continúa con una referencia significativa a otras sedes:

“De las otras iglesias de Toledo, Cartagena y Badajoz, también se proveyeron a los que quisieron...”.

Este fragmento pone de manifiesto que el caso de Sigüenza no era aislado, sino parte de un proceso más amplio de redistribución de cargos. La mención de estas diócesis sugiere una coordinación general en la provisión de beneficios eclesiásticos, donde cada nombramiento respondía a un cálculo preciso. La Iglesia, en este sentido, se presentaba como un espacio de articulación política tanto como religiosa.

Especialmente reveladora resulta la afirmación: “Bien podeys ser cierto que non menos parte teneys en Sigüenza en Cartagena, pues la persona es una...”.

Aquí se percibe la lógica de la fidelidad compartida. Carvajal reconoce en Almazán no solo a un intermediario administrativo, sino a un colaborador cuya influencia se extiende simbólicamente a las dignidades obtenidas. La frase sugiere una comunidad de intereses y esfuerzos, donde el éxito individual es también colectivo.

—Quien sirve a la Corona —parece insinuar Carvajal— participa de los frutos de ese servicio, aunque no los ostente directamente.

El cierre de la carta mantiene el tono habitual de la correspondencia de la época, combinando deferencia y afecto: “Guarda nuestro Señor vuestra virtuosa persona. En Roma 20 de febrero de 1495...”.

La datación en Roma no es un detalle menor. Subraya el escenario en el que se desarrollaban estas decisiones: la corte pontificia, verdadero centro neurálgico de la cristiandad occidental. Desde allí, y gracias a figuras como Carvajal, la monarquía hispánica lograba proyectar su influencia más allá de sus fronteras, integrando la política eclesiástica en su estrategia global.

En definitiva, la provisión de la sede de Sigüenza tras la muerte del cardenal Mendoza ilustra con claridad la complejidad de las relaciones entre Iglesia y monarquía a finales del siglo XV. No se trataba simplemente de cubrir una vacante, sino de reconfigurar un sistema de poder en el que cada nombramiento tenía implicaciones que trascendían lo local. En ese entramado, la figura de Carvajal emerge como un nodo esencial, capaz de articular voluntades y traducir en decisiones concretas los intereses de una monarquía en plena expansión.

Y así, entre cartas, consistorios y estrategias silenciosas, se iba dibujando un orden en el que la fe, la política y la ambición no eran esferas separadas, sino dimensiones de una misma realidad histórica.

Un mes más tarde, el 25 marzo, fiesta de la Anunciación, tomaba posesión de la silla episcopal de Sigüenza. Entre 1495 y los primeros años del siglo XVI, el gobierno episcopal de Bernardino López de Carvajal en la sede de Sigüenza se caracterizó por una intervención sistemática sobre el espacio urbano y catedralicio, que puede interpretarse desde una doble perspectiva: como expresión de autoridad episcopal y como manifestación de un programa de ordenación territorial acorde con las transformaciones políticas y eclesiásticas del momento.

Desde un punto de vista urbanístico, uno de los elementos más significativos fue la construcción de una nueva línea de muralla, de mayores dimensiones y mejor adaptada a las necesidades defensivas y demográficas de la ciudad. Este nuevo recinto, que se extendía desde la actual puerta de Medina hasta el cubo situado en la calle Valencia, no solo respondía a criterios militares, sino que permitía integrar espacios previamente periféricos dentro del entramado urbano. Como consecuencia directa de esta ampliación, se documenta la apertura y configuración de nuevas vías —las actuales calles Cardenal Mendoza, Román Pascual, Yedra y Medina—, cuya trazado evidencia un proceso de planificación más regularizado, en contraste con la morfología medieval precedente.

Este fenómeno de expansión urbana debe entenderse en relación con una política episcopal orientada a reforzar el carácter representativo de la ciudad. En este sentido, la intervención en el entorno inmediato de la Catedral de Sigüenza resulta especialmente relevante. La eliminación del muro que cerraba la fachada occidental (poniente) supuso una operación de apertura espacial que incrementó tanto la accesibilidad como la percepción monumental del edificio. Esta actuación puede interpretarse como parte de una tendencia más amplia, propia del tránsito del gótico tardío a formas más abiertas, en la que la relación entre templo y ciudad adquiere un nuevo protagonismo.

En el ámbito estrictamente arquitectónico, destaca la construcción de la denominada puerta de San Valero, acceso al claustro, ejecutada en estilo ojival. La autoría de esta obra se atribuye a Domingo Hergueta, cuya intervención se inscribe dentro de la tradición gótica castellana de finales del siglo XV. El programa iconográfico de la portada, con la presencia del escudo del cabildo a la izquierda y el del propio Carvajal a la derecha, refleja una clara intencionalidad representativa: la

afirmación simultánea del poder institucional y de la autoridad personal del prelado.

Paralelamente, durante este periodo se documenta la actividad de diversos maestros de obra en la catedral, entre los que destacan Francisco de Baeza y Juan de las Pozas. Bajo su dirección, y con el patrocinio directo de Carvajal, se llevaron a cabo intervenciones significativas, particularmente en la portada de la capilla de la Concepción y en distintas dependencias claustrales. Estas obras presentan elementos característicos del gótico tardío, aunque incorporan soluciones constructivas que anticipan ciertas transformaciones formales del siglo XVI.

Especial atención merece la construcción del antiguo sagrario o sacristía mayor, obra atribuida a Miguel de Aleas y Fernando de las Quejigas. Ejecutada bajo la supervisión de Carvajal, esta dependencia responde a una tipología funcional compleja, en la que se combinan exigencias litúrgicas, almacenamiento de ornamentos y representación simbólica del espacio sagrado. Su realización evidencia la capacidad del cabildo, apoyado por su obispo, para movilizar recursos técnicos y económicos de considerable entidad.

No menos relevante fue la promoción del nuevo claustro, cuya galería, con dimensiones cercanas a los cuarenta metros, constituye una de las intervenciones más ambiciosas del periodo. La financiación de esta obra se debió en gran medida a la aportación personal de Carvajal, lo que refuerza la interpretación de su episcopado como un momento de mecenazgo activo. Las obras, iniciadas en 1505, contaron con la participación de maestros como Alonso de Vozmediano, junto a los canteros Juan de la Gureña y el ya mencionado Juan de las Pozas. El resultado fue un espacio de gran amplitud y coherencia formal, destinado tanto a la circulación como a la vida comunitaria del cabildo.

Finalmente, debe señalarse que la acción de Carvajal no se limitó al recinto catedralicio, sino que se extendió al conjunto urbano. El ensanche de la ciudad en la zona donde posteriormente se levantaría el Seminario de San Bartolomé constituye un ejemplo adicional de su política de expansión. Esta intervención responde a una lógica de crecimiento planificado, en la que la ciudad se adapta a nuevas funciones administrativas, religiosas y residenciales.

En conjunto, las actuaciones promovidas por Bernardino López de Carvajal en Sigüenza pueden ser interpretadas como parte de un programa coherente de transformación urbana y arquitectónica. Dicho programa no solo reforzó la centralidad de la catedral como núcleo simbólico, sino que contribuyó a redefinir la fisonomía de la ciudad, integrando criterios defensivos, funcionales y representativos en una síntesis característica del contexto histórico de finales del siglo XV y comienzos del XVI.

Volviendo al año 1495, apenas unas semanas después, el horizonte político europeo volvió a oscurecerse. El 31 de marzo de 1495 se sellaba una alianza que, bajo la apariencia de defensa de la cristiandad, ocultaba una decidida voluntad de contención frente a la expansión francesa: la Liga de Venecia. En ella convergían intereses diversos pero coincidentes en su objetivo inmediato: la República de Venecia, los Reyes Católicos —Fernando II de Aragón y Isabel I de Castilla—, el emperador Maximiliano I de Habsburgo, el duque de Milán Ludovico Sforza y el pontífice Alejandro VI.

—No es solo una liga —comentaba en voz baja un observador en Roma—. Es un cerco.

La reacción de Carlos VIII de Francia no se hizo esperar. La noticia cayó sobre él como una afrenta personal y una amenaza directa a sus ambiciones italianas.

—¿Una alianza a mis espaldas? —exclamó, según relatan las crónicas—. ¿Y bajo el amparo del Papa?

Su disgusto pronto se tornó en cólera. Las amenazas contra la seguridad misma del pontífice comenzaron a circular, alimentadas por el temor y la incertidumbre.

—Si Roma se vuelve contra mí —habría dicho el monarca francés—, Roma conocerá las consecuencias.

En medio de esta tensión creciente, Bernardino López de Carvajal comprendió que el peligro no residía únicamente en los ejércitos, sino en la rapidez con la que podían precipitarse los acontecimientos.

—No conviene avivar el fuego —advirtió a quienes le rodeaban—. A veces, la prudencia exige retrasar la palabra.

Y así, intervino para que se demorase el envío de comunicaciones que pudieran exacerbar aún más el ánimo del rey francés. Su estrategia no era la confrontación, sino la contención.

El 6 de mayo, tomó la pluma y escribió a Alejandro VI con un tono cuidadosamente medido:

—Santidad —podría resumirse su mensaje—, aún es posible sostener la paz si se actúa con cautela. La presencia del rey en Roma no ha de traducirse necesariamente en conflicto.

La respuesta del pontífice, sin embargo, dejaba entrever su inquietud.

—No puedo probar mi seguridad en Roma —vino a decir—. Quizá sea prudente elegir otro lugar para el encuentro.

Roma, centro de la cristiandad, se percibía de pronto como un espacio vulnerable.

Ante la inminente llegada de Carlos VIII de Francia a territorios pontificios, el Papa optó por una solución intermedia: enviar legados que acompañaran al monarca en su tránsito, en un intento de vigilar y, al mismo tiempo, apaciguar.

—No iremos como adversarios —indicó el pontífice—, sino como custodios de un equilibrio frágil.

Los elegidos para tan delicada misión fueron Bernardino López de Carvajal y Francesco Pallavicini.

—Una tarea peligrosa —observó un prelado—. Estar cerca del rey francés en este momento es caminar sobre un filo.

Carvajal aceptó sin vacilar.

—Es precisamente en esos momentos cuando más necesario es estar presente.

El encuentro con el monarca francés estuvo cargado de tensión contenida. No hubo grandes gestos ni acuerdos espectaculares, pero sí algo más sutil y, a la larga, más decisivo.

—Roma no busca vuestra ruina —explicó Carvajal con calma—, sino evitar un desorden que dañaría a todos.

Carlos VIII lo observó con desconfianza, pero también con una cierta curiosidad.

—¿Y vos? —preguntó—. ¿A quién servís en realidad?

Carvajal no rehusó la cuestión.

—Sirvo a un equilibrio que permite a cada poder existir sin destruir al otro.

No hubo tratados firmados que inmortalizaran aquel momento, ni proclamaciones solemnes que celebraran un éxito visible. Sin embargo, el resultado fue tangible en su ausencia de desastre.

Porque, como bien intuía Carvajal, evitar un conflicto podía ser más decisivo que resolverlo.

—Las mayores victorias —diría más tarde uno de sus contemporáneos— no siempre dejan huella en los documentos.

Y en efecto, en aquella coyuntura crítica, la intervención de Bernardino López de Carvajal resultó esencial, tanto en lo que hizo como en lo que logró impedir. Su habilidad para templar ánimos, retrasar decisiones precipitadas y mantener abiertas las vías de diálogo contribuyó a desactivar peligros que, de otro modo, habrían tenido consecuencias incalculables.

Así, en el complejo tablero de la Italia de finales del siglo XV, donde las alianzas se tejían y destejían con rapidez vertiginosa, su figura emergió no tanto como la de un negociador de acuerdos, sino como la de un guardián del equilibrio. Porque, en ocasiones, la historia no se escribe en los pactos que se firman, sino en las crisis que logran no estallar.

El 2 de febrero de 1495 había marcado un momento decisivo en la trayectoria de Bernardino López de Carvajal. En esa fecha, Alejandro VI le confirió el título de presbítero de la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, dignidad cardenalicia con la que sería conocido durante más de una década, hasta 1507. Este nombramiento no fue un simple honor, sino la consolidación de un vínculo profundo entre el cardenal y uno de los espacios más cargados de simbolismo de la cristiandad.

Convertido en titular de la basílica, Carvajal asumió una labor que trascendía la administración eclesiástica, emprendió un ambicioso programa de renovación artística y arquitectónica que reflejaba tanto su sensibilidad personal como los intereses políticos de la monarquía hispánica. Bajo su dirección, el templo se transformó en un escenario donde convergían devoción, arte y propaganda.

La decoración del ábside —la preside— fue confiada a artistas de prestigio como Antoniazio Romano y Marco Palmezzano (identificado en el texto como “Palmeano”). Ambos desarrollaron un ciclo de frescos centrado en el hallazgo de la Vera Cruz, tema profundamente ligado a la tradición de Helena de Constantinopla. En estos frescos, la historia sagrada se convertía en imagen, y la imagen en instrumento de enseñanza y exaltación.

El programa iconográfico no se limitaba a los muros principales. En los arcos de la basílica, medallones con la imagen de Cristo en actitud escatológica —regresando al final de los tiempos— establecían un vínculo entre la Pasión, evocada por

las reliquias, y la esperanza de la redención final. Era un discurso visual coherente, pensado para impresionar tanto al fiel sencillo como al observador culto.

Uno de los espacios más intervenidos fue la capilla de Santa Elena. Carvajal promovió su renovación integral, dejando constancia de ello mediante una inscripción en la entrada. Pero más elocuente aún resulta el pequeño mosaico en una de las pechinas: en él, el propio cardenal aparece arrodillado junto a la santa, que sostiene la cruz con la mano izquierda mientras posa la derecha sobre la cabeza del clérigo. La escena, cargada de simbolismo, representa la legitimación espiritual del cardenal, casi como si su autoridad derivara directamente de la tradición sagrada encarnada por Helena.

El acceso subterráneo a la capilla fue también objeto de especial atención. En la pequeña escalera que conduce a ese espacio, se dispuso un conjunto decorativo en mosaico de vivos tonos azules, atribuido a artistas como Baldassarre Peruzzi y Melozzo da Forlì. Estos nombres no son casuales, representan la vanguardia artística del Renacimiento italiano, y su presencia en la basílica evidencia la ambición del proyecto de Carvajal.

Las inscripciones que acompañaban estas decoraciones añadían una dimensión política explícita. En ellas se exaltaba la gloria de los Reyes Católicos y, de manera significativa, también la de Carlos V. Este detalle revela la continuidad del programa más allá del reinado de Fernando e Isabel, integrando la figura del futuro emperador en la narrativa visual del templo.

Durante toda su vida, Carvajal mantuvo un compromiso constante con la basílica. Sus intervenciones no fueron aisladas, sino parte de un plan coherente destinado a convertir aquel espacio en un símbolo del poder espiritual y político de la monarquía hispánica en Roma. La elección de artistas, la temática de las obras y la inclusión de referencias dinásticas respondían a una estrategia cuidadosamente diseñada.

El año 1495 supuso una nueva inflexión en la trayectoria de Bernardino López de Carvajal, cuya carrera avanzaba en paralelo al ascenso internacional de la monarquía hispánica. El fallecimiento de Pedro González de Mendoza dejó vacante una de las sedes episcopales más influyentes de Castilla, y Carvajal fue designado para ocupar el obispado de Sigüenza. Este nombramiento consolidaba su posición no solo en la curia romana, sino también en la estructura eclesiástica peninsular.

En esos mismos años, ostentando ya el título cardenalicio de los Santos Marcelino y Pedro, y desde el 2 de febrero de 1495 el de la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, Carvajal desempeñó un papel clave en una de las decisiones simbólicamente más importantes del pontificado de Alejandro VI, la concesión del título de “Reyes Católicos” a Fernando II de Aragón y Isabel I de Castilla.

Este reconocimiento, formalizado el 19 de diciembre de 1496 mediante la bula *Si convenit*, no fue un simple gesto honorífico. Representaba la culminación de una política de afirmación religiosa y política que vinculaba estrechamente a la Corona con la defensa y expansión de la fe. Carvajal participó activamente en las negociaciones previas, contribuyendo a articular un discurso que presentaba a los monarcas como campeones de la cristiandad tras la conquista de Granada y las empresas atlánticas.

Mientras tanto, el escenario italiano continuaba marcado por la inestabilidad. Tras la expulsión de las tropas de Carlos VIII de Francia del Reino de Nápoles, el Papa confió nuevamente en Carvajal para una misión de alta complejidad, encabezar una legación destinada a recibir en Milán a Maximiliano I. Este último había llegado a Italia como miembro de la Liga, con el propósito de intervenir en los conflictos locales, entre ellos el intento de los pisanos de liberarse del dominio de Florencia.

En 1496, Carvajal actuó como legado papal ante Maximiliano, en un momento en que el equilibrio europeo dependía de la coordinación entre el Imperio, el Papado y las potencias italianas. Su misión no se limitaba a la recepción protocolaria, debía negociar, persuadir y, en última instancia, orientar la acción militar dentro de los intereses de la Santa Sede y sus aliados.

No menos delicada fue la tarea que se le encomendó respecto a Carlos VIII. Carvajal fue el encargado de transmitirle la advertencia pontificia, si persistía en su intervención militar en Italia, se expondría a la excomunión. Este gesto revela el uso de la autoridad espiritual como instrumento político, y la confianza depositada en el cardenal para comunicar un mensaje de tal gravedad.

El 29 de julio de 1496, Carvajal partió de Roma al frente de un séquito de cincuenta oficiales, reflejo de la importancia de su misión. Ante Maximiliano, presentó un proyecto militar destinado a reforzar la Liga, intentando coordinar esfuerzos frente a las amenazas comunes. Posteriormente se trasladó a Génova, donde trató de retener al emperador y asegurar su implicación en la estrategia acordada.

Sin embargo, cuando se disponía a prolongar su legación hacia Francia, fue llamado de nuevo a Roma. Este constante ir y venir entre cortes y territorios pone de relieve la intensidad de su actividad diplomática y la centralidad de su figura en la política pontificia.

En marzo de 1497, ya de regreso en la Ciudad Eterna, coincidió con la presencia de Gonzalo Fernández de Córdoba, figura clave de la intervención militar española en Italia. Este se alojaba en el palacio de los Millini, en un momento en que Carvajal continuaba impulsando sus proyectos artísticos y arquitectónicos.

Entre ellos destacaban las obras en la iglesia de Santiago de los Españoles, iniciadas bajo su patrocinio y en las que parti-

cipaba nada menos que Donato Bramante. Este detalle no es menor: revela cómo la acción de Carvajal se extendía también al ámbito cultural, integrando a los grandes maestros del Renacimiento en un programa que combinaba representación nacional, devoción religiosa y prestigio artístico.

Así, la figura del cardenal se sitúa en la confluencia de múltiples dimensiones, obispo en Castilla, príncipe de la Iglesia en Roma, diplomático en las cortes europeas y mecenas de las artes. Su actividad entre 1495 y 1497 ilustra con claridad cómo la política, la religión y la cultura formaban un entramado inseparable en los albores de la modernidad.

En ese contexto, Bernardino López de Carvajal no fue un simple actor secundario, sino uno de los arquitectos de un nuevo orden en el que España, bajo el signo de la fe y el poder, comenzaba a ocupar un lugar central en la historia de Europa.

Hubo en la vida de Bernardino López de Carvajal un momento menos visible que sus misiones diplomáticas o sus empresas artísticas, pero no por ello menos revelador de su personalidad, el de su participación activa en los círculos intelectuales del Renacimiento romano. En una Roma donde la política y la erudición convivían estrechamente, Carvajal se convirtió en anfitrión de tertulias filosóficas que reunían a algunos de los humanistas más destacados de su tiempo.

En estas reuniones, celebradas en un ambiente de refinamiento y debate, concurrían figuras como Pomponio Leto, fundador de la célebre Academia Romana; Pietro Marso, conocido por su erudición clásica; y Paolo Cortesi, autor de influyentes tratados sobre la vida cortesana y la cultura humanista. La presencia de estos nombres sitúa a Carvajal en el corazón del humanismo italiano, en un espacio donde se discutían textos antiguos, se reinterpretaba la tradición clásica y se exploraban nuevas formas de conocimiento.

Para sus contemporáneos, Carvajal no era solo un diplomático eficaz, sino también un hombre de letras. Su reputación se construyó sobre una combinación poco común de virtudes: elocuencia, saber teológico, rigor intelectual y una notable modestia en sus costumbres. Esta imagen de sabio sobrio y disciplinado reforzaba su autoridad moral en un entorno donde la ostentación era frecuente.

Pero quizás uno de los aspectos más fascinantes de su perfil intelectual fue su contacto con corrientes de pensamiento menos convencionales. En particular, su aproximación al mundo de la cábala cristiana y al orientalismo renacentista lo conecta con uno de los fenómenos culturales más complejos de la época, la búsqueda de una sabiduría universal que integrara tradiciones diversas.

En este contexto, Carvajal entró en relación con el entorno de Annio de Viterbo, figura controvertida pero influyente, que promovía una reinterpretación de la historia antigua a partir de supuestas fuentes orientales. Su obra, las *Antiquitates*, pretendía reconstruir los orígenes de las civilizaciones mediante una síntesis de tradiciones bíblicas, clásicas y orientales.

El interés por estas corrientes no debe interpretarse como una desviación marginal, sino como parte de una tendencia más amplia del Renacimiento, la aspiración a recuperar un saber primordial que unificara religión, filosofía e historia. En este sentido, la cercanía de Carvajal a estos círculos revela su apertura intelectual y su disposición a explorar los límites del conocimiento aceptado.

Las tertulias que organizaba o frecuentaba no eran simples reuniones sociales, sino auténticos laboratorios de ideas. En ellas se debatía sobre la naturaleza del poder, la interpretación de las Escrituras, la relación entre el mundo clásico y el cristiano, e incluso sobre lenguas y tradiciones del Oriente. Roma se

convertía así en un crisol donde convergían influencias diversas, y Carvajal actuaba como mediador entre ellas.

Este aspecto de su vida completa la imagen de un personaje profundamente renacentista. No solo participaba en la construcción del poder político y religioso, sino también en la elaboración de los marcos intelectuales que lo sustentaban. Su interés por la teología, la filosofía y las corrientes esotéricas lo sitúa en la misma línea que otros grandes eclesiásticos-humanistas de su tiempo.

En definitiva, las tertulias filosóficas de Bernardino López de Carvajal representan un microcosmos del Renacimiento romano: un espacio donde la tradición y la innovación dialogaban, donde la fe y la razón se entrelazaban, y donde figuras como él contribuían a dar forma a una nueva visión del mundo.

La noticia de la muerte del príncipe don Juan, acaecida el 4 de octubre de 1497, se extendió por los reinos de Castilla y Aragón como un susurro grave que pronto se tornó clamor. No fue solo la desaparición de un heredero lo que estremeció a la corte, sino la súbita interrupción de una promesa cuidadosamente labrada por los Reyes Católicos, la continuidad de una monarquía que aspiraba a la estabilidad y al orden tras décadas de conflictos.

En los corredores del alcázar, las voces se apagaban al paso de los mensajeros. Las damas vestían luto antes incluso de recibir confirmación oficial. El eco de los rezos comenzaba a poblar capillas y monasterios. En medio de aquella atmósfera de recogimiento y desconcierto, surgieron plumas dispuestas a transformar el dolor en palabra, el vacío en memoria escrita.

—¿Habéis oído ya la noticia completa? —preguntó César Borgia, apoyado en una mesa cargada de manuscritos.

—La he oído, sí —respondió el cardenal Bernardino López, con la mirada fija en una ventana que dejaba pasar la luz mortecina de la tarde—. Pero aún no la he comprendido.

—Nadie la comprende del todo —replicó Borgia—. Un príncipe joven, sano en apariencia, llamado a regir estos reinos... y de pronto, la muerte.

Bernardino guardó silencio. Su mente, entrenada en la retórica y la teología, buscaba ordenar el caos del acontecimiento.

—No es solo una pérdida política —dijo al fin—. Es una herida espiritual. Y como tal, exige consuelo.

Fue en ese contexto donde Bernardino López concibió su obra *Consolatoria in obita Iohannis principis Hispaniae*, fechada el 1 de diciembre de 1497. No se trataba únicamente de un ejercicio literario, sino de una intervención intelectual y moral destinada a los propios monarcas, quienes debían sostener el peso del reino aun en medio del duelo.

—¿Escribiréis en latín? —preguntó Borgia, con cierto interés.

—Sí —respondió Bernardino—. El latín da a las palabras una gravedad que el momento requiere. Pero no olvidaré el castellano; es la lengua del pueblo, y el dolor también le pertenece.

—Entonces vuestra obra tendrá doble vida —sonrió Borgia—. Una para los doctos, otra para los fieles.

—Así debe ser —afirmó el cardenal—. La muerte del príncipe no es asunto de unos pocos. Es una tragedia común.

El príncipe Juan, nacido en Sevilla, había sido desde su infancia objeto de cuidados, esperanzas y estrategias políticas. Su educación fue esmerada, su salud vigilada, su matrimonio cuidadosamente concertado. A sus diecinueve años, representaba la culminación de un proyecto dinástico.

Y, sin embargo, todo ello se desvaneció en cuestión de días.

—Decidme, Eminencia —intervino Borgia tras un breve silencio—, ¿cómo se consuela a unos reyes que han perdido a su hijo?

Bernardino respiró hondo antes de responder.

—No se les consuela negando el dolor —dijo—. Se les consuela dándole sentido. Recordándoles que la vida humana está sujeta a designios que escapan a nuestra voluntad.

—¿Y creéis que eso basta?

—No basta —admitió el cardenal—. Pero es el comienzo.

La *Consolatoria* se estructuró como una epístola dirigida a los Reyes Católicos. En ella, Bernardino desplegó recursos de la tradición clásica y cristiana: referencias a la fugacidad de la vida, a la virtud del príncipe fallecido, a la esperanza en la vida eterna. No era un texto frío ni distante; por el contrario, estaba atravesado por una sensibilidad que buscaba equilibrar la erudición con la empatía.

—He incluido ejemplos de la antigüedad —explicó Bernardino en otra conversación—. Padres que perdieron hijos, reyes que enfrentaron la muerte con dignidad.

—¿Y creéis que sus Majestades hallarán consuelo en esos paralelos? —preguntó Borgia.

—No lo sé —respondió el cardenal—. Pero al menos sabrán que no están solos en su dolor. Que la historia está llena de pérdidas semejantes.

La traducción al castellano de este texto fue encargada a García de Bovadilla, familiar y secretario del cardenal. Su tarea no era sencilla: debía trasladar no solo el contenido, sino también el tono, la cadencia, la intención del original latino.

—Maestro —dijo Bovadilla en una ocasión—, hay pasajes en los que el latín parece contener más de lo que el castellano puede expresar.

—Entonces no traduzcáis palabra por palabra —respondió Bernardino—. Traducid el espíritu.

—¿Y si el espíritu se pierde?

—No se perderá si comprendéis el dolor que lo inspira.

Bovadilla trabajó con diligencia. Sabía que su versión sería leída por quienes no dominaban el latín, pero que igualmente necesitaban participar del proceso de duelo colectivo. Su traducción permitió que la *Consolatoria* trascendiera los círculos académicos y se integrara en la cultura literaria del momento.

Mientras tanto, en la corte, el luto continuaba. Las ceremonias fúnebres se sucedían, los cronistas registraban los acontecimientos, y los poetas componían elegías en honor del príncipe. La muerte se convertía, así, en materia estética y reflexión moral.

—Es curioso —comentó Borgia en uno de sus encuentros finales con Bernardino—. Cuanto más escribimos sobre la muerte, más intentamos domesticarla.

—O quizá —replicó el cardenal—, más reconocemos que no podemos hacerlo.

—Entonces, ¿para qué escribir?

Bernardino lo miró con serenidad.

—Para no olvidar. Para dar forma a lo que de otro modo sería solo silencio.

El eco de la muerte del príncipe Juan perduró durante años. No solo por sus consecuencias políticas —que reconfiguraron la sucesión y el destino de los reinos—, sino también por el conjunto de textos que generó. Entre ellos, la *Consolatoria* de Bernardino López ocupa un lugar destacado: no como un simple documento, sino como un testimonio de cómo la palabra puede enfrentarse al vacío.

En sus últimas líneas, el cardenal no ofrece certezas absolutas. No promete la desaparición del dolor ni la recuperación de lo perdido. Pero sí propone una forma de resistencia: la memoria, la fe, la comunidad.

—Quizá eso sea todo lo que tenemos —dijo Borgia en tono reflexivo.

—Y no es poco —respondió Bernardino.

El manuscrito fue finalmente entregado. Los Reyes Católicos lo recibieron en un momento en que el duelo aún era reciente. No sabemos con exactitud qué sintieron al leerlo, pero es razonable pensar que encontraron en sus páginas no una solución, sino una compañía.

Porque, al fin y al cabo, la literatura —especialmente en su dimensión elegíaca— no elimina el sufrimiento. Lo acompaña. Lo nombra. Lo hace visible.

Y en ese acto, aunque sea de manera tenue, lo transforma.

Así, la muerte del joven príncipe no quedó reducida a una fecha en los anales, sino que se convirtió en un episodio cargado de resonancias humanas, políticas y culturales. Bernardino López, César Borgia y García de Bovadilla, cada uno desde su posición, contribuyeron a que ese acontecimiento encontrara expresión y sentido en la palabra escrita.

Y aún hoy, siglos después, esas voces siguen dialogando en la memoria de quienes se acercan a aquel episodio, un recordatorio de que incluso en la pérdida más profunda, el lenguaje puede ser un puente entre el dolor y la comprensión.

El invierno romano de 1498 se presentó con una solemnidad inusual. No era únicamente el peso de las ceremonias lo que cargaba el aire, sino la conciencia de que la muerte del príncipe Juan había trascendido las fronteras de Castilla para convertirse en un asunto de resonancia universal dentro de la cristiandad. Bernardino López, ya asentado en los círculos de poder eclesiástico, comprendió que el duelo debía adquirir una dimensión litúrgica acorde con la dignidad del difunto y la magnitud política de su pérdida.

—No basta con llorar en privado —dijo Bernardino, mientras examinaba los preparativos en la capilla—. El mundo debe ver que la cristiandad entera acompaña a los reyes en su dolor.

—¿Y Roma será ese escenario? —preguntó su colaborador más cercano, con cierta cautela.

—Roma es siempre el escenario —respondió con firmeza—. Aquí, cada gesto tiene eco en todos los reinos.

Fue así como logró que los funerales del príncipe se oficiasen en la capilla pontificia el primero de enero de 1498. La ceremonia, cuidadosamente diseñada, no solo respondía a las

exigencias litúrgicas, sino que también constituía una manifestación de poder simbólico. La presencia de dignatarios, embajadores y altos prelados reforzaba la idea de una monarquía española integrada en el corazón de la cristiandad.

Seis días después, el ambiente no había perdido intensidad. En la iglesia de Santiago de los Españoles, Juan Ruiz de Medina ofició una misa en sufragio del príncipe ante once cardenales y numerosos representantes diplomáticos. El discurso pronunciado, obra del humanista Fedra Inghirami, resonó con una elocuencia que combinaba la tradición clásica con la sensibilidad cristiana.

—Escuchad cómo convierte el dolor en arquitectura de palabras —susurró uno de los asistentes.

—Es el arte del humanismo —respondió Bernardino, con una leve inclinación de cabeza—. Dar forma a lo inefable.

Pero mientras Roma se recogía en ceremonias, la vida política y administrativa no se detenía. Ese mismo año, 1498, Bernardino López asumió el oficio de camarlengo del papa Alejandro VI. La responsabilidad era considerable: implicaba no solo la gestión de asuntos económicos y administrativos de la Santa Sede, sino también la supervisión de complejas estructuras ceremoniales y protocolares.

—Eminencia —le dijo un joven escribano—, vuestra jornada parece no tener fin.

—El tiempo —respondió Bernardino— no nos pertenece. Solo podemos administrarlo con diligencia.

Su cultura teológica, unida a una profunda erudición en las ceremonias eclesiásticas, lo convirtió rápidamente en una figura central en Roma. No era un mero funcionario; era un arquitecto del orden simbólico que sostenía la autoridad papal.

—Hay quienes creen que el poder reside en las armas —comentó en una reunión con humanistas—. Yo sostengo que reside en la forma en que organizamos el mundo.

Entre quienes reconocieron su valía se encontraban destacados humanistas. Paolo Pompilio, por ejemplo, le había dedicado el *Panegiricum Carmen ad Carvajalis* en 1490, consolidando así una relación intelectual basada en la admiración mutua.

—Vuestra pluma honra más de lo que mis actos merecen —le dijo Bernardino en una ocasión.

—No, Eminencia —replicó Pompilio—. Es vuestra obra la que da sentido a mis versos.

Esta red de relaciones no era meramente decorativa; constituía un entramado de influencia cultural y política. Bernardino entendía que el humanismo no era solo una corriente intelectual, sino una herramienta de gobierno.

El 17 de agosto de 1498 envió al rey Fernando los planos del monasterio y su iglesia. Aquel gesto no era solo informativo; era una invitación a participar en un proyecto que trascendía lo local.

—Majestad —escribió—, estas piedras no serán solo muros, sino testimonio de una alianza entre fe y poder.

En ese mismo espíritu reformador, emprendió una de sus iniciativas más innovadoras: la reorganización del sistema de postas y la seguridad de las comunicaciones con Roma. Inspirado en la Santa Hermandad castellana, creó una suerte de policía jurídico-militar el 14 de diciembre de 1498.

—Las palabras necesitan caminos seguros —afirmó ante sus consejeros—. Sin comunicación, no hay gobierno posible.

—¿Y creéis que una estructura así funcionará en los Estados Pontificios? —preguntó uno de ellos.

—Funcionará porque es necesaria —respondió Bernardino—. Y porque sabremos adaptarla.

La medida no solo mejoró la eficiencia administrativa, sino que reforzó el control territorial de la Santa Sede. Era un ejemplo claro de cómo las experiencias castellanas podían trasladarse, con las debidas modificaciones, al contexto romano.

Paralelamente, Bernardino siguió de cerca las obras en el complejo del Gianicolo. Su interés no era casual, comprendía que la arquitectura era una forma de expresión política y espiritual.

En 1499, apoyó la tramitación de los documentos necesarios para la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares. Este proyecto, impulsado en gran medida por el cardenal Cisneros, representaba una apuesta decidida por la educación y la renovación intelectual.

—Una universidad —dijo Bernardino en una conversación privada— no es solo un lugar de estudio. Es un semillero de futuro.

—Y también un campo de disputas —añadió su interlocutor.

—Como todo lo que merece la pena —respondió con serenidad.

Su labor como protector de la nueva orden de los Mínimos culminó en mayo de 1501, cuando confirmó sus primeros estatutos. Este gesto consolidó una relación de apoyo que permitió a la orden afianzarse en el panorama religioso.

—La humildad puede ser revolucionaria —comentó Bernardino—, si se sostiene con disciplina.

No menos relevante fue su colaboración con Delfini en la corrección de los conventuales franciscanos. En este proceso, actuó como mediador y asesor en las disputas con el cardenal Cisneros sobre la reforma en Castilla.

—Las reformas generan resistencias —observó Delfini en una de sus reuniones.

—Y sin embargo —respondió Bernardino—, son inevitables.

—¿Incluso cuando dividen?

—Sobre todo entonces.

La figura de Bernardino López emerge, en este contexto, como la de un hombre que supo integrar múltiples dimensiones: la espiritual, la política, la cultural y la administrativa. No se limitó a reaccionar ante los acontecimientos; los moldeó.

Y, sin embargo, en medio de sus logros, nunca perdió de vista el origen de su proyección, la muerte de un joven príncipe que había sacudido los cimientos de una monarquía.

—Todo comenzó con una pérdida —dijo en una ocasión, casi en confidencia.

—¿Y todo termina en ella? —preguntó su interlocutor.

Bernardino negó lentamente.

—No. Todo se transforma.

Años más tarde, en 1502, comenzarían las obras del Templo de San Pedro in Montorio, encomendadas a Bramante. Aunque Bernardino no sería el único responsable de su concepción, su implicación temprana demuestra su visión de largo alcance.

Su influencia también se extendió al ámbito de las reformas religiosas. Como protector de la congregación de la observancia benedictina, canalizó los impulsos reformistas promovidos por los Reyes Católicos.

—La reforma no es destrucción —explicaba a los monjes—. Es retorno a la esencia.

Así, su trayectoria en Roma puede leerse como una prolongación de aquella primera respuesta al dolor: la *Consolatoria*. Si en aquel texto buscó consolar a unos padres, en su vida posterior pareció empeñado en construir estructuras que dieran estabilidad a un mundo marcado por la incertidumbre.

Porque, al fin y al cabo, tanto en la palabra como en la acción, Bernardino López perseguía un mismo objetivo, ordenar el caos, dar sentido a la experiencia humana, y dejar tras de sí un legado que trascendiera la fugacidad de la vida.

Y en ese empeño, su figura se inscribe con firmeza en la compleja trama del Renacimiento, donde la fe, la razón y el poder se entrelazaban de formas tan fecundas como conflictivas.

El cambio de siglo no trajo consigo sosiego para la cristiandad, sino una intensificación de las tensiones políticas, diplo-

máticas y espirituales que ya se venían gestando en las últimas décadas del siglo XV. Bernardino López, figura central en este entramado, se encontraba en una posición tan privilegiada como peligrosa, mediador entre monarquías, servidor de la curia y actor en un tablero donde cada movimiento implicaba riesgos considerables.

Corría el año 1500 cuando se acordó el matrimonio entre la casa de Portugal y Castilla, unión destinada a consolidar la estabilidad peninsular. La infanta María, hija de los Reyes Católicos, sería desposada con el monarca portugués. Sin embargo, la cercanía de parentesco entre ambos linajes exigía una dispensa pontificia.

—Sin Roma, no hay matrimonio —dijo con claridad Lorenzo Suárez de Figueroa, mientras desplegaba sobre la mesa los documentos necesarios.

—Y sin concesiones, no hay Roma —añadió Bernardino, con una mirada calculadora.

Ambos sabían que la curia papal, bajo el pontificado de Alejandro VI, no concedía favores sin recibir garantías. Fue así como entregaron al Papa un documento que, más allá de la fórmula habitual de obediencia, contenía una promesa estratégica, el ascenso de Luis Borgia, hijo del pontífice, al arzobispado de Valencia en sustitución de su hermano César.

—¿No os parece un precio elevado? —preguntó un secretario, inquieto.

—Todo precio lo es —respondió Bernardino—, hasta que se convierte en inversión.

La dispensa fue obtenida, pero el episodio dejó al descubierto la compleja red de intereses que atravesaba la política eclesiástica. Bernardino no solo actuaba como intermediario; también como negociador en un sistema donde la lealtad era, en ocasiones, una moneda flexible.

Paralelamente, colaboró en la organización de la flota hispano-veneciana contra el Imperio otomano. Aquella empresa, que combinaba intereses religiosos y geopolíticos, requería una coordinación minuciosa.

—El enemigo no espera —afirmó Bernardino en una reunión con el embajador.

—Ni nosotros deberíamos hacerlo —respondió este—. Cada día de retraso fortalece al turco.

La implicación del cardenal en estos asuntos no pasó desapercibida para los Reyes Católicos, quienes el 5 de agosto de 1501 lo recompensaron con la encomienda del monasterio de Santa María la Real de Perpiñán. Sin embargo, la relación entre Bernardino y la monarquía comenzaba a mostrar signos de tensión.

—Dicen que jugáis con varias barajas —le comentó un cortesano, en tono apenas disimulado.

—Quien solo tiene una carta —respondió Bernardino— rara vez gana la partida.

Los monarcas, conscientes de esta ambigüedad, optaron por limitar su confianza. A partir de entonces, sus peticiones hacia el cardenal se centraron en asuntos estrictamente eclesiásticos, evitando implicarlo en decisiones políticas de mayor calado.

El 28 de julio de 1503, Bernardino recibió la administración de la sede de Avellino, donde permaneció hasta 1505. Aquel destino, aunque relevante, marcaba también un cierto alejamiento de los núcleos más influyentes de poder.

—A veces, el retiro es una forma de observación —dijo a uno de sus allegados.

—¿Y otras? —preguntó este.

—Una forma de espera.

El fallecimiento de Alejandro VI el 11 de agosto de 1503 alteró profundamente el equilibrio en la curia. Bernardino, experimentado y respetado, desempeñó un papel clave en la moderación de los agitados cónclaves que siguieron.

—Roma arde cuando no tiene cabeza —murmuró, al entrar en la sala donde se reunían los cardenales.

El 22 de septiembre de ese mismo año fue elegido Francesco Tedeschini, quien tomó el nombre de Pío III. Su pontificado, sin embargo, sería breve.

—Demasiado breve para cambiar nada —comentó Bernardino con cierta amargura.

En ese mismo año, la reina Isabel la Católica solicitó su intervención para coordinar la gestación de una nueva congregación franciscana liderada por fray Juan de Guadalupe. A pesar del distanciamiento político, la monarquía seguía reconociendo su capacidad organizativa en materia religiosa.

—La reforma es urgente —escribió la reina—. Y requiere manos firmes.

—Y paciencia —añadió Bernardino al leer la carta—. Mucha paciencia.

Las iniciativas reformadoras no pasaron desapercibidas. El general de los agustinos, Egidio de Viterbo, expresó en 1506 su convicción de que la Iglesia se encontraba en vísperas de una renovación profunda.

—Los signos están ahí —dijo en una conversación con Bernardino—. Solo hay que saber leerlos.

Pero el curso de los acontecimientos tomó un giro inesperado con la muerte de Pío III el 18 de octubre de 1503. En el nuevo cónclave fue elegido Giovanni della Rovere, quien adoptó el nombre de Julio II.

Bernardino, que había albergado la esperanza de ser elegido pontífice tras la muerte de Alejandro VI y nuevamente tras la de Pío III, vio frustradas sus aspiraciones.

—¿Creísteis realmente que os elegirían? —le preguntó, sin rodeos, un antiguo aliado.

—No lo creí —respondió Bernardino—. Lo consideraré posible.

—Y ahora...

—Ahora comprendo mejor las reglas del juego.

Las relaciones con Julio II se deterioraron rápidamente. El nuevo Papa, de carácter firme y ambiciones propias, no veía con buenos ojos la autonomía ni las redes de influencia del cardenal.

—Roma no necesita príncipes dentro de sus muros —afirmó Julio II en una audiencia tensa.

—Ni tampoco silencios cómplices —respondió Bernardino, midiendo cada palabra.

Ante este escenario, Bernardino comenzó a explorar nuevas alianzas. Su acercamiento a los intereses de Luis XII de Francia marcó un punto de inflexión.

—¿Os enfrentaréis a Roma? —le preguntó un colaborador, visiblemente preocupado.

—No —respondió—. Me enfrentaré a quienes creen que Roma les pertenece.

Su palacio se convirtió en refugio para españoles perseguidos, lo que reforzaba su imagen como protector, pero también incrementaba las sospechas sobre sus verdaderas intenciones.

Al mismo tiempo, su participación en los cónclaves anteriores, donde incluso había aspirado al papado con el apoyo de Gonzalo Fernández de Córdoba, seguía siendo recordada.

—Estuvisteis cerca —le dijo alguien en tono confidencial.

—Lo suficiente para entender —respondió Bernardino.

—¿Entender qué?

—Que el poder no se concede. Se disputa.

Así, la figura de Bernardino López de Carvajal se revela como profundamente compleja, reformador y diplomático, hombre de fe y estrategia político, leal y, a la vez, independiente. Su trayectoria en estos años finales del siglo XV y comienzos del XVI refleja no solo su ambición personal, sino también las tensiones estructurales de una Iglesia y una Europa en transformación.

En el trasfondo de todas estas acciones, permanece una constante, la búsqueda de equilibrio entre ideales y realidades, entre la vocación espiritual y las exigencias del poder.

—¿Os arrepentís de algo? —le preguntaron en una ocasión.

Bernardino guardó silencio durante unos instantes.

—Solo de aquello que no intenté —respondió finalmente.

Y con esa respuesta, dejó entrever la esencia de su carácter, un hombre que, en medio de intrigas, reformas y aspiraciones frustradas, nunca dejó de actuar, de intervenir, de intentar dar forma a su tiempo.

Aunque el precio de ello fuera, en ocasiones, la soledad.

La figura de Bernardino López de Carvajal, lejos de diluirse tras los turbulentos años de comienzos del siglo XVI, adquirió una complejidad aún mayor en el delicado equilibrio entre fidelidad política, ambición personal y servicio eclesiástico. Su permanencia como embajador de los Reyes Católicos ante la curia romana no era un simple cargo diplomático, sino una posición estratégica desde la cual se articulaban intereses que abarcaban toda la cristiandad.

—Roma no es solo un lugar —decía Bernardino a uno de sus secretarios—. Es un nodo donde convergen todas las voluntades.

Su dominio del latín y de la ciencia jurídica lo convertían en consejero privilegiado. No era extraño que los monarcas recurrieran a él en asuntos de especial complejidad.

—Necesitamos claridad —escribió en una ocasión el rey Fernando—. Y vos sabéis encontrarla entre las sombras.

Desde Roma, Bernardino mantuvo una intensa correspondencia con Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Entre ambos existía una relación de confianza que trascendía lo institucional.

—Vuestra carta ha llegado en el momento justo —escribió Bernardino—. Aquí, cada día trae consigo nuevas intrigas.

—Y en Italia —respondía Gonzalo—, cada decisión se paga con sangre o con oro.

Sin embargo, esta cercanía despertó los recelos del embajador Francisco de Rojas, quien veía en aquella relación una amenaza a su propia influencia.

—No todos los mensajes pasan por mis manos —comentó Rojas con evidente incomodidad.

—Ni todos deben hacerlo —replicó Bernardino con serenidad.

Pero no todo eran logros. El 6 de febrero de 1504 recibió el encargo pontificio de custodiar y proteger a una figura conflictiva —probablemente César Borgia— ante posibles ataques. Sin embargo, por razones no del todo claras, Bernardino cedió en esta responsabilidad.

—¿Lo hicisteis por amistad? —le preguntó un colaborador.

—Por prudencia —respondió—. Y por evitar un conflicto mayor.

Su retirada a Nápoles el 19 de abril de 1504, en aparente connivencia con Gonzalo Fernández de Córdoba, provocó la indignación del papa Julio II, quien envió una carta formal de protesta al rey Fernando. Como consecuencia, se negó a concederle el ansiado cardenalato ostiense el 20 de mayo de ese año.

—Roma no olvida —comentó alguien en voz baja.

—Ni perdona fácilmente —añadió otro.

A pesar de ello, el 28 de marzo de 1504, Bernardino había sido nombrado obispo de Sabina, una de las diócesis suburbicarias más relevantes, con sede en Magliano Sabina. Este nombramiento confirmaba que, a pesar de las tensiones, su peso en la curia seguía siendo considerable.

El 17 de agosto de 1504 fue propuesto sin éxito para el arzobispado de Sevilla. Aunque se le permitió viajar a Castilla, se le negó la posibilidad de celebrar los funerales de la reina Isabel la Católica en la capilla pontificia.

—Ni en la muerte se os concede lo que buscáis —le dijo un allegado con cierta amargura.

—No busco honores —respondió Bernardino—. Busco influencia.

En este contexto de tensiones, el cardenal tomó decisiones que no siempre coincidieron con la voluntad del monarca. El 11 de mayo de 1504 resignó una chantría en Sevilla en favor de Fernando de Baeza, secretario del virrey, como parte de un intercambio relacionado con bienes confiscados al príncipe de Melfi en Nápoles.

—¿Actuasteis sin consultar al rey? —le preguntó un consejero.

—Actué con conocimiento de causa —respondió Bernardino—. A veces, la urgencia no permite esperar permisos.

El 7 de junio de ese mismo año, Bernardino continuó apoyando activamente la gestión del Gran Capitán, especialmente en la formalización del protectorado sobre Pisa y en proyectos matrimoniales que reforzaran alianzas políticas.

Paralelamente, impulsó una labor propagandística a través de figuras como Alonso Fernández de Sevilla y el humanista Batista Valentín. Entre 1505 y 1506, este último le dedicó el poemario *Cocce Cantalicio*, reflejo de la proyección cultural del cardenal.

—Las palabras también gobiernan —afirmaba Bernardino—. A veces con más eficacia que las armas.

La muerte de Isabel el 26 de noviembre de 1504 marcó un punto de inflexión. Bernardino, alineado progresivamente con el partido flamenco de Felipe el Hermoso y con el emperador, comenzó a distanciarse abiertamente del rey Fernando.

—El equilibrio ha cambiado —escribió en una carta—. Y debemos cambiar con él.

En Roma, coordinó acciones con el embajador del archiduque de Austria para obstaculizar las provisiones de obispos

propuestas por Fernando, frustrando además sus intentos de acercamiento con Luis XII de Francia.

—Jugáis un juego peligroso —le advirtió un colega.

—Todos lo jugamos —respondió—. La diferencia es quién conoce las reglas.

En 1506, Bernardino comunicó a Gonzalo Fernández de Córdoba que Maximiliano I deseaba ponerlo al frente de las tropas imperiales en Italia y posteriormente enviarlo a Flandes, en el entorno del futuro Carlos V.

—¿Aceptaríais tal encargo? —preguntó Gonzalo en su respuesta.

—Aceptaría servir a quien represente el futuro —contestó Bernardino.

En el ámbito italiano, promovió una alianza con Venecia e invitó tanto a César Borgia como al propio Gran Capitán a participar en la campaña que preparaba Maximiliano.

—Unir fuerzas es la única forma de imponerse —afirmaba—. La fragmentación nos debilita.

Sin embargo, la muerte de Felipe el Hermoso alteró nuevamente el panorama político. Bernardino se vio obligado a buscar la reconciliación con el rey Fernando, quien finalmente lo recibió en mayo de 1507 durante su estancia en Nápoles.

—Siempre volvemos al punto de partida —comentó el monarca.

—O a uno muy parecido —respondió el cardenal.

Ese mismo año, en julio, el pontífice confió a Bernardino una legación ante el emperador, con la misión de disuadirlo de intervenir en Italia y de negociar un nuevo acuerdo entre Francia y el Imperio.

—¿Otra vez mediador? —preguntó un secretario.

—Siempre mediador —respondió Bernardino—. Es mi destino.

El 3 de agosto de 1507 fue promovido a la sede de Albano, y posteriormente a la de Rossano en Calabria, con el beneplácito del rey Fernando. Estos nombramientos señalaban una cierta rehabilitación de su figura.

—Parece que Roma os devuelve el favor —observó un colaborador.

—Roma nunca devuelve —replicó Bernardino—. Solo reajusta.

Así, en medio de alianzas cambiantes, aspiraciones frustradas y reconciliaciones estratégicas, Bernardino López de Carvajal continuó desempeñando un papel decisivo en la política europea de su tiempo. Su vida, marcada por la tensión constante entre lealtad y ambición, refleja con nitidez la complejidad de una época en la que la Iglesia, la monarquía y el imperio se disputaban no solo territorios, sino también el sentido mismo del poder.

—Decidme, Eminencia —le preguntaron en una ocasión—, ¿dónde termina vuestra lealtad?

Bernardino guardó silencio unos instantes antes de responder.

—Donde comienza la historia.

Y con esas palabras, dejó claro que su verdadera fidelidad no pertenecía a un hombre, ni siquiera a una corona, sino al devenir mismo de su tiempo.

En el ardiente verano de 1507, cuando el polvo de los caminos se alzaba como incienso profano sobre las rutas de Europa, el trono de Papado decidió mover una pieza delicada en el tablero de las potencias. El Pontífice, inquieto por el avance inexorable de los turcos y las querellas interminables entre príncipes cristianos, depositó su confianza en un hombre de verbo grave y mirada penetrante: el cardenal Bernardino López, patriarca emérito y titular de la Santa Cruz de Jerusalén.

La misión era tan elevada como frágil, presentarse ante Maximiliano I de Habsburgo, emperador de romanos, y persuadirle de templar sus ambiciones italianas, de apartar por un momento la espada que amenazaba a Venecia y Francia, y de alzarla, en cambio, contra el enemigo común que avanzaba desde Oriente. Se soñaba con una nueva cruzada, una empresa que uniese de nuevo a la Cristiandad bajo un mismo estandarte.

Mas Europa, en aquellos años, no era tierra de sueños sino de recelos.

Bernardino cruzó los Alpes con la dignidad de quien porta no solo un encargo, sino la esperanza de un mundo en equilibrio. Sin embargo, al llegar a la corte imperial comprendió pronto que el corazón político de Maximiliano latía en otra dirección. Italia no era para él un teatro secundario, sino el escenario principal de sus aspiraciones. Venecia, altiva y rica, se interponía como obstáculo; Francia, siempre vigilante, era a la vez rival y posible aliada.

Las conversaciones fueron largas, densas como tapices flamencos. Se habló de alianzas, de equilibrios, de amenazas invisibles. Finalmente, se esbozó una línea defensiva que incluía al Papa, a Fernando II de Aragón y al propio emperador. Pero aquella arquitectura diplomática, levantada con palabras, se resquebrajó en cuanto la realidad intervino: Venecia negó el paso a las tropas imperiales.

Y entonces, como tantas veces en la historia, la prudencia cedió ante la ambición.

Maximiliano, frustrado, volvió su mirada hacia Luis XII de Francia y selló con él una liga ofensiva contra los venecianos. La Cristiandad, que debía unirse contra el turco, volvía a dividirse contra sí misma.

En medio de este torbellino, Bernardino intentó otra empresa no menos ardua, reconciliar al emperador con Fernando el Católico en la delicada cuestión de la gobernación de

Castilla. Pero el rey aragonés, sagaz y desconfiado, percibió en el cardenal una inclinación excesiva hacia los intereses imperiales. La sospecha, una vez nacida, crece como hiedra en los muros del poder.

Así, en 1508, a instancias de Fernando, el Pontífice revocó la legación. La misión del cardenal se extinguía sin gloria aparente, como una vela consumida por corrientes invisibles.

No obstante, Bernardino no abandonó de inmediato la escena. Acompañó a Maximiliano hasta Malinas, donde el joven Carlos de Habsburgo fue confirmado como heredero de un destino imperial. Allí, en una iglesia colmada de ecos y esperanzas, el cardenal pronunció una homilía que muchos recordarían como profética. Habló de un “pastor angélico” que habría de reformar reinos y doblegar enemigos, palabras que resonaron entre los muros como un presagio aún por descifrar.

Pero ni las visiones ni las palabras pudieron reparar lo que la política había quebrado. Los intentos de Bernardino por unir a Maximiliano y Fernando en torno a Castilla se desvanecieron definitivamente, víctimas de la desconfianza y del orgullo.

Y así, mientras Europa seguía su curso hacia nuevas guerras y alianzas cambiantes, la embajada de 1507 quedó como testimonio de una aspiración frustrada: la de una Cristiandad unida que, en lugar de alzarse contra el turco, prefirió mirarse —y enfrentarse— a sí misma.

El 5 de agosto de 1508, cuando los calores del verano aún pesaban sobre los campos de Italia, el cardenal Bernardino López emprendió de nuevo el camino. Su figura, envuelta en sedas rojas y preocupaciones más densas que el polvo del camino, avanzaba hacia una Europa en tensión, donde las alianzas se forjaban y deshacían con la misma rapidez que los juramentos.

En Siena, en el mes de septiembre, se produjo un encuentro que, aunque breve, tuvo el sabor de las conversaciones

destinadas a perdurar en la memoria de los hombres cultos. Allí, Bernardino se entrevistó con Nicolás Maquiavelo, cuya mirada aguda parecía atravesar no solo a los hombres, sino a las estructuras mismas del poder. Se dice que hablaron de repúblicas y de príncipes, de la fragilidad de la virtud frente a la fortuna, y de esa Italia fragmentada que ambos, cada uno a su modo, deseaban ver transformada.

El viaje continuó hacia el norte, hasta Innsbruck, donde el cardenal fue recibido con grandes honores por Maximiliano I de Habsburgo. La corte imperial, siempre dada al ceremonial y a la representación, acogió a Bernardino como a un hombre cuya influencia, aunque discutida, seguía siendo necesaria en aquel juego de equilibrios.

Durante estos años, las rentas de Bernardino crecieron al compás de su influencia. En 1508 había recibido la encomienda del título de los Cuatro Santos Coronados, consolidando su posición en la curia. Pero no todo en él era diplomacia y cálculo. Como obispo de Sigüenza, había demostrado un celo reformador y una sensibilidad constructiva poco comunes. Destinó cuantiosos fondos para ensanchar la sede episcopal, reformar los estatutos de su universidad y embellecer la catedral con nuevas puertas y un claustro donde su escudo, orgulloso, proclamaba su paso por la historia.

Los honores eclesiásticos continuaron acumulándose: fue nombrado obispo de Palestrina el 22 de septiembre de 1508, y poco después, de Sabina Poggio Mirteto. Cada título añadía peso a su figura, como si la Iglesia misma lo fuera cubriendo de capas sucesivas de autoridad.

Mas el tiempo corría con rapidez inexorable. El 21 de enero de 1509, Bernardino regresó a Roma justo cuando acababa de sellarse la Liga de Cambrai, pacto que confirmaba, una vez más, la imposibilidad de contener las ambiciones italianas de

los grandes soberanos. Apenas seis meses después, Fernando II de Aragón acudió al cardenal, no ya con recelos, sino con necesidad: solicitaba la cruzada que habría de financiar una nueva campaña contra el turco, ese enemigo que siempre parecía urgente y siempre postergado.

Pero Bernardino no era solo un hombre de Iglesia ni un diplomático fatigado por intrigas. Era también un espíritu curioso, atento al renacer de las letras. En 1510 encargó al humanista cisterciense Arcángel de Madriñano la traducción latina del itinerario del viajero boloñés Ludovico de Vartema, cuyas descripciones del Oriente fascinaban a una Europa ávida de horizontes. Asimismo, impulsó la edición de *De alterationis modo et quidditate*, obra del escolástico Sancho Carranza de Miranda, en un intento de conciliar tradición y renovación intelectual.

En su casa de Roma, lejos del bullicio de las audiencias oficiales, Bernardino había reunido una notable colección arqueológica: inscripciones antiguas, fragmentos de memorias petrificadas que hablaban de imperios pasados. Aquella colección no era solo ornamento, sino símbolo: el cardenal se sabía heredero de una tradición milenaria y quería que los demás también lo vieran así.

Allí, entre mármoles y códices, se congregaba la élite intelectual romana. Entre ellos destacaba el dominico Tommaso de Vio Mazzolini, cuyas discusiones teológicas y filosóficas se entrelazaban con las inquietudes políticas del momento.

Así transcurrían los días de Bernardino López: entre embajadas fallidas, honores crecientes, reformas piadosas y tertulias eruditas. Un hombre que, como su tiempo, parecía dividido entre la espada y el libro, entre la fe y la estrategia, entre el pasado que veneraba y el futuro que apenas lograba entrever.

En 1510, ya en una etapa más madura de su vida, el cardenal volvió a confiar en Peruzzi para la restauración de los mosaicos de la capilla de Santa Elena. Este gesto no solo de-

muestra su fidelidad a los artistas de su entorno, sino también su voluntad de preservar y perfeccionar el programa iconográfico que había impulsado años atrás.

Desde una perspectiva histórica, estas actuaciones pueden interpretarse como un ejemplo temprano de mecenazgo político-cultural. La basílica se convirtió en un espacio donde el arte servía a la fe, pero también a la afirmación de una identidad política. Castilla —y luego España— se presentaba en Roma no solo como defensora de la cristiandad, sino como promotora de su renovación estética y espiritual.

En este sentido, la figura de Bernardino López de Carvajal adquiere una dimensión casi renacentista en el sentido pleno del término, diplomático, eclesiástico, mecenas y, en cierto modo, director de un vasto proyecto simbólico. Bajo su impulso, la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén dejó de ser únicamente un lugar de culto para convertirse en un manifiesto visual del poder, la fe y la memoria histórica de toda una época.

Y así, desde los salones del Vaticano hasta las cortes de Europa, el nombre de Bernardino López de Carvajal comenzó a resonar con una autoridad que ya no dependía solo de sus palabras, sino de una trayectoria que hablaba por él.

Las obras de San Pietro in Montorio, que habían comenzado con impulso en el año 1480 bajo el patrocinio de Fernando II de Aragón, no siguieron un curso continuo ni exento de dificultades. Como tantas empresas del Renacimiento, estuvieron marcadas por interrupciones, retrasos y momentos de incertidumbre, en los que la voluntad humana parecía flaquear frente al peso de la empresa.

Durante un tiempo, los trabajos quedaron prácticamente detenidos. La falta de recursos constantes, los cambios en las prioridades políticas y las complejidades propias de una construcción en un lugar elevado y simbólico provocaron que el proyecto entrara en una fase de quietud. Los muros a medio

levantar, los andamios abandonados y la piedra sin labrar daban al lugar un aire de promesa suspendida, como si el monte aguardara pacientemente su destino.

Sin embargo, aquella pausa no significó el abandono.

Gracias a la firme determinación de sus patrocinadores y a la intervención decisiva de los administradores designados, las obras fueron retomadas con renovado vigor. Bernardino López, en particular, desempeñó un papel esencial en este renacer del proyecto. Con disciplina y sentido de misión, reorganizó los recursos, aseguró la llegada de los fondos procedentes del reino de Sicilia y reactivó la labor de los artesanos.

Así, los trabajos en San Pietro in Montorio se reanudaron, devolviendo vida al conjunto. El sonido de los martillos volvió a resonar entre las colinas, los maestros de obra trazaron nuevas líneas sobre los planos, y la visión inicial comenzó nuevamente a tomar forma. Lo que antes había sido incertidumbre se transformó en determinación, y lo inacabado empezó a encaminarse hacia su culminación.

Este segundo impulso no solo permitió avanzar en la construcción, sino que dotó al proyecto de una mayor ambición y coherencia. Ya no se trataba únicamente de levantar un convento y una iglesia, sino de crear un espacio que reflejara la grandeza espiritual y artística de su tiempo.

De este modo, San Pietro in Montorio renació de su propia pausa, avanzando con paso firme hacia la consagración que, años más tarde, sellaría su lugar en la historia de Roma. Hacia el año 1500, las obras principales del templete de San Pietro in Montorio estaban concluidas. La iglesia fue consagrada en una ceremonia solemne, en la que resonaron cánticos que parecían fundirse con el viento del monte. Roma, que había visto caer imperios, asistía ahora al nacimiento de una obra que unía fe, política y arte.

Pero el verdadero prodigio aún estaba por levantarse.

En el primer patio del conjunto comenzó a erigirse una estructura que cambiaría la historia de la arquitectura, un pequeño templo circular, perfecto en sus proporciones, concebido por Donato Bramante. Arquitecto y pintor, Bramante era uno de los grandes genios del Cinquecento, y en aquella obra volcó una idea revolucionaria, la armonía absoluta entre geometría y espiritualidad.

El templete, financiado por los monarcas y gestionado por Bernardino, no era grande en tamaño, pero sí inmenso en significado. Se levantaba exactamente en el punto donde, según la tradición, había sido crucificado San Pedro. Cada columna, cada proporción, cada sombra proyectada tenía un sentido.

Durante años, los artesanos trabajaron bajo la mirada exigente de Bramante. El mármol fue tallado con precisión casi matemática, las columnas dóricas se alzaron con sobriedad clásica, y la cúpula se cerró como un cielo perfecto sobre el espacio sagrado. En el año 1510, el templete quedó finalmente terminado.

Quienes lo contemplaban por primera vez quedaban sobrecogidos. No era solo una construcción: era una idea hecha piedra. Un punto de encuentro entre el mundo antiguo y la nueva visión renacentista.

Fue entonces cuando tuvo lugar un acontecimiento singular.

En el interior de la iglesia de San Pietro in Montorio, Bernardino López convocó a religiosos, eruditos y visitantes ilustres. Con voz grave, anunció el hallazgo de un manuscrito que había sido redescubierto: el *Apocalysis Nova*, atribuido al beato Amadeus da Silva, figura mística rodeada de misterio.

El silencio se hizo en la nave. Bernardino desplegó cuidadosamente el documento, como si temiera que el tiempo mismo pudiera deshacerlo entre sus manos. Comenzó a leer.

Las palabras hablaban de revelaciones, de visiones del fin de los tiempos, de una Iglesia purificada y de un mundo renovado. Algunos escuchaban con fervor, otros con inquietud. Roma era una ciudad acostumbrada a la grandeza, pero también a la sospecha.

Mientras la lectura avanzaba, la luz de la tarde penetraba por las ventanas, iluminando el interior con un resplandor dorado. Afuera, el templete de Bramante permanecía en silencio, como un testigo eterno.

Aquella jornada marcó un punto de inflexión. El monasterio no solo era ya un centro religioso, sino también un foco de pensamiento, de arte y de espiritualidad profunda. Mendes da Silva, cuyo sueño había iniciado todo, no pudo ver la culminación completa de la obra, pero su legado perduró en cada piedra.

Roma siguió cambiando, como siempre lo ha hecho. Imperios surgieron y cayeron, papas fueron coronados y olvidados, guerras sacudieron Europa. Pero en lo alto del monte, el conjunto de San Pietro in Montorio permaneció.

Y allí, donde según la tradición un hombre llamado Pedro fue crucificado cabeza abajo, se alzó un lugar donde el tiempo parecía detenerse, donde la fe se entrelazaba con la belleza, y donde la historia se convirtió en memoria viva.

El 17 de agosto de 1510 amaneció en Roma con un aire denso, casi irrespirable. No era el calor del verano lo que inquietaba a la curia, sino la tensión acumulada en torno al pontificado de Julio II, cuyo carácter impetuoso y su política de afirmación frente a las potencias europeas habían sembrado descontentos profundos.

Aquel día, varios cardenales, sintiéndose vigilados y relegados, abandonaron la ciudad eterna casi en secreto, como sombras que se disuelven al alba. Entre ellos marchaba Bernardino López, cuya figura, antaño mediadora, se adentraba ahora en una senda más incierta. Su destino fue Milán, donde

halló refugio en el convento de San Girolamo, en Porta Verzellina, bajo la protección indirecta del poder francés.

Habían pasado nueve años desde la elección de Julio II, y aunque el Papa había anunciado la convocatoria de un concilio ecuménico, la demora en llevarlo a efecto abrió una grieta peligrosa. Esa vacilación fue aprovechada por Luis XII de Francia, enfrentado con el Pontífice por el dominio de Italia. Junto a un grupo de cardenales disidentes —entre ellos René de Prie, Guillaume Briçonnet, Federico Sanseverino y Francesco Borgia— concibió un plan audaz: convocar un concilio universal que, en lugar de servir al Papa, lo juzgara y, si fuera necesario, lo depusiera.

La idea no era nueva, pero sí peligrosa. Se apoyaba en los precedentes del Concilio de Constanza, que había afirmado la superioridad del concilio sobre el pontífice en circunstancias extremas. Bajo ese argumento, los cardenales rebeldes se proclamaban intérpretes de la voluntad de toda la Iglesia, alegando que el Colegio Cardenalicio estaba oprimido por Julio II y que era necesario suplir su inacción.

Con el beneplácito de Maximiliano I de Habsburgo, se fijó la apertura del concilio en Pisa para el 28 de mayo de 1511. Al frente de los cardenales se situó Bernardino López, cuya evolución de diplomático pontificio a líder de la disidencia sorprendía incluso a sus contemporáneos.

Pero Europa no respondió como esperaba el rey francés.

Fernando II de Aragón rechazó el proyecto con firmeza, al igual que Enrique VIII. Sus reinos, junto con buena parte de los obispos, se negaron a reconocer legitimidad alguna a la asamblea. Incluso los obispos alemanes, cuya posición podía parecer ambigua, rehusaron participar. La Cristiandad, lejos de dividirse en dos obediencias, cerró filas en torno al Papa.

El 1 de septiembre de 1511 llegó sin que hubiera en Pisa número suficiente de asistentes para inaugurar el concilio.

Se pospuso al 1 de noviembre, pero ni siquiera entonces las circunstancias fueron propicias. Las puertas de la catedral permanecieron cerradas: el clero local, fiel a Roma, se negó a acoger lo que consideraba una asamblea ilegítima.

Hubo que recurrir a una iglesia menor, la de San Miguel. Allí, en un ambiente cargado de incertidumbre, fue Bernardino quien pronunció el discurso inaugural, intentando revestir de autoridad lo que nacía ya debilitado.

La historia lo recordaría con un nombre que lo dice todo: el Concilio de Pisa de 1511, o más crudamente, el “conciliábulo de Pisa”, carente de legitimidad canónica al no haber sido convocado por el Romano Pontífice.

Antes de concluir el año, la presión política y militar obligó a abandonar Pisa. La asamblea se trasladó de nuevo a Milán, bajo la protección de las armas francesas. Allí, el 4 de enero de 1512, en la que sería su cuarta sesión, se produjo el momento más audaz —y más polémico— de toda la empresa: Bernardino López aceptó ser elevado como papa cismático, tomando el nombre de Martín VI.

Fue un gesto que pretendía consumir la ruptura, pero que en realidad evidenció su fragilidad.

La asamblea continuó su errante existencia trasladándose a Lyon. Las divisiones internas, la falta de reconocimiento internacional y la pérdida de credibilidad minaron el proyecto hasta reducirlo a una sombra de sí mismo.

Así terminó aquella tentativa, no como el triunfo de un concilio sobre un Papa, sino como un episodio fallido en la larga pugna entre autoridad y reforma. Y en su centro, la figura de Bernardino López quedó marcada por la ambigüedad de los hombres que, queriendo cambiar el curso de la historia, acaban siendo arrastrados por sus corrientes más profundas.

Cuando Europa se debatía entre la fe, el poder y la guerra, el eco de las campanas de Roma parecía mezclarse con el es-

truendo de las armas. En el corazón de la cristiandad, el papa Julio II —anciano, obstinado y con el temple de un general— no estaba dispuesto a ceder ni un palmo de autoridad.

—¿Un concilio en Pisa? —repitió con voz grave, dejando caer el pergamino sobre la mesa de roble—. No es un concilio. Es un desafío. Un insulto.

A su lado, el embajador español Jerónimo Vich inclinó ligeramente la cabeza. Había viajado desde tierras de Aragón con noticias que no dejaban lugar a dudas: varios cardenales, en abierta rebeldía, habían convocado una asamblea cismática.

—Santidad —respondió con cautela—, quienes lo han promovido lo llaman reforma. Pero en las cortes europeas se murmura otra palabra: ruptura.

Julio II apretó los puños. Su mirada, aún encendida pese a la edad, se clavó en el emisario.

—Conciliábulo de Pisa —sentenció—. Así será recordado.

El silencio se hizo denso. Afuera, Roma seguía su curso, ajena a la tormenta que se gestaba dentro de los muros vaticanos.

—No podemos permitir que prospere —añadió Vich, dando un paso al frente—. Si esos hombres ganan legitimidad, dividirán la Iglesia. Francia ya observa... y apoya.

El Papa asintió lentamente. Sabía bien que detrás de las sotanas rebeldes se movían intereses políticos, ejércitos, coronas. No era solo una disputa teológica: era una batalla por el alma de Europa.

—Entonces responderemos como corresponde —dijo finalmente—. Convocaremos nuestro propio concilio. Uno verdadero. Ecuménico.

Se volvió hacia su secretario.

—Tomad nota. Preparad la bula. Se llamará *Cum Tam Divino*.

El 18 de julio de 1511, la bula fue proclamada. Las órdenes salieron de Roma hacia todos los rincones de la cristiandad: obispos, arzobispos y patriarcas eran llamados a reunirse bajo la autoridad legítima del pontífice.

En una sala privada, mientras el sol romano se filtraba por los ventanales, Vich volvió a hablar con el Papa.

—Santidad, ¿cuál será el propósito principal?

Julio II no dudó.

—Tres frentes —respondió, levantando tres dedos—. Las herejías, la reforma de la Iglesia... y la cruzada.

—¿Contra los turcos?

—Contra los infieles —corrigió el Papa—. Europa necesita un enemigo común. Eso nos unirá.

Vich asintió, aunque en su interior sabía que la unidad era más un deseo que una realidad.

—Pero antes —añadió el Papa con voz más baja—, debemos apagar el incendio de Pisa.

Sin embargo, el destino no siempre sigue los planes de los hombres, ni siquiera de los papas.

El 11 de abril de 1512, las noticias llegaron como un golpe seco, los franceses habían obtenido una victoria decisiva en la batalla de Rávena.

En una sala del Vaticano, un mensajero, cubierto de polvo, terminó su relato entre jadeos.

—Las tropas pontificias... derrotadas, Santidad.

Julio II permaneció en silencio. Nadie se atrevía a hablar.

Finalmente, el Papa se levantó lentamente.

—Entonces no abriremos el concilio el 19 de abril —dijo con voz firme—. Roma no puede mostrarse débil.

—¿Cuándo, Santidad? —preguntó su secretario.

—Cuando estemos listos para demostrar fuerza.

Pasaron las semanas. La tensión no disminuía. Pero el 3 de mayo de 1512, bajo un cielo claro, las puertas de la Basílica de San Juan de Letrán se abrieron solemnemente.

Las túnicas rojas y doradas llenaban el templo. Quince cardenales, los patriarcas latinos de Alejandría y Antioquía, diez arzobispos y cincuenta y seis obispos ocupaban sus lugares.

El murmullo de voces se apagó cuando el Papa entró.

—Hermanos —comenzó Julio II, su voz resonando bajo las bóvedas—, hoy no nos reunimos por ambición, sino por necesidad. La Iglesia enfrenta divisiones, errores y enemigos. Y nosotros debemos responder.

Un cardenal anciano, sentado entre los asistentes, murmuró a su vecino:

—Esto no es solo un concilio... es una guerra sin espadas.

—O con ellas —respondió el otro en voz baja.

Mientras tanto, los cardenales cismáticos seguían su propio camino.

En una estancia austera, Bernardino López de Carvajal —figura destacada del movimiento— discutía con sus aliados.

—Julio pretende ignorarnos —dijo con tono firme—. Pero no puede silenciar la verdad.

Francesco Borgia cruzó los brazos.

—La verdad, o el poder —replicó con escepticismo.

—¿Acaso no son lo mismo en Roma? —intervino Sanseverino, dejando escapar una risa amarga.

El ambiente estaba cargado de desconfianza.

—Debemos resistir —insistió Carvajal—. Si cedemos ahora, todo habrá sido en vano.

Pero incluso entre ellos, la unidad comenzaba a resquebrajarse.

De vuelta en Roma, el concilio avanzaba sesión tras sesión.

—Doce reuniones —comentó un joven obispo a su mentor—. ¿Cree que bastarán?

El anciano lo miró con gravedad.

—No se trata de número, sino de decisión.

Y decisión no faltaba.

En una de las sesiones más tensas, el nombre de los cardenales rebeldes fue pronunciado en voz alta.

—Bernardino López de Carvajal —leyó un secretario.

Un murmullo recorrió la sala.

—Francesco Borgia.

—Sanseverino.

—Briçonnet.

—René de Prie.

Julio II se levantó.

—Estos hombres han desafiado la autoridad de la Iglesia —declaró—. Han sembrado división. Y por ello, serán privados de sus cargos.

Un silencio solemne siguió a sus palabras.

—¿Y la excomunión, Santidad? —preguntó uno de los cardenales.

El Papa lo miró fijamente.

—Ya ha sido decretada.

Recordaban bien aquella fecha: el 1 de noviembre de 1511.

En aquella ocasión, el Papa, con el apoyo del rey Fernando el Católico, había pronunciado la sentencia.

—Quedan separados de la comunión de la Iglesia —había dicho— hasta que se arrepientan.

En los pasillos del Vaticano, tras una de las sesiones, Vich se encontró nuevamente con el Papa.

—Habéis actuado con firmeza, Santidad.

Julio II suspiró levemente.

—No había otra opción.

—¿Creéis que bastará para restaurar la unidad?

El Papa miró hacia el horizonte, donde el sol comenzaba a ponerse sobre Roma.

—La unidad no se impone —respondió lentamente—. Se construye... y se defiende.

Vich guardó silencio.

—Pero decidme —añadió el Papa, volviéndose hacia él—, ¿qué dicen en España?

—Que el rey Fernando os apoya —respondió—. Y que Europa observa.

Julio II asintió.

—Entonces que observen —dijo con determinación—. Porque lo que está en juego no es solo Roma... sino el futuro de la cristiandad.

Y así, entre debates, decretos y tensiones políticas, el concilio continuó su curso. Doce sesiones en total marcaron aquel momento crucial en la historia de la Iglesia.

Pero más allá de las decisiones formales, lo que realmente se libraba era una lucha silenciosa: entre tradición y cambio, autoridad y desafío, unidad y división.

En las noches romanas, cuando el bullicio cesaba y solo quedaba el eco lejano de las campanas, algunos se preguntaban si aquel esfuerzo bastaría.

Un joven clérigo, escribiendo a la luz de una vela, dejó constancia de sus dudas:

—“Tal vez el concilio logre acallar el ruido del presente... pero el murmullo del futuro ya ha comenzado.”

Y, sin saberlo, sus palabras anticipaban los tiempos que estaban por venir.

El invierno de 1513 se cernía sobre Roma con una gravedad poco habitual, como si incluso el aire presintiera el final de una época. En los salones del Vaticano, la figura de Julio II se apagaba lentamente, consumida por la enfermedad y el peso de los años. Aquel pontífice, que había sido tanto guerrero como pastor, y que había sostenido con firmeza el poder de la Iglesia en tiempos turbulentos, yacía ahora rodeado de silencio, lejos del estruendo de las campañas y de los debates conciliares.

—El concilio... —murmuró con voz debilitada, apenas audible—. No debe detenerse.

Un cardenal, inclinado junto a su lecho, respondió con respeto contenido:

—Santidad, vuestra obra continuará. La Iglesia no olvidará. Pero el Papa ya no escuchaba del todo. Sus pensamientos parecían dispersarse entre recuerdos de batallas, tratados y decisiones que habían marcado su pontificado. El 21 de febrero de 1513, finalmente, su respiración se extinguió. Con él desaparecía una de las figuras más imponentes de su tiempo, dejando tras de sí un concilio inconcluso: apenas cinco sesiones del Concilio de Letrán habían sido celebradas.

La noticia de su muerte se propagó rápidamente por Europa, alcanzando las cortes y los monasterios, los palacios y las embajadas. En Francia, donde el destino de la Iglesia también se debatía en discretas reuniones y conversaciones veladas, el cardenal Bernardino López de Carvajal se encontraba inmerso en una tarea tan delicada como ambiciosa.

En una sala del palacio real, bajo la mirada expectante de nobles y consejeros, Carvajal hablaba con representantes de Luis XII y emisarios cercanos a Fernando II de Aragón.

—Europa no puede permitirse otra fractura —afirmó el cardenal, con voz firme—. La reconciliación entre vuestros reinos es imprescindible, no solo para la política... sino para la Iglesia.

Uno de los consejeros franceses frunció el ceño.

—¿Y Roma? —preguntó—. ¿Qué lugar ocupa Roma en vuestros planes?

Carvajal sostuvo la mirada.

—Roma es el centro. Pero el centro necesita estabilidad. Sin acuerdo entre Francia y Aragón, no habrá paz... ni en Italia ni en la cristiandad.

Otro de los presentes intervino:

—¿Y el cónclave? La muerte del Papa lo cambia todo.

El cardenal hizo una breve pausa antes de responder.

—Precisamente por eso debemos actuar ahora. Necesitamos apoyo. El emperador debe respaldar nuestra causa.

—¿Para qué? —insistió el consejero.

—Para garantizar nuestra entrada —dijo Carvajal sin rodeos—. Y nuestra voz en la elección del próximo pontífice.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. No era un secreto que muchos de los cardenales reunidos en Francia habían sido señalados por su implicación en el conciliábulo de Pisa. Sin embargo, el deseo de participar en el cónclave era compartido.

En una estancia más privada, lejos de oídos indiscretos, algunos de estos cardenales discutían con inquietud.

—Debemos mostrar arrepentimiento —dijo uno de ellos—. Roma no nos abrirá las puertas de otro modo.

—¿Arrepentimiento... o conveniencia? —replicó otro con tono escéptico.

Carvajal intervino, imponiendo silencio.

—Llamadlo como queráis —dijo—. Lo importante es volver. Sin nosotros, el Sacro Colegio estará incompleto.

—¿Creéis realmente que os permitirán entrar? —preguntó uno, con cierta incredulidad.

El cardenal sostuvo la mirada de todos.

—No solo entrar —respondió con determinación—. Creo que aún puedo ser elegido.

El murmullo que siguió fue inevitable. Algunos lo miraron con sorpresa, otros con admiración, y no faltaron quienes guardaron silencio, dudando de aquella posibilidad.

Mientras tanto, en Roma, la situación era muy distinta. El vacío dejado por Julio II había generado una mezcla de incertidumbre y urgencia. El Sacro Colegio se preparaba para el cónclave bajo estrictas medidas de seguridad.

En la residencia del embajador español, Jerónimo Vich mantenía reuniones constantes con los cardenales fieles.

—Podéis estar tranquilos —aseguró con firmeza—. El rey Fernando II de Aragón respalda vuestra libertad.

Un cardenal, de rostro preocupado, preguntó:

—¿Libertad... frente a quién?

Vich no dudó.

—Frente a Francia. Frente a cualquier presión externa.

Otro añadió:

—Se dice que los cardenales de Pisa intentarán regresar.

El embajador negó con la cabeza.

—Se han tomado medidas. No cruzarán Italia. Y si lo intentan, no llegarán a tiempo.

—¿Y después del cónclave? —insistió el primero—. ¿Habrá disturbios?

Vich respondió con calma calculada:

—La seguridad está garantizada. Nadie perturbará la elección. Ni antes... ni después.

Las palabras del embajador no solo tranquilizaban: también marcaban una línea clara. El futuro pontífice debía ser elegido sin interferencias de quienes habían desafiado la autoridad de Roma.

El 11 de marzo de 1513, el cónclave llegó a su momento decisivo. Tras días de deliberaciones, tensiones y alianzas silenciosas, el nombre que emergió fue el de Giovanni Lorenzo de Medici.

En la Capilla, el anuncio resonó con solemnidad:

—Habemus Papam.

Un cardenal, visiblemente emocionado, susurró:

—Un Medici... Roma entra en una nueva era.

Otro respondió en voz baja:

—O en una nueva incertidumbre.

El elegido aceptó, adoptando el nombre de León X. Su figura, más asociada al mecenazgo y a la cultura que a la guerra, contrastaba con la de su predecesor. Pero el momento exigía algo más que contraste: exigía continuidad.

En Francia, la noticia llegó días después. En el mismo salón donde se habían discutido alianzas y esperanzas, el ambiente era ahora muy distinto.

—León X... —murmuró uno de los cardenales—. No es Carvajal.

Todas las miradas se dirigieron hacia Bernardino.

Durante unos instantes, guardó silencio.

—No —admitió finalmente—. No lo es.

—¿Y ahora? —preguntó otro.

Carvajal respiró hondo.

—Ahora debemos adaptarnos. Roma ha hablado.

—¿Renunciaremos entonces?

El cardenal negó lentamente.

—No renunciamos a la Iglesia —dijo—. Buscamos reconciliación. Y eso... sigue siendo necesario.

De vuelta en Roma, el nuevo Papa no tardó en retomar los asuntos pendientes. El Concilio de Letrán, interrumpido por la muerte de Julio II, debía continuar.

El 27 de abril de 1513, en la Basílica de San Juan de Letrán, se celebró la sexta sesión. Los asistentes, conscientes del cambio de pontificado, observaban con atención cada gesto del nuevo Papa.

—La obra iniciada no quedará incompleta —declaró León X—. Este concilio continuará, por el bien de la Iglesia.

Un obispo, en voz baja, comentó a su vecino:

—Cambian los hombres... pero no los problemas.

—Ni las esperanzas —respondió el otro.

Así, entre la muerte de un pontífice y la elección de otro, entre aspiraciones frustradas y nuevas oportunidades, la historia continuaba su curso. Las tensiones no desaparecían, pero encontraban nuevas formas de expresión. Y en ese delicado equilibrio entre ambición y fe, entre política y espiritualidad,

se escribía uno de los capítulos más complejos de la Iglesia en el umbral de la modernidad.

La primavera de 1513 envolvía a Roma en una luz intensa, casi implacable, como si la ciudad eterna quisiera exponer sin sombras los acontecimientos que estaban a punto de desarrollarse. En ese clima cargado de expectativa, el 27 de junio marcó un momento decisivo en la lenta recomposición de la unidad eclesial. Aquel día, dos figuras que habían estado en el centro de la discordia regresaban al corazón de la cristiandad: el cardenal Bernardino López de Carvajal y el napolitano Federico Sanseverino.

Su llegada a Roma no fue triunfal ni discreta, sino solemne y cargada de significado. Las calles, acostumbradas a procesiones y ceremonias, parecían percibir que no se trataba de una visita más, sino de un acto de reconciliación largamente esperado. Ambos cardenales, marcados por su implicación en el cisma, avanzaban ahora con una mezcla de dignidad y humildad hacia el escenario donde se decidiría su destino.

Bernardino López y San Severino habían enviado una carta con su explícita sumisión dirigida al Papa y fue leída públicamente en la sesión del Sacro Concilio Lateranense:

“Deseando la unidad de la Santa Iglesia Romana y la paz y sosiego de la Christiandad y provocar como es justo a nuestro santo padre León papa décimo a que use con nosotros de benignidad y clemente, por la presente carta escrita de mano ajena y firmada de nuestra voluntad, prometemos que nos allegaremos al sacrosanto concilio lateranense, como desde agora nos llegamos, assi como único e verdadero y con mucha razón y por legítimas causas congregado, y confesamos que todo lo que se ha hecho en él ha sido ordenada, recta y justamente hecho, e que del y de la dicha unidad de la santa Iglesia Romana en ningún

tiempo nos apartaremos. Y juntamente con este por las mismas causas e de nuestra spontanea voluntad, assi como es dicho, prometemos y juramos que diremos y haremos todas aquellas cosas y cada una dellas que el mismo nuestro muy santo padre León a nos y a cada uno de nos mandara, a la voluntad y arbitrio del qual plenariamente nos sometemos, e por mayor declaración de nuestra intención y de la devoción que tenemos a la santa Iglesia Romana y al dicho nuestro muy santo padre y al Sacro concilio lateranense, y porque no parezca que en otra manera y no con limpio corazón havemos hecho e jurado todas las cosas susodichas y cada una dellas somos contentos e aún deseamos que esta presente carta sea leyda públicamente en el mismo concilio lateranense, o en la sesión pública dél. Lo qual todo por esto hazemos de mejor ganar porque nuestro muy santo padre León entienda que en todo tiempo havemos de ser fieles hijos y muy obedientes servidores de su santidad y de la Santa silla apostólica y del sacrosanto concilio lateranense: la qual carta firmada de nuestros nombres, como arriba es dicho, para mayor abundamiento, damos a vos el presente notario y vos rogamos que sobre ella hagays uno o muchos instrumentos públicos. Fecho en Florencia a catorce dias del mes de junio de mill y quinientos y treze años - Yo Bernardino de Carvajal, de mi propia mano lo firmé, prometí, juré, confesé y hize.- Yo Federico de Sancto Severino, de mi propia mano la firmé, prometí, juré, confesé y hize. E yo Vasco de Villasallas Álvarez de Carvajal, clérigo de la diócesis de Plazencia, notario público de la autoridad apostólica a todo lo que dicho es juntamente con los venerables varones Guillermo de Zanoctis y Gonzalo de Montalico, clérigos de la cyudad de Reuna y de la diócesis de Salamanca, llamados y robados por testigos fuy presente a todo lo que dicho que es, y lo vi firmar e por nota puse aquí mi nombre, e quando fuera necessario de todo lo susodicho da de público instrumento rogado y requerido, hecho ut supra”.

La noche había caído sobre Roma con una gravedad inusual, como si la ciudad —acostumbrada al rumor de intrigas, al eco de rezos y al peso de la historia— contuviera el aliento. Las calles, apenas iluminadas por antorchas dispersas, parecían más estrechas, más silenciosas, como si ellas mismas quisieran ocultar lo que estaba por suceder.

Fue en esa oscuridad cómplice donde los cardenales de-puestos hicieron su entrada.

No hubo trompetas, ni cortejos, ni signos del poder que una vez ostentaron. Ninguna seda púrpura brilló bajo la luz vacilante; ningún escudo heráldico anunció su paso. Caminaban envueltos en capas sobrias, casi indistinguibles de cualquier clérigo común. Sus rostros, tensos y sombríos, apenas se dejaban ver bajo las capuchas. Avanzaban con premura, pero no con desorden: era la marcha de hombres que conocían bien el peso de su destino.

Atravesaron las puertas de la ciudad sin ceremonia, como si Roma misma les negara el reconocimiento que antes les debía. Nadie los detuvo. Quizá porque nadie esperaba verlos así. Quizá porque, incluso en la caída, su sombra aún imponía respeto.

El Vaticano los recibió sin alborozo.

Las grandes estancias, que tantas veces habían sido escenario de deliberaciones solemnes y ambiciones veladas, parecían ahora más frías, más severas. Los muros guardaban memoria, y esa memoria no era indulgente. Allí, donde antes habían discutido como iguales entre príncipes de la Iglesia, volverían ahora como penitentes.

La noche transcurrió sin descanso para ellos.

En celdas austeras, lejos del esplendor al que se habían habituado, cada uno enfrentó su propia conciencia. Algunos rezaron con fervor renovado, como si las palabras pudieran borrar los errores. Otros permanecieron en silencio, mirando la oscuri-

dad, incapaces de ordenar sus pensamientos. Hubo quienes intentaron recordar en qué momento exacto se torció el camino, cuándo la ambición comenzó a disfrazarse de servicio.

Ninguno durmió verdaderamente.

Al alba del día siguiente, Roma despertó con un rumor creciente. La noticia se había filtrado, como siempre ocurre con aquello que se intenta ocultar: los cardenales depuestos comparecerían ante el consistorio.

La expectativa era inmensa.

El 27 de junio de 1513 amaneció con un cielo claro, casi indiferente al drama humano que iba a desarrollarse. Desde primeras horas, la corte pontificia comenzó a congregarse. Nobles, prelados, funcionarios, curiosos: todos querían presenciar lo que se anunciaba como un espectáculo poco frecuente.

No era solo morbo. Era algo más profundo: una mezcla de justicia, advertencia y teatro.

La sala del consistorio se preparó con toda la solemnidad habitual, pero ese día parecía adquirir una gravedad distinta. Los asientos se dispusieron con precisión, las telas colgaban impecables, y la luz que entraba por los altos ventanales dibujaba sombras que parecían más largas de lo normal.

Los asistentes murmuraban en voz baja.

—¿Vendrán verdaderamente humillados?

—Dicen que han perdido toda dignidad.

—Dicen que el Papa será implacable.

Las puertas se abrieron.

El murmullo cesó.

Los cardenales entraron.

Vestidos como simples clérigos, sin adornos, sin anillos visibles, sin los signos que antes proclamaban su rango, avanzaron lentamente hacia el centro de la sala. Sus pasos resonaban con una claridad incómoda en el silencio absoluto.

La transformación era evidente.

Donde antes había orgullo, ahora había contención. Donde antes había autoridad, ahora había sumisión. Algunos mantenían la mirada baja; otros, con esfuerzo visible, intentaban sostenerla, aunque sin desafío.

Se arrodillaron.

El gesto fue simultáneo, casi ensayado, pero no por ello menos impactante. La imagen de aquellos hombres —que habían sido figuras de poder— reducidos a suplicantes provocó una reacción contenida entre los presentes. No hubo risas, ni comentarios audibles, pero sí una tensión palpable, una electricidad que recorría la sala.

La humillación, en aquel contexto, no era un accidente: era parte del rito.

Y cuanto mayor era la solemnidad, más profunda resultaba.

Durante unos instantes, nadie habló.

El Papa observaba.

Desde su sitial elevado, su figura dominaba la escena. No era solo un hombre; en aquel momento representaba la autoridad suprema, el juicio, la posibilidad de condena o de perdón. Su rostro permanecía impassible, pero sus ojos no.

Examinaban.

Pesaban.

Recordaban.

El silencio se prolongó lo suficiente como para volverse insoportable.

Finalmente, uno de los cardenales alzó la voz. Era débil al principio, pero se fue afirmando con cada palabra, como si el acto mismo de hablar le devolviera una parte de la dignidad perdida.

Confesó.

No con detalles innecesarios, pero sí con la claridad suficiente para que no quedaran dudas. Reconoció la culpa, admitió el error, imploró misericordia. Sus palabras, cuidadosamente escogidas, buscaban un equilibrio imposible entre la sinceridad y la conveniencia.

Uno a uno, los demás siguieron.

Cada confesión era distinta en forma, pero idéntica en esencia: arrepentimiento, sumisión, súplica. Algunos lloraban abiertamente. Otros contenían las lágrimas, pero sus voces temblaban.

El espectáculo era total.

No había lugar para la ambigüedad: aquello era una demostración pública, una lección para todos los presentes. El poder podía retirarse, la dignidad podía ser cuestionada, y nadie estaba por encima del juicio.

Cuando el último de ellos terminó, el silencio regresó.

Más denso que antes.

Fue entonces cuando el Papa habló.

Su voz no fue elevada, pero llenó la sala con una autoridad incontestable. No necesitaba gritar; cada palabra caía con el peso de una sentencia.

Comenzó recordando.

No solo los hechos, sino también las responsabilidades. Les habló no como a enemigos, sino como a hombres que habían fallado en una misión sagrada. Sus palabras no estaban exentas de dureza, pero tampoco carecían de una cierta gravedad paternal.

Luego, formuló la acusación.

No como un arrebató, sino como una exposición precisa, ordenada, ineludible. Cada término parecía medido, cada pausa calculada. No dejaba espacio para la duda ni para la evasión.

Los cardenales escuchaban inmóviles.

Algunos cerraban los ojos. Otros apretaban las manos. Ninguno interrumpía.

La sala entera parecía inclinarse hacia sus palabras.

Y, sin embargo, en medio de la severidad, dejó entrever la posibilidad del perdón.

No inmediato.

No gratuito.

Pero posible.

Aquello bastó para cambiar el aire en la sala. No lo alivió, pero lo transformó. La tensión ya no era solo de juicio, sino también de espera.

¿Qué decisión tomaría?

Los cardenales permanecían arrodillados, como si el tiempo se hubiera detenido para ellos. Ya no eran figuras políticas, ni actores de intrigas: eran hombres enfrentados a una autoridad que no podían desafiar.

El Papa guardó silencio.

Un silencio final, más breve, pero cargado de significado.

Luego, pronunció las palabras que definirían sus destinos.

“Por la autoridad de Dios Todopoderoso y de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo vos absolvemos de todo vínculo de excomunión y de todas las otras censuras contra vos y contra cada uno de vos por cualquiera autoridad, e por causa del cisma que agora avisvasteis o por otra cualquiera causa pronunciadas comminadas, en cualquier manera hayáis incurrido, y por la misma autoridad vos destituimos a la unión de la Santa Iglesia, y a la participación de los santos sacramentos en la forma acostumbrada, y allende desto de destituimos a vos e a cada uno de vos a vuestra fama, honras y dignidades y a los beneficios eclesiásticos que hasta aquí no hayan sido convenidos por la sede apostólica, e a la honra de cardenales

contra las irregularidades, incivildades, sentencias de privación o condenación, e contra qualesquier letras por razón de lo susodicho por Julio II de felice recordación, nuestro predecesor, o en otra qualesquier manera, o por cualquier causa o causas contra nosotros discernidas o en qualquier manera hayáis incurrido, cuyos tenores queremos que aquí sean habidos por espresos como si de verbo ad verbum fuesen declarados, y vos destituimos e plenamente integramos a todas las cosas e cada una de ellas, que para expedición del presente auto son necesarias o convienen en qualquier manera, empero sin perjuicio del término “digno del derecho” ajeno, por causa de las cosas susodichas en otra qualesquier forma adquirido, supliendo todo en qualesquier defecto que en qualquier manera en el presente intervengan. In nomine Dei Patris et Filii, et Spiritus Sancti”.

Y en ese instante, Roma —la eterna, la testigo de tantas caídas y redenciones— volvió a respirar.

El gesto fue interpretado como una muestra de gran generosidad. No solo se perdonaba, sino que se devolvía el honor perdido. Sin embargo, la realidad práctica no tardó en mostrar sus límites.

En los días siguientes, se intentó restituir a Carvajal los obispados que había poseído anteriormente, como Sigüenza y Avellino (en la sede de Avellino-Frigento). Pero la oposición de quienes ahora ocupaban esos cargos resultó insalvable. Fadrique de Portugal y Francesco Soderini defendieron sus derechos con firmeza, impidiendo una restitución plena.

Ante esa situación, se optó por una solución intermedia. Carvajal recibió compensaciones económicas y beneficios vinculados a diversas iglesias, entre ellas Toledo, Segovia, Mallorca y Rossano. Aquella resolución, aunque menos brillante que una restitución total, reflejaba el equilibrio entre justicia, política y pragmatismo que caracterizaba al nuevo pontificado.

Bajo la guía de León X, el concilio retomó su ritmo. Las sesiones continuaron abordando cuestiones que habían quedado pendientes desde los tiempos de Julio II. La Iglesia, aún sacudida por tensiones internas y presiones externas, buscaba consolidar su estructura y reafirmar su autoridad.

En el verano de 1513, cuando las tensiones entre las potencias europeas se entrelazaban con los delicados equilibrios de la política eclesiástica, la corte de Fernando el Católico recibió una noticia que alteró significativamente el ánimo del monarca. No se trataba de una simple decisión pontificia, sino de un gesto cargado de implicaciones diplomáticas: la reconciliación y rehabilitación de los cardenales Bernardino López y San Severino, figuras estrechamente vinculadas al partido francés dentro del Sacro Colegio.

Desde una perspectiva histórica, este episodio se sitúa en el complejo contexto posterior al Cisma de Pisa y al V Concilio de Letrán, donde la autoridad papal, recién reafirmada bajo León X, buscaba consolidar la unidad eclesial. Sin embargo, para Fernando, cuya política exterior se hallaba en abierta rivalidad con Francia, la decisión pontificia no podía interpretarse como un simple acto de clemencia espiritual. Era, en esencia, una maniobra política.

El rey, hombre experimentado en los juegos del poder, percibió inmediatamente la contradicción entre las promesas previas del Papa y sus acciones concretas. Apenas unos días antes del consistorio en el que se formalizó la reconciliación, León X había dado a entender —por vías diplomáticas— que adoptaría una postura firme frente a los cardenales considerados rebeldes. Esta expectativa había sido cuidadosamente cultivada a través de intercambios epistolares y conversaciones sostenidas por los representantes españoles en Roma.

Por ello, la noticia no solo provocó sorpresa, sino una profunda irritación. La reacción del monarca se materializó en una carta dirigida a su embajador, Jerónimo de Vich, figura clave en la representación de los intereses hispánicos ante la Santa Sede. Este documento, redactado en septiembre de 1513, constituye una fuente de extraordinario valor para comprender tanto la psicología política de Fernando como la dinámica diplomática de la época.

“El negocio particular del cardenal de Santa Cruz, que su santidad me escribió por su breve del qual vos embio copia con la presente responderéis de mi parte al Su Santidad que yo y todos auqntos han visto el dicho breve de su santidad nos havemos maravillado que de Pontífice que tiene tanto y tan singular zelo al servicio y honra de Dios nuestro señor y de su santa Yglesia haya emanado tal breve...”

El tono de la carta es inequívocamente severo. En ella, el rey no oculta su descontento y recurre a un lenguaje que combina la retórica devota con una crítica aguda. La aparente contradicción entre el “zelo al servicio y honra de Dios” atribuido al Pontífice y la emisión de un breve que favorecía a figuras cercanas a Francia es presentada como motivo de perplejidad y censura.

Desde un punto de vista analítico, el documento revela una tensión estructural entre dos concepciones del poder: la espiritual, representada por el Papa, y la político-territorial, encarnada por el monarca. Fernando no cuestiona abiertamente la autoridad pontificia —lo cual habría sido impensable en términos formales—, pero sí pone en duda la coherencia de sus decisiones. Esta crítica se articula mediante un recurso retórico clásico: la admiración fingida que encubre reproche.

El fragmento central de la carta, en el que el rey afirma que tanto él como quienes han leído el breve “se han maravillado”, debe interpretarse no como una expresión literal de sorpresa, sino como un mecanismo discursivo destinado a subrayar la gravedad de la situación. La “maravilla” se convierte aquí en un eufemismo de desaprobación.

Asimismo, el énfasis en el “negocio particular del cardenal de Santa Cruz” sugiere que la cuestión no era meramente general o doctrinal, sino profundamente concreta. Las redes de clientelismo, lealtades y alianzas personales desempeñaban un papel decisivo en la política eclesiástica del Renacimiento. En este sentido, la rehabilitación de determinados cardenales implicaba una redistribución del poder dentro del Colegio Cardenalicio.

La figura de Jerónimo de Vich adquiere especial relevancia en este contexto. Como embajador, su función no se limitaba a transmitir mensajes, sino que implicaba interpretar, negociar y, en ocasiones, presionar. La carta de Fernando le instruye claramente para que exprese el descontento real ante el Papa, pero lo haga dentro de los límites de la diplomacia cortesana. Esta dualidad —firmeza en el fondo, cautela en la forma— caracteriza la acción diplomática de la época.

L 170-22, (C)
E= 158-53

Abjuratio concilia buli pifant omniumq; actus inibi habi
torum facte per Bernardinum de caruajal ⁊ Fredericum de
sancto feuerino atq; aprobatio sententiarum contra eos lara
rum. Et in fine forma absolutionis quam sanctissimus dñs
noster Leo papa. x. eis impendit in qua illos tantummodo
ad cardinalatus honores restituit.



E. por Secretaria el 4 de Junio de 1888

© Biblioteca Nacional de España

Desde una perspectiva más amplia, el episodio ilustra la fragilidad de las alianzas en la Europa del siglo XVI. El Papado, lejos de ser un árbitro neutral, participaba activamente en el juego de poderes, oscilando entre distintas influencias según las circunstancias. León X, miembro de la familia Medici,

estaba particularmente atento a mantener un equilibrio que asegurara la estabilidad de sus propios intereses.

La decepción de Fernando también puede interpretarse como el resultado de una expectativa mal calibrada. El rey había confiado en que sus intereses coincidirían con los del Pontífice en la cuestión de los cardenales “rebeldes”, pero subestimó la capacidad del Papa para priorizar la reconciliación interna sobre las rivalidades externas. Este error de cálculo revela los límites del poder monárquico incluso en una figura tan dominante como Fernando.

En términos narrativos, la escena adquiere un carácter casi dramático: el rey, en su estudio, rodeado de consejeros, recibe la noticia; el silencio inicial da paso a una reflexión intensa; finalmente, dicta la carta, cada palabra medida pero cargada de intención. Mientras tanto, en Roma, el embajador se prepara para desempeñar su delicada misión, consciente de que cada gesto puede tener consecuencias.

La carta no es solo un documento político, sino también un testimonio humano. En ella se percibe la frustración de un gobernante que ve desafiada su estrategia, pero también su determinación para reaccionar. La escritura se convierte en un instrumento de poder, un medio para influir a distancia en las decisiones del Pontífice.

Desde el punto de vista historiográfico, este tipo de correspondencia permite reconstruir no solo los hechos, sino las percepciones y emociones de los actores históricos. La historia, entendida como ciencia, se nutre de estas fuentes para elaborar interpretaciones que trascienden la mera cronología.

En conclusión, el episodio de 1513 pone de manifiesto la complejidad de las relaciones entre la monarquía hispánica y la Santa Sede en un momento crucial de la historia europea. La carta de Fernando a Jerónimo de Vich no es simplemente una

reacción puntual, sino un reflejo de tensiones más profundas que atraviesan la política, la religión y la diplomacia del Renacimiento. En ella convergen la estrategia, la retórica y la emoción, dando lugar a un texto que, leído hoy, sigue ofreciendo claves valiosas para comprender aquel mundo en transformación.

En otra carta enviada al Cardenal Remolins y al embajador Vich, Con fecha 22 de septiembre de 1513, se dice literalmente:

“A lo del Cardenal de Santa Cruz y a lo que allí procura el obispo de Marsella, embajador del rey de Francia, por otra mi carta que llevays escrivio lo que se ha de responder a Su Santidad y aquello le haveis de suplicar todos de mi parte con mucha instancia. Quanto a lo de la Yglesia de Burgos respondereys a Su Santidad que ya por mi carta de que vos llevais traslado he escrito y respondido a su Beatitud lo último que en aquello se puede facer que es que por amor de Su Santidad yo daré al dicho cardenal una iglesia en estos reynos que valga seis ducados denunciando él libremente a la Yglesia de Burgos para que della sea proveida la persona porque yo he suplicado y que para esto aya efecto, yo embio con vos el dicho Antón de Serón a Vos el dicho mi embaxador el despacho necesario”.

Fracasados los intentos de obtener una de las codiciadas sedes episcopales, Nandino López optó por una estrategia distinta: el silencio prudente y la permanencia constante en Roma. Lejos de significar un retiro pasivo, esta actitud revelaba una comprensión profunda de los ritmos del poder curial. En la corte pontificia del Renacimiento, la visibilidad no siempre se traducía en influencia; en ocasiones, la discreción resultaba más eficaz que la ambición explícita.

Durante este periodo, su participación en el Quinto Concilio de Letrán resultó decisiva para su proyección personal. Este

concilio, convocado inicialmente bajo el pontificado de Julio II y concluido bajo León X, buscaba restaurar la autoridad papal tras las tensiones conciliaristas y reafirmar la unidad de la Iglesia. En este marco, Bernardino López intervino en diversas sesiones con una elocuencia mesurada y una sólida argumentación teológica que pronto le granjearon reconocimiento entre sus pares.

Sus intervenciones, más que brillantes en el sentido retórico, destacaron por su equilibrio y oportunidad. Evitaba los extremos, se alineaba con la ortodoxia romana y, al mismo tiempo, mostraba una notable capacidad para interpretar las necesidades políticas del momento. Este perfil —a medio camino entre el teólogo y el diplomático— resultaba especialmente valioso en un concilio donde la doctrina y la política eran inseparables.

No tardó en llamar la atención del propio León X, cuya sensibilidad hacia los hombres de talento era bien conocida. El pontífice, perteneciente a la influyente familia Medici, no solo apreciaba la erudición, sino también la lealtad y la capacidad de maniobra dentro del complejo entramado curial. En Bernardino López encontró una combinación rara de prudencia, competencia y fiabilidad.

Como consecuencia, comenzaron a llegar los beneficios y honores. Estos no deben entenderse únicamente como recompensas personales, sino como instrumentos de integración dentro de la estructura de poder eclesiástico. Cada dignidad concedida implicaba nuevas responsabilidades, pero también una mayor cercanía al centro de decisión.

En este proceso de ascenso, resulta particularmente significativa la acumulación de títulos que el pontífice puso en sus manos. Ya investido con la dignidad del patriarcado de Jerusalén —cargo que, en aquel contexto, tenía más valor simbólico

que jurisdiccional—, Bernardino López fue progresivamente incorporado a los rangos más elevados de la jerarquía romana.

El paso decisivo llegó con la concesión del obispado de Tusculum, una de las sedes suburbicarias que tradicionalmente estaban reservadas a los miembros más destacados del Colegio Cardenalicio. A esta dignidad se añadió posteriormente la de Ostia, considerada la más prestigiosa de todas ellas, ya que su titular ejercía funciones de primacía dentro del grupo de cardenales obispos.

La posesión de Ostia no era un simple honor añadido; constituía, en términos institucionales, la culminación de una carrera eclesiástica. Su concesión implicaba la elevación efectiva a la categoría de cardenal obispo, el rango más alto dentro del Colegio Cardenalicio. Desde una perspectiva jerárquica, este grado situaba a su titular en una posición privilegiada tanto en las deliberaciones internas como en la eventual elección de un nuevo pontífice.

El gesto de León X puede interpretarse, por tanto, como una muestra de confianza excepcional. No se trataba únicamente de premiar méritos pasados, sino de asegurar la presencia de un aliado fiable en uno de los niveles más sensibles del gobierno eclesiástico. En un momento en que la política europea presionaba constantemente sobre Roma, contar con figuras leales dentro del Colegio era una necesidad estratégica.

La trayectoria de Bernardino López adquiere aquí un matiz casi paradójico, aquel que había fracasado en la obtención de sedes episcopales aparentemente más accesibles terminó alcanzando una dignidad superior a muchas de ellas. Este giro ilustra una de las constantes del sistema curial: el éxito no siempre respondía a una progresión lineal, sino a la capacidad de adaptarse, esperar y actuar en el momento oportuno.

El año de 1515 encontró a Bernardino López de Carvajal en un momento de renovada actividad, moviéndose entre las

cortes del norte de Europa y los círculos de poder de Roma con la habilidad de quien conocía bien los resortes de la política eclesiástica. En septiembre de ese año, en la ciudad de Cambrai, recibió la encomienda de Saint-Rumold de Malinas, una dignidad que reforzaba su posición en los territorios vinculados al Imperio. Apenas un mes después, el 13 de octubre, en Colonia, se le concedía también la de Sankt Cassius von Bonn, ampliando así su red de influencia en el ámbito germánico.

Estos reconocimientos no eran meros honores simbólicos, sino piezas dentro de un entramado político que Carvajal aspiraba a seguir tejiendo. Entre sus ambiciones se encontraba la obtención de una legación que le permitiera acompañar al joven Carlos I de España en su viaje a la península ibérica. Aquel proyecto respondía a una estrategia clara: situarse cerca del futuro monarca, consolidar su influencia y participar en la configuración de una nueva etapa política en Europa.

Sin embargo, la actividad del cardenal no se limitaba al terreno diplomático. Su palacio en Roma se había convertido en un centro de vida intelectual y artística, reflejo del espíritu renacentista que impregnaba la época. En 1516, bajo su patrocinio, el humanista extremeño Bartolomé Torres Naharro representó su comedia *Tenellaria* ante León X, quien, como buen mecenas, apreciaba las manifestaciones culturales tanto como las cuestiones de gobierno. Más tarde, también se escenificó *Ymeneá*, consolidando el prestigio del círculo literario que gravitaba en torno al cardenal.

En ese mismo ambiente, el dramaturgo Juan de Fermoselle elevaba su voz para exhortar a Carvajal a retomar un ideal que aún resonaba en ciertos sectores de la cristiandad: la conquista de Jerusalén. Aquella aspiración, heredera del espíritu de las cruzadas, parecía ya lejana en una Europa dominada por conflictos internos, pero seguía viva en el imaginario de algunos humanistas y eclesiásticos.

El cardenal, rodeado de artistas, secretarios y hombres de armas, mantenía una casa poderosa y numerosa. Cerca de trescientos españoles formaban parte de su servicio en Roma, una cifra que no solo reflejaba su riqueza, sino también su capacidad de movilización. Aquella presencia, sin embargo, no estaba exenta de riesgos en una ciudad donde las rivalidades entre familias eran constantes y a menudo violentas.

En 1516, estas tensiones estallaron con fuerza. Carvajal se vio envuelto en un enfrentamiento con algunas de las familias más influyentes de Roma, entre ellas los Medici y los Orsini, cuyos intereses se entrelazaban con el gobierno de la Iglesia y el control de la ciudad.

El incidente que desató el conflicto tuvo un origen aparentemente menor, pero cargado de consecuencias. A las puertas del palacio del cardenal, un grupo de sus servidores españoles protagonizó un altercado con un ciudadano romano, amigo del cardenal Marco Cornaro. El maltrato infligido al romano provocó la inmediata protesta de Cornaro, quien exigió reparación.

La disputa, en un principio personal, adquirió rápidamente una dimensión diplomática. Las casas de ambos cardenales se enfrentaron en una escalada de tensiones que amenazaba con desbordarse. La intervención de León X logró en un primer momento poner fin al conflicto mediante un acuerdo que parecía restaurar la calma.

Pero la paz era frágil.

Algunos de los españoles al servicio de Carvajal interpretaron la intervención pontificia como una afrenta. Movidos por el resentimiento, reconocieron en la calle al denunciante del incidente inicial y lo asesinaron, desatando una crisis de mayor gravedad.

La respuesta no se hizo esperar.

Lorenzo de Medici, al frente de tropas pontificias y contingentes suizos, avanzó hacia la residencia del cardenal. Lo

acompañaban figuras destacadas como Franciotto Orsini y Hipólito de Médici, junto a partidarios de sus respectivas familias. La movilización no era solo un acto de justicia, sino también una demostración de fuerza.

El palacio de Carvajal, lejos de rendirse sin más, respondió con artillería. La escena, más propia de un campo de batalla que de una ciudad sagrada, evidenciaba hasta qué punto Roma podía convertirse en un escenario de violencia abierta cuando los equilibrios se rompían.

Tras una breve pero intensa escaramuza, la situación derivó hacia la negociación. Ninguna de las partes deseaba prolongar un conflicto que podía tener consecuencias imprevisibles. Finalmente, se alcanzó un acuerdo: los responsables del asesinato serían entregados a la justicia pontificia.

Con ello, la crisis se contenía, aunque no desaparecía del todo. El episodio dejó al descubierto la fragilidad del orden en Roma y la compleja red de lealtades, rivalidades y ambiciones que definían la vida de la Iglesia en aquellos años.

En medio de este escenario, la figura de Bernardino López de Carvajal emergía como profundamente contradictoria: mecenas de las artes y promotor de ideales elevados, pero también protagonista de conflictos ásperos y peligrosos. Su vida, como la de su tiempo, oscilaba constantemente entre la cultura y la violencia, entre la aspiración espiritual y las realidades terrenales del poder.

En los años finales del V Concilio de Letrán, la figura de Bernardino López de Carvajal se encontraba plenamente reintegrada en la vida activa de la Iglesia. Lejos quedaban los días de incertidumbre y ruptura; ahora, su presencia en Roma volvía a ser constante, influyente y, en muchos aspectos, decisiva.

La gran nave de la basílica lateranense acogía la octava sesión del concilio con una solemnidad ya familiar para los

prelados. La luz se filtraba entre columnas y altares, iluminando los rostros de quienes, sesión tras sesión, trataban de dar forma a la reforma interna de la Iglesia.

Carvajal, sentado entre otros cardenales, observaba con atención el desarrollo de las deliberaciones. A su lado, un prelado italiano inclinó ligeramente la cabeza hacia él.

—Eminencia —susurró—, no deja de ser notable vuestra constancia. Habéis asistido a más sesiones que muchos que jamás se apartaron de Roma.

Carvajal esbozó una leve sonrisa.

—Quizá porque conozco el precio de la ausencia —respondió en voz baja—. Y también el valor del regreso.

El cardenal asintió, comprendiendo la alusión sin necesidad de más palabras.

Las sesiones continuaron, y Carvajal estuvo presente no solo en la octava, sino también en las sucesivas hasta la duodécima. Su participación no era pasiva: intervenía en discusiones, apoyaba iniciativas y, sobre todo, contribuía a uno de los aspectos más delicados del concilio, la reforma de la Iglesia.

El 15 de diciembre de 1516, en una congregación general, su nombre fue incluido en la comisión encargada de proponer medidas reformadoras. En una sala más reducida, lejos de la pompa de las sesiones solemnes, se reunieron los miembros designados.

—La reforma no puede ser superficial —afirmó uno de los teólogos presentes—. Debe alcanzar tanto al clero como a las estructuras.

Carvajal apoyó las manos sobre la mesa.

—Y debe ser viable —añadió—. No basta con desear una Iglesia más pura. Hay que construir mecanismos que lo permitan.

—¿Y por dónde empezar? —preguntó otro.

El cardenal reflexionó un instante.

—Por la disciplina —respondió—. Sin orden, no hay reforma posible.

El tiempo avanzaba, y con él, los desafíos. El 4 de noviembre de 1517, en un contexto cada vez más inquietante para la cristiandad, Carvajal fue incorporado a una delegación destinada a organizar una cruzada contra el Imperio otomano.

En una audiencia con León X, el Papa expuso sus intenciones con claridad.

—La amenaza turca no es nueva —dijo—, pero ahora exige una respuesta coordinada. Europa debe unirse.

Carvajal inclinó la cabeza.

—¿Cuál será mi cometido, Santidad?

El pontífice lo miró fijamente.

—Restablecer la disciplina —respondió—. No solo en los ejércitos, sino en la estructura jurídica que los sostiene. La Iglesia necesita orden si ha de liderar una empresa de tal magnitud.

—Como en tiempos de Alejandro VI —añadió Carvajal, evocando el pasado.

—Exactamente —confirmó León X—. Recuperad esa eficacia.

El encargo no era menor. Implicaba reorganizar aspectos administrativos, jurídicos y militares en un momento en que la unidad europea era más aspiración que realidad.

Pero la vida del cardenal no se limitaba a los grandes asuntos políticos y religiosos. También participaba en actos que reflejaban el cruce de culturas propio del Renacimiento.

Uno de ellos fue el bautismo de León el Africano, figura singular cuya vida encarnaba el encuentro entre mundos distintos. La ceremonia tuvo lugar en Roma, y Carvajal actuó como padrino.

—Recibid este nombre —pronunció el celebrante—, como signo de vuestra nueva fe.

Tras la ceremonia, un clérigo se acercó a Carvajal.

—No deja de ser extraordinario —comentó—. Un hombre que ha recorrido África, convertido ahora en cristiano en el corazón de Roma.

Carvajal observó al recién bautizado.

—Europa cambia —dijo—. Y con ella, la Iglesia. Debemos aprender a comprender lo que antes solo temíamos.

Esa apertura intelectual encontraba eco en el mecenazgo artístico del cardenal. Instalado en el Palazzo Farnese, cuya arquitectura se atribuía a Antonio da Sangallo el Joven, Carvajal promovía obras que transformaban tanto edificios como espacios urbanos.

En una reunión con el arquitecto, desplegaron planos sobre una mesa.

—La basílica de Santa Cruz necesita renovación —explicó el cardenal—. No solo estética, sino funcional.

Sangallo examinó los diseños.

—Propondría accesos subterráneos —indicó—. Facilitarían el tránsito y darían mayor solidez al conjunto.

—¿Y los claustros?

—Dos nuevos —respondió el arquitecto—. Y elevaría los altares laterales para reforzar la perspectiva.

Carvajal asintió.

—Hacedlo.

Así, su figura se convierte en un ejemplo paradigmático del ascenso dentro de la Iglesia renacentista, donde la inteligencia política, la discreción y la fidelidad podían resultar más decisivas que la ambición abierta. En el silencio de Roma, lejos de los focos iniciales, se había forjado una de las carreras más sólidas de su tiempo.

No se disiparon las tensiones. Entre los temas más delicados se encontraba la relación con Francia, donde el poder real

y la autonomía eclesiástica habían generado fricciones constantes. Estas cuestiones alcanzaron un punto culminante en la sesión celebrada el 19 de diciembre de 1516.

En aquella jornada, se aprobó el concordato entre la Santa Sede y el monarca Francisco I de Francia. El acuerdo redefinió las relaciones entre la Iglesia y la corona francesa, poniendo fin a antiguas disputas y estableciendo nuevas bases de cooperación.

Sin embargo, no fue una decisión exenta de controversia.

—Se está cediendo demasiado —murmuró un prelado durante el debate—. La autonomía de la Iglesia corre peligro.

—O se está evitando un conflicto mayor —respondió otro—. A veces, la paz exige concesiones.

La discusión fue intensa, especialmente en lo relativo al papel del clero secular y la regulación de la predicación. Las posturas divergentes reflejaban una Iglesia en transformación, consciente de los desafíos que se avecinaban.

Finalmente, además del concordato, se aprobó la bula que confirmaba dicho acuerdo y se decretó la abolición de la pragmática sanción galicana, una medida que reforzaba la autoridad pontificia frente a las pretensiones de independencia de la Iglesia francesa.

El concilio continuó avanzando bajo la dirección de León X, quien presidió las siete últimas sesiones. Su pontificado, menos beligerante que el de Julio II, se caracterizó por un intento de consolidar lo logrado y cerrar las heridas abiertas.

El 16 de marzo de 1517, tras años de deliberaciones, acuerdos y tensiones, el V Concilio de Letrán llegó a su conclusión. No fue el final de los problemas, ni mucho menos, pero sí el cierre de un capítulo crucial.

En los pasillos de Roma, mientras los participantes abandonaban la ciudad, algunos reflexionaban sobre lo vivido.

—Hemos restaurado la unidad —dijo uno con convicción.

—Hemos ganado tiempo —respondió otro con cautela.

Ambas afirmaciones, en el fondo, contenían parte de la verdad.

Porque aunque el concilio había logrado reafirmar la autoridad de la Iglesia y resolver conflictos inmediatos, en el horizonte comenzaban a perfilarse nuevas tormentas que pronto pondrían a prueba, una vez más, los cimientos de la cristiandad.

Entre 1519 y 1520, las obras avanzaron, transformando el espacio en una expresión tangible del espíritu renacentista.

No muy lejos de Roma, en Tívoli, el cardenal también impulsó la restauración del ala noroeste de un convento franciscano, que con el tiempo se convertiría en el núcleo del futuro palacio de Hipólito de Médici.

Sin embargo, los desafíos intelectuales adquirirían un tono cada vez más urgente. En el ámbito doctrinal, Carvajal intervino en la controversia en torno al *Augenspiegel*, obra del humanista alemán Johannes Reuchlin.

En una reunión de teólogos, el debate era intenso.

—Reuchlin defiende el estudio de textos hebreos —señaló uno—. No todos lo ven con buenos ojos.

—El problema no es el estudio —respondió Carvajal—, sino sus implicaciones. En tiempos de incertidumbre, cualquier desviación puede amplificarse.

—¿Proponéis censura?

El cardenal negó con calma.

—Propongo discernimiento.

Pero la cuestión no se detuvo ahí. En 1517, un monje agustino llamado Martín Lutero había publicado sus 95 tesis, desencadenando un movimiento que pronto desbordaría los límites de un debate académico.

En 1520, en una sala del Vaticano, se discutía la respuesta oficial.

—No podemos ignorarlo —afirmó un cardenal—. Sus ideas se extienden.

—Entonces debemos responder con claridad doctrinal.

El resultado fue la bula *Exsurge Domine*, promulgada el 15 de junio de 1520 por León X, en cuya elaboración participó el propio Carvajal. En ella se condenaban cuarenta y una proposiciones extraídas de las tesis de Lutero.

—No es solo una condena —comentó un teólogo tras la redacción—. Es una línea divisoria.

Carvajal guardó silencio unos instantes antes de responder:

—Entonces debemos asegurarnos de que sea comprendida... y sostenida.

Así, entre concilios, reformas, conflictos doctrinales y proyectos artísticos, la figura de Bernardino López de Carvajal se mantenía en el centro de un mundo en transformación. Su vida reflejaba las tensiones de una época que oscilaba entre la tradición y el cambio, entre la unidad deseada y la fractura inminente.

En las estancias del Palazzo Farnese, mientras Roma continuaba su incesante actividad, el cardenal parecía consciente de que el equilibrio alcanzado era frágil.

—La historia no se detiene —murmuró en una ocasión, contemplando los planos extendidos ante él—. Y nosotros... apenas intentamos seguir su ritmo.

Nadie respondió. Pero todos comprendieron que, más allá de los muros de la ciudad, nuevas fuerzas comenzaban a alterar para siempre el curso de la cristiandad.

El año de 1521 se abrió para Bernardino López de Carvajal con una mezcla de renuncia, expectativa y culminación. Tras una vida marcada por tensiones, ambiciones y rehabilitaciones, el cardenal parecía avanzar hacia una etapa final en la que los honores y las responsabilidades alcanzaban su punto más alto.

El 14 de enero de 1521, Carvajal tomó una decisión que sorprendió a algunos de sus allegados: renunció al cargo de administrador de Rossano. En una sala del Palazzo Farnese, donde residía, comunicó la noticia a uno de sus colaboradores más cercanos.

—Eminencia, ¿renunciar ahora? —preguntó el secretario, visiblemente desconcertado—. Aún es una sede de peso.

Bernardino, apoyado en el respaldo de su silla, respondió con serenidad:

—He sostenido suficientes cargas durante mi vida. Es momento de preparar lo que ha de venir.

—¿Y qué esperáis, si se me permite?

El cardenal lo miró fijamente.

—Lo que me corresponde... o lo que Roma decida concederme.

No hubo necesidad de añadir más. En aquellos días, una posibilidad comenzaba a tomar forma: la sede de su ciudad natal.

Pocos días después, el 20 de enero de 1521, fallecía Gómez de Solís, obispo de Plasencia. La noticia llegó a Roma con rapidez, y con ella, la activación de decisiones previamente meditadas.

En una audiencia privada, el papa León X se dirigió a Carvajal con tono medido.

—La sede de Plasencia ha quedado vacante —dijo—. Como sabéis, os prometí su provisión.

Carvajal inclinó la cabeza, sin ocultar una leve emoción.

—Santidad, es mi tierra. No hay honor mayor.

—Aún no tomaréis posesión de inmediato —continuó el Papa—. He ordenado que el cabildo administre la diócesis hasta vuestra llegada.

—Comprendo —respondió el cardenal—. Roma tiene sus tiempos.

—Y sus equilibrios —añadió León X.

El nombramiento público se hizo esperar algunos meses. Finalmente, el 14 de junio de 1521, Carvajal fue proclamado obispo de Plasencia, cerrando así un círculo vital que lo devolvía simbólicamente a sus orígenes.

Pero ese mismo año, otros acontecimientos elevaron aún más su posición dentro de la jerarquía eclesiástica.

Ya desde el 27 de junio de 1513 había sido nombrado nuevamente cardenal obispo de Sabina, una de las sedes suburbicarias más relevantes. Sin embargo, el ascenso decisivo llegó el 24 de julio de 1521, cuando accedió a la sede de Ostia-Velletri.

Aquella dignidad no era una más: implicaba convertirse en decano del Colegio Cardenalicio, el segundo puesto en jerarquía dentro de la Iglesia, solo por debajo del pontífice.

En una reunión con otros cardenales, uno de ellos no pudo evitar comentarlo:

—Eminencia, habéis alcanzado la cúspide.

Carvajal respondió con una leve sonrisa.

—La cúspide no es un lugar cómodo —dijo—. Es un lugar de responsabilidad.

—Y de influencia —añadió otro.

—Si se emplea bien —replicó el cardenal—.

Poco después, el 20 de agosto de 1521, León X confirmó su nombramiento como obispo de Plasencia, consolidando definitivamente aquel honor que, para muchos, representaba una especie de reconciliación final con su trayectoria. El recuerdo del episodio de Pisa, que durante años había ensombrecido su carrera, parecía quedar definitivamente atrás.

Sin embargo, el destino no tardaría en abrir un nuevo capítulo.

El 1 de diciembre de 1521, Roma quedó nuevamente sumida en la incertidumbre: el papa León X había fallecido. La

noticia, inesperada para muchos, desencadenó la convocatoria inmediata de un nuevo cónclave.

Como decano del Colegio Cardenalicio, Carvajal asumió la responsabilidad de presidirlo.

En los días previos al encierro, conversó con algunos de los electores.

—Roma necesita estabilidad —afirmó uno de ellos—. Y rapidez.

—Necesita claridad —corrigió Carvajal—. No basta con elegir; hay que elegir bien.

—¿Y quién es “bien”? —preguntó otro, con una media sonrisa.

El cardenal guardó un breve silencio.

—Aquel que comprenda la gravedad de nuestro tiempo.

El cónclave se desarrolló entre tensiones, alianzas y negociaciones silenciosas. El 9 de enero de 1522, tras múltiples votaciones, se produjo un resultado inesperado: un empate a quince votos entre el propio Carvajal y el candidato que terminaría imponiéndose, el holandés Adriano VI.

En una de las últimas deliberaciones, un cardenal se acercó a Carvajal.

—Eminencia, estáis a un paso.

Carvajal negó lentamente.

—No se trata de pasos —respondió—, sino de decisiones.

Finalmente, la elección recayó en Adriano VI, un pontífice ajeno a las intrigas habituales de Roma y percibido como una figura de reforma.

Meses después, cuando el nuevo Papa llegó a la ciudad, Carvajal salió a recibirlo en la basílica de San Pablo Extramuros.

La escena fue solemne. El cardenal, revestido con los símbolos de su dignidad, pronunció un discurso que muchos recordarían por su claridad.

—Santidad —dijo—, la Iglesia enfrenta males profundos. No bastan los gestos: se requiere reforma.

Adriano VI lo escuchó con atención.

—Y también valentía —añadió Carvajal—. Para corregir lo que durante demasiado tiempo ha sido tolerado.

El nuevo pontífice asintió levemente.

—Entonces trabajaremos en ello —respondió.

El 26 de septiembre de 1522, Carvajal recibió la administración de la diócesis de Foligno, consolidando aún más su posición en la estructura eclesiástica. Al mismo tiempo, mantenía su dignidad como obispo de Ostia y Velletri, lo que confirmaba su papel central en el gobierno de la Iglesia.

En una conversación final con uno de sus colaboradores, el cardenal reflexionó sobre su trayectoria.

—He servido a varios papas —dijo—. He caído... y he vuelto a levantarme.

—Y ahora sois decano —respondió el secretario—. Pocos han llegado tan lejos.

Carvajal miró hacia una ventana, donde la luz de Roma comenzaba a declinar.

—No se trata de llegar —dijo lentamente—. Se trata de permanecer fiel... incluso cuando uno se equivoca.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino lleno de significado.

Porque en la figura de Bernardino López de Carvajal se concentraban las contradicciones de toda una época, ambición y arrepentimiento, poder y servicio, error y redención. Y en ese equilibrio inestable, su vida se acercaba ya a su último tramo, dejando tras de sí una huella profunda en la historia de la Iglesia.

El cardenal López no era un hombre que se limitara a la protesta estéril. Su verdadera habilidad residía en su capacidad para operar en múltiples frentes simultáneamente. Así, el

28 de abril de 1523 fue incorporado a una comisión encargada de investigar al cardenal Francesco Sosweini, acusado de participar en una conjura contra el papa León X. Este proceso, cargado de implicaciones políticas, ofrecía a López la oportunidad de reafirmar su lealtad institucional mientras consolidaba su posición dentro de la maquinaria vaticana.

La figura de Sosweini, envuelta en rumores y sospechas, representaba una amenaza latente para la estabilidad de la Iglesia. La comisión, integrada por cardenales de distintas tendencias, debía actuar con cautela. López, con su habitual prudencia, optó por una estrategia basada en la acumulación meticulosa de pruebas y en la construcción de un relato coherente que justificara cualquier decisión futura. Su participación en este proceso no solo reforzó su reputación como jurista, sino que también le permitió acceder a redes de información privilegiada.

Paralelamente, Bernardino López mantenía una activa correspondencia con el emperador Carlos V, en la que informaba con detalle sobre los movimientos del Imperio Otomano en el Mediterráneo. Estas cartas, redactadas con precisión casi militar, revelan a un hombre profundamente consciente de la dimensión geopolítica de su tiempo. Para López, la amenaza otomana no era solo un problema externo, sino un factor que condicionaba las dinámicas internas de la cristiandad.

En este contexto, su relación con la corte imperial adquiría una relevancia particular. López entendía que el equilibrio de poder en Europa dependía tanto de las decisiones papales como de las estrategias imperiales. Por ello, no dudó en intervenir en cuestiones diplomáticas, como el intento de colocar a su protegido, el duque de Sesa, Luis Fernández de Córdoba, en una posición clave dentro de la embajada. Este movimiento, aparentemente menor, respondía a una lógica de influencia y control que trascendía los límites formales de su cargo.

El duque de Sesa, hombre de armas y diplomacia, representaba una extensión de la voluntad de López en los círculos cortesanos. Su posible incorporación a la embajada no solo fortalecía la presencia hispana en Roma, sino que también garantizaba una línea directa de comunicación entre el cardenal y el emperador. Esta red de lealtades, cuidadosamente construida, evidenciaba la capacidad de López para moverse con soltura entre lo espiritual y lo político.

Mientras tanto, el pontificado de Clemente VII comenzaba a definirse en medio de desafíos crecientes. Las tensiones con las potencias europeas, las divisiones internas de la Iglesia y la amenaza otomana configuraban un escenario complejo. En este marco, figuras como Bernardino López adquirían una importancia estratégica, no tanto por su visibilidad pública, sino por su influencia en los mecanismos internos de decisión.

La historia de estos años no puede entenderse sin atender a las trayectorias individuales que, como la de López, contribuyeron a moldear el curso de los acontecimientos. Su figura, a medio camino entre el erudito y el diplomático, encarna una forma de poder discreto pero eficaz. No fue papa, ni líder de ejércitos, pero su huella se percibe en los pliegues menos visibles de la historia.

Así, entre denuncias, comisiones y correspondencias, Bernardino López se convirtió en un actor clave de su tiempo. Su capacidad para interpretar las señales de un mundo en transformación, y para actuar en consecuencia, lo sitúa como un ejemplo paradigmático de la complejidad del siglo XVI. Un siglo en el que la fe, la política y la ambición se entrelazaban de manera inextricable, dando lugar a un relato que, aún hoy, continúa fascinando por su profundidad y sus contradicciones.

La figura del cardenal Bernardino López —identificado en no pocas fuentes con el linaje de los Carvajal— adquiere una di-

mención particularmente significativa cuando se examina su relación con su ciudad natal y, de manera concreta, con la fábrica de la catedral de Plasencia. En efecto, más allá de su papel en la política curial romana, su actuación como obispo revela una voluntad consciente de perpetuar su memoria a través de la arquitectura sacra, en una tradición que hunde sus raíces en la cultura del mecenazgo tardo-medieval y renacentista.

Las obras de la llamada Catedral Nueva de Plasencia habían comenzado en 1498 bajo el impulso del obispo Gutiérrez Álvarez de Toledo, en un momento en que la ciudad aspiraba a dotarse de un templo acorde con su creciente importancia eclesiástica. Sin embargo, como era habitual en este tipo de empresas, la construcción se prolongó durante décadas, dependiendo en gran medida de las aportaciones económicas y del respaldo político de sus sucesivos prelados. En este contexto, la intervención de Bernardino López resultó decisiva.

El cardenal destinó importantes sumas de dinero a la continuidad de las obras, asegurando no solo el avance material del edificio, sino también la impronta simbólica de su linaje. Fruto de este patrocinio, se labraron sendos escudos de granito en dos contrafuertes de la cabecera exterior del templo. Estos blasones, de notable calidad técnica, presentan la banda característica de los Carvajal y se hallan timbrados con un capelo cardenalicio sobre la cruz de Jerusalén, flanqueado por dos sartas de diez borlas a cada lado, conforme a la heráldica propia de su dignidad.

La presencia de estos escudos no debe interpretarse como un mero gesto de vanidad personal. En la mentalidad de la época, la inclusión de emblemas heráldicos en edificios religiosos constituía una forma de inscripción en la memoria colectiva, una afirmación de pertenencia y, al mismo tiempo, un acto de devoción. El patrocinador no solo financiaba la obra,

sino que se integraba simbólicamente en ella, asegurando que su nombre y su linaje quedaran asociados al espacio sagrado.

Este programa iconográfico se ve reforzado en el interior del templo, donde, en la parte superior de los muros laterales de la nave central, se disponen dos grandes escudos nobiliarios en granito policromado, colocados de manera simétrica. La atribución de estas piezas al maestro cantero Juan de Álava resulta coherente con el estilo y la cronología de la obra. En cada lado, uno de los escudos representa las armas del emperador Carlos V, mientras que el otro, de carácter más complejo y con forma de blasón global, corresponde al propio cardenal Bernardino López.

La yuxtaposición de ambos escudos no es casual. Responde a una lógica de representación del poder en la que se entrelazan la autoridad imperial y la dignidad eclesiástica. De este modo, el espacio catedralicio se convierte en un escenario donde se visualiza el equilibrio —no siempre exento de tensiones— entre las dos grandes instancias de poder de la cristiandad occidental.

Aquel otoño, cargado de presagios y silencios, parecía arrastrar consigo el peso de una Iglesia que aún no terminaba de comprender su propio destino. El 14 de septiembre de 1523, la muerte del papa Adriano VI no solo cerraba un pontificado breve y austero, sino que abría un vacío de poder en el corazón mismo de la cristiandad. Roma, siempre inquieta, se convirtió en un hervidero de intrigas, cálculos y alianzas provisionales. Las campanas doblaban por el difunto, pero en los palacios cardenalicios ya se afinaban estrategias.

El cónclave convocado para el 18 de noviembre de ese mismo año se desarrolló en un clima de tensión palpable. Los muros del Vaticano, testigos de innumerables disputas, acogieron a un colegio cardenalicio profundamente dividido.

Entre los nombres que circulaban con mayor insistencia destacaba el del cardenal Bernardino López, un hombre de origen hispano, de inteligencia aguda y temperamento reservado. Su candidatura, aunque inesperada para algunos, logró reunir once votos en una de las primeras rondas, señal inequívoca de su creciente influencia.

Sin embargo, la política eclesiástica rara vez responde a impulsos lineales. Las alianzas tejidas en la penumbra de los corredores vaticanos terminaron inclinando la balanza hacia otro candidato: Giulio de' Medici, miembro de una de las familias más poderosas de Florencia e hijo de Lorenzo de Medici, llamado "el Magnífico". Su elección como papa, bajo el nombre de Clemente VII, fue recibida con una mezcla de resignación y expectativa. Para algunos, representaba la continuidad de una tradición humanista; para otros, el retorno de una política marcada por el nepotismo y la diplomacia ambigua.

Bernardino López, lejos de aceptar pasivamente el resultado, reaccionó con una mezcla de dignidad herida y determinación estratégica. El 20 de febrero de 1523, en calidad de patriarca titular de Jerusalén —título que ostentaba más como símbolo de prestigio que como jurisdicción efectiva—, presentó una denuncia formal que cuestionaba ciertos procedimientos del cónclave. Aunque dicha denuncia no prosperó en términos jurídicos, dejó en evidencia las fisuras internas de la curia y la existencia de facciones irreconciliables.

La muerte del cardenal, acaecida en Roma el 16 de diciembre de 1523, clausuró una existencia que parecía oscilar constantemente entre la contemplación espiritual y el vértigo del poder. Su vida, tejida con hilos de devoción religiosa, destreza diplomática y un refinado mecenazgo artístico, se erige como un espejo de las tensiones propias de su tiempo. No fue un simple servidor de la Iglesia, sino un actor decisivo en los en-

granajes de la política europea, donde la fe y la ambición raramente transitaban por sendas separadas.

Estuvo en dos ocasiones al borde del solio pontificio, como si la historia misma dudara en concederle la plenitud de un destino que parecía inevitable. Incluso, en los momentos más convulsos de la cristiandad, su nombre llegó a perfilarse en la sombra de un antipapado, reflejo de las fracturas que desgarraban a la Iglesia. Su influencia se dejó sentir con particular intensidad en la configuración de las bulas alejandrinas, documentos que no solo delimitaron espacios geográficos en el Nuevo Mundo, sino que también trazaron horizontes espirituales y políticos de incalculable alcance.

En el ámbito de la evangelización americana, su legado se proyectó más allá de las fronteras del Viejo Continente, contribuyendo a moldear el impulso misionero que acompañó a la expansión hispánica. Así, su figura queda suspendida entre la penumbra de las intrigas curiales y la luz de una vocación que aspiraba a lo universal, como si en su persona se encarnara, de manera casi trágica, la compleja síntesis de un mundo en transformación.

Antes de su fallecimiento, había cedido el obispado de Plasencia a su sobrino, Gutiérrez de Vargas Carvajal, hijo de Francisco de Vargas y Medina e Inés de Carvajal, asegurando así la continuidad del control familiar sobre la sede episcopal. Esta práctica, frecuente en la época, evidencia hasta qué punto las estructuras eclesíásticas estaban imbricadas con las redes de parentesco y poder nobiliario.

El lugar de su sepultura, la Basílica de Santa Croce in Gerusalemme, añade una dimensión adicional a su figura. Este templo, uno de los más antiguos y venerados de Roma, albergaba reliquias asociadas a la Pasión de Cristo, lo que lo convertía en un espacio de alta carga simbólica. El monumento

funerario del cardenal, promovido por el entorno de los Carvajal, se concibió como una obra de notable riqueza artística.

En su estructura se integra una tribuna decorada con frescos vinculados a la escuela de Pinturicchio, en los que se representa el descubrimiento de la Santa Cruz. Este tema, profundamente enraizado en la tradición cristiana, no solo alude al título cardenalicio de “Sancta Crucis”, sino que también establece un paralelismo entre la búsqueda de la reliquia y la aspiración a la salvación eterna. El conjunto se articula mediante dos pilastras y un entablamento en cuyo centro figura, nuevamente, el escudo del linaje Carvajal, reforzando la identidad del difunto.

BERNARDINO. CARVAJAL. NATIONE. HISPANO. PATRIA.
PLACENTINO. EPISCOPO. OSTIENSI. CARDINALI. SANCTÆ,
CRVCIS. OB. EGREGIAS. VIRTVTES. DOCTRINAMQ. IN. SACRIS.
LITERIS. SIGVLAREM. AB. ALEXANDRO. VI. PONTIFICE.
MAXIMO. IN. NVMERVM. PATRVM. ASCITO. PLVRIBVS. LE-
GATIONIBVS. PRO. REPVBICA. CHRISTIANA. UNCTO. IN-
TEGERE. SAPIETEROQ. PROSPERA. FORTVNA. MODERATE.
ADVERSAM. CONSTANTER. VSO. PER. OMNEM. VITAM. PIO.
AC. RELIGIOSO. VIXIT. ANN. LXVII. M. III. D. VIII. OBIT. XVII.
KAL. IANVARI. ANN. MDXXIII. HIC. BERNARDINVS. CARVAJAL.
S. R. E. CARD. EPISCOPVS. OSTIENSIS. QVIESCIT. DONNEC. AD.
ÆTERNAM. RESVRGAT. VITAM.

Las inscripciones latinas que acompañan el sepulcro constituyen una pieza clave para la comprensión de la autopercepción del cardenal y de la imagen que se quiso proyectar de él. En ellas se destaca su origen hispano y placentino, su condición de obispo hostiense y cardenal de la Santa Cruz, así como sus virtudes, su doctrina en las Sagradas Escrituras y su servicio a la “res

publica christiana” a través de diversas legaciones. La mención a su vida piadosa, su moderación en la fortuna y su firmeza en la adversidad responde a un ideal de comportamiento que combina la ética cristiana con los valores humanistas.

De este modo, el recorrido vital de Bernardino López se cierra en Roma, pero su memoria queda repartida entre la urbe pontificia y su ciudad natal. En Plasencia, sus escudos siguen dialogando con la piedra de la catedral, recordando al visitante la huella de un hombre que supo inscribir su nombre en la historia a través del arte, la política y la fe. En Roma, su tumba continúa evocando la aspiración a la trascendencia que marcó su existencia, en un equilibrio constante entre lo terrenal y lo eterno.



Casa natal de Bernardino López de Carvajal



Universidad de Salamanca



Ciudad del Vaticano



San Pietro in Montorio, Roma



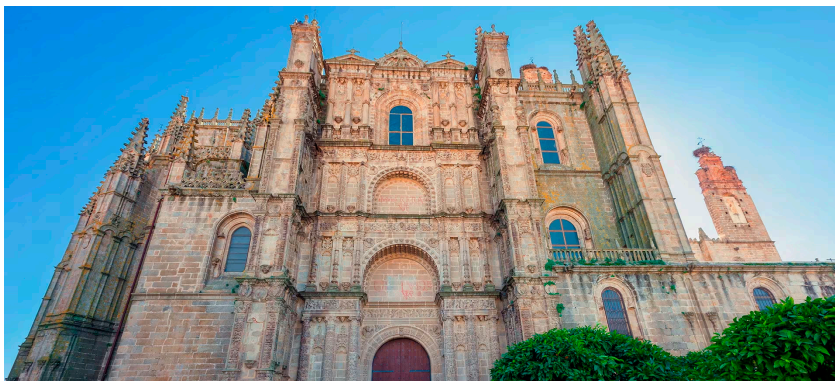
Catedral de Sigüenza



Catedral del Sigüenza, portada del Jaspe y retablo mayor



Carta de legación cardenalicia de Bernardino López de Carvajal al clérigo de la diócesis de Calahorra Sancho de Antezana (Roma, 3 de noviembre de 1498) Univ. Granada.



Catedral de Plasencia



Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, Roma



Interior de la Basílica



Fresco absidal con la representación de
Bernardino López de Carvajal



Sepultura de Bernardino López

Bibliografía consultada

- Albala Pelegrin, M: "Humanism and Spanish Literary Patronage at the Roman Curia: The Role of the Cardinal of Santa Croce, Bernardino López de Carvajal". *Royal studies journal*, XXXII (4), pp. 11-33, 2017.
- Aubery, A: *Histoire générale des cardinaux* (en francés) II. París. pp. 620-628, 1645.
- Azcona, T. de: "Relaciones de Inocencio VIII con los Reyes Católicos, según el fondo Podocataro de Venecia", en *Hispania Sacra*, 32 (1980), pp. 9-10.
- Benavides Checa, J: *Prelados placentinos*, Ayuntamiento de Plasencia, Plasencia, 1999.
- Benavides Checa, J: *Diego González de Carvajal*, Biblioteca Virtual Cervantes, Alicante, 2006.
- Burchard, Johannes: «Liber notarum ab anno MCCCCLXXXIII usque ad annum MDVI». En Celani, Enrico, ed. *Rerum italicarum scriptores* (en latín) (Città di Castello) XXXII (II), 1911.
- Calvo Fernández, V: "El cardenal Bernardino de Carvajal y la traducción latina del *Itinerario* de Ludovico Vartena", en *Cuadernos de Filología Clásica: Estudios Latinos*, 18 (2000), pp. 303-321.

- Cardella, L: *Memorie storiche de cardinali della Santa romana* (en italiano) III. Roma. pp. 253-254, 1793.
- Castañeda Delgado, P: “Las bulas alejandrinas y el tratado de Tordesillas, trayectoria jurídica de la expansión luso-castellana”, Revista semestral publicada por los dominicos de Andalucía, *Communio*, vol. 22, 1, 1994.
- Chacón, Alfonso; Oldoini, Agostino (1677). *Vitae et res gestae pontificum romanorum* (en latín) III. Roma. pp. 170-171.
- Díaz Cassou, P: *Serie de los obispos de Cartagena, sus hechos y su tiempo*, Madrid, 1895.
- Doussinague, J. M: *Fernando el Católico y el cisma de Pisa*, Madrid, Espasa Calpe, 1946.
- Eubel, K: *Hierarchia catholica medii aevi* (en latín). Münster, 1913.
- Fernández, A: *Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia* II. Madrid. pp. 185-191, 1627.
- Fernández y Sánchez, T: *El discutido extremeño Cardenal Carvajal*, Diputación Provincial de Cáceres, Cáceres, 1981.
- Fernández de Córdoba Miralles, A: “Bernardino López de Carvajal y Sande”. *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, 2018.
- Fernández de Córdoba Miralles, A: “Alejandro VI y los Reyes Católicos, relaciones político-eclesiásticas”, *Series Theológica*, Eduso, Roma, 2005.
- Flórez, E: *España Sagrada* XVI. Madrid, 1752.
- Fragnito, G: “Carvajal, Bernardino López de”, en *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. XXI, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1978, pp. 28-34.
- Gijón Jiménez, V: “El patrimonio artístico de Sigüenza en la literatura de viajes en la Edad Moderna”, *Liño*, 20, Revista Anual de Historia del Arte, 2014.

- Giménez Fernández, M: “Algo más sobre las bulas Alejandrinas de 1493”, *Anales de la Universidad Hispalense*, 3, Sevilla, 1945.
- Gómez Canedo, L: *Don Juan de Carvajal, un español al servicio de la Santa Sede*, C.S.I.C. Madrid, 1947.
- González Cuesta, F: *Los obispos de Plasencia, aproximación al episcopado placentino*, Plasencia, 2002.
- Goñi Gaztambide, J: “Bernardino López de Carvajal y las bulas alejandrinas”. *Anuario de Historia de la Iglesia*, I, pp. 93-112, Pamplona, 1992.
- Hernández, A: *Historia Parthenopoea, dirigida el Ilustrísimo y muy Reverendísimo señor don Bernardino de Carvajal, Cardenal de Santa Cruz*, Maestro Stephano Guilleri de Loreño, 1516.
- Hernández, M. C: “La nobleza al servicio de los Reyes Católicos ante el papado: memoria escrita y visual”, *El Humanista*, 43, 2019.
- Higuera, R. de la: *Vida de Bernardino de Carvajal*, Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Madrid, Manuscrito inédito.
- Mariluz Urquijo, J. M: “La valoración de las bulas alejandrinas en el siglo XVIII”, *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, 5, México, 1993.
- Marín Moreno, J. L: “Conciliarismo y escepticismo, la crisis del pontificado en los siglos XIV y XV”, *Revista Internacional de Filología*, 36, 2005.
- Martín-Esperanza, P: “Política y mecenazgo anticuario en la Roma del Renacimiento: el caso de Bernardino López de Carvajal”. *Anuario de Historia de la Iglesia* 29, pp. 347-373, Pamplona, 2020.
- Martín Nieto, S: “Los Blázquez de Cáceres, un siglo de al frente del arcediano de Trujillo en la Santa Iglesia Catedral de Plasencia”, conferencia pronunciada en Plasencia, el 18 de mayo de 2017, dentro de la XV Edición de la Memoria Histórica de Plasencia y Comarcas. *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*, 26, Trujillo, 2018, pp. 265-312.

Mateos Calvo, J: Bernardino López de Carvajal, cardenal y obispo placentino (1456-1525), Círculo Rojo, Almería, 2022.

Miguel Mora, C. de: *Bernardino López de Carvajal, la conquista de Baza*, Universidad de Granada, Granada, 1995.

Minguella y Arnedo, T: "Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos", vol. II, Madrid, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1912, págs. 196-208.

Minnich, N. H: "The Role of Prophecy in the Carrer of the Enigmatic Bernardino López de Carvajal", en M. Reeves (dir.), *Prophetic Rome in the High Renaissance Period*, Oxford, Clarendon Press, 1992, pp. 111-120.

Miranda, S: *The cardinals of the Holy Roman Church*, 2022.

Pastor, Ludwig von: *Historia de los papas*. Trad. Ruiz Amado, Ramón. Barcelona, 1910.

Pinero Sánchez, F: felixpineroradiointerior.blogspot.com/2018/03/bernardino-lopez-de-carvajal-de-obispo.html

Pulgar, H. del: *Crónica de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, Imprenta Benito Monfort, 1780.

Rodríguez López, P: *Episcopologio asturicense* II. Astorga. pp. 387-391, 1907.

Rodríguez Villa, A: *Crónicas del Gran Capitán*, Madrid, Bailly-Ballière e Hijos, 1908, *ad indicem* (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, vol. X)

Roszbach, H: *Das Leben und die politisch-kirchliche Wirksamkeit des Bernardino López de Carvajal*, Erster Theil, Breslau, 1892.

Sanudo, M, Stefani, Federico, ed. *Diarii di Marino Sanuto* (en véneto). Venecia, 1879-1903.

Suárez Fernández, L: *Los Reyes Católicos*, Rialp, Madrid, 1990.

Suárez Fernández, L: *Fernando el Católico*, Ariel, Barcelona, 2004.

Suárez Fernández, L: *Política internacional de Isabel la Católica. Estudio y documentos*, Valladolid, Universidad, 1966-2002.

Suárez Bilbao, F: "Algunas cuestiones sobre el Cisma de Occidente", Universidad Complutense, *Cuadernos de Historia del Derecho*, 3, Madrid, 1996.

Tiberia, V: "Santa Croce in Gerusalemme, l'affresco absidale", en A. Negro (ed.), *Restauri d'arte e Giubileo. Gli interventi a Roma e nel Lazio nel piano per il grande Giubileo del 2000*, Napoli, Electa, 2001, pp. 13-62.

Torre y del Cerro, A. de la: *Documentos sobre las relaciones internacionales de los Reyes Católicos*, vols. III-VI, Barcelona, CSIC, 1951-1966.

Vaquero Piñeiro, M: "I funerali romani del príncipe Giovanni e della regina Isabella di Castiglia: rituale politico al servizio della monarchia spagnola", y F. Cantatore, "Un committente spagnolo nella Roma di Alessandro VI: Bernardino Carvajal", en M. Chiabò, S. Maddalo y M. Miglio (coords.), *Roma di fronte all'Europa al tempo di Alessandro VI. Atti del Convegno (Città del Vaticano-Roma, 1-4 dicembre 1999)*, vol. I, Roma, Ministero per i Beni e le Attività Culturali, 2001, págs. 641-655, y vol. III, pp. 861-871.

Weil-Garris, K y J. F. d'Amico: *The Renaissance Cardinal's Ideal Palace: a Chapter from Cortesi's "De cardinalatu"*, Roma, American Academy in Rome, 1980.

